

RUP

REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

MONTEVIDEO, URUGUAY, AGOSTO DE 2026

142 Escritura psicoanalítica I

AP Ψ

Asociación Psicoanalítica
del Uruguay

I Ψ PP

Instituto Universitario
de Postgrado en Psicoanálisis

RUP

REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

142



1956
2026

APU

Asociación Psicoanalítica
del Uruguay

IUPP

Instituto Universitario
de Postgrado en Psicoanálisis

Roberto

A. Baranga

Julio R.

Plum

R. Pini

Laura Richard Brose

H. Jaramila

Matte, Lacar, Mehan

various Method

Henry Gunt

Es un hecho altamente simbólico que la aparición del primer número de la "Revista Uruguaya de Psicoanálisis" coincide con el centenario del nacimiento de Sigmund Freud. Nos complacemos en dedicarlo en homenaje a su memoria.

23 - mayo del 55

44 años 1 año antes
45 años acta de fundación

Acta de fundación de
nosotros 27 set - 55
se constituye con estatutos
se empieza el grupo de trabajo

Donación de Mercedes G. de Gant

REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

Editada desde 1956

Publicación oficial de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU), integrante de la Asociación Psicoanalítica Internacional (API) y de la Federación Psicoanalítica de América Latina (FEPAL)

© AGOSTO DE 2026, APU

Redacción y Administración

APU: Asociación Psicoanalítica del Uruguay

Canelones 1571

Casilla de correo 813

CP 11200 / Mvd-Uy

Telefax: 2410 7418

e-mail: rup@apuruguay.org

www.apuruguay.org

Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores y no comprometen necesariamente la opinión de la revista.

Directora de Publicaciones

STELLA PÉREZ

Director suplente

ABEL FERNÁNDEZ

Consejo editorial

CECILIA ÁGUILERRE

LILIAN ALONSO

EUGENIA CERANTES

ROSA PICCARDO

MARÍA ALEJANDRA VÁZQUEZ

Colaboradora:

CAMILA LINARDI

Comisión de Indización

SILVINA GÓMEZ PLATERO

ROSA PICCARDO

SOLEDAD SILVA

MARÍA ALEJANDRA VÁZQUEZ

CAMILA LINARDI

Corrección

MAGDALENA SAGARRA

Revisión final

ELENA ERRANDONEA

Fotografía de portada

DIEGO BATTISTE

Maqueta, diseño y armado

JOSÉ DE LOS SANTOS

delossantos.ja@gmail.com.uy

Impreso en Uruguay

por MASTERGRAF S.R.L.

ISSN 0484-8268

Depósito legal 357 193-2018

ISSN 1688-7247 (en línea)

Comisión del Papel, edición amparada en el decreto 218/96

Comité asesor internacional

ABEL FAINSTEIN (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

ALBERTO CABRAL (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

ALCEU CASSEB (Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de San Paulo, Brasil)

ALDO L. DUARTE (Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre, Brasil)

CLARA NEMAS (Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Argentina)

ELIAS MALLET ROCHA BARROS (Brasil)

ESPERANZA PÉREZ DE PLA (México)

EZEQUIEL IPAR (Universidad de Buenos Aires, Argentina)

GUILLERMO BODNER (Sociedad Española de Psicoanálisis, España)

GUSTAVO JARAST (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

JAIME SZPILKA (Asociación Psicoanalítica de Madrid, España)

JORGE BRUCE (Universidad Católica de Perú, Perú)

LEONARDO PESKIN (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

LETICIA GLOCCER (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

MARIANO HORENSTEIN (Asociación Psicoanalítica de Córdoba, Argentina)

MOISES LEMLI (Sociedad Peruana de Psicoanálisis, Perú)

MÓNICA HAMRA (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

MÓNICA VORCHHEIMER (Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Argentina)

RENÉ ROUSSILLON (Sociedad Psicoanalítica de París, Francia)

SERGIO LEWCOWICZ (Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre, Brasil)

SUSANA VINOCUR (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

VIRGINIA UNGAR (Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Argentina)

SILVIA WAJNBACH (Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Argentina)

LAURA WARD DA ROSA (Sociedad Brasileira de Psicoanálisis de Porto Alegre, Brasil)

Grupo de lectores externos nacionales e internacionales

ABEL FAINSTEIN (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

ALDO LUIZ DUARTE (Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre, Brasil)

ALCEU CASSEB (Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de San Paulo, Brasil)

AMELIA MAS (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

ANA IRIGOYEN (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

ANA MARÍA RUMI (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

AURORA POLTO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

CLAUDIA GAIONE (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

DANIEL CAMPARO ÁVILA (Facultad de Psicología, Universidad de la República, Uruguay)

ENRIQUE CARPINTERO (Doctor en Psicología, director de la revista y la editorial Topia, Argentina)

FERNANDO ORDUZ (Sociedad Colombiana de Psicoanálisis, Colombia)

GUILLERMO BODNER (Sociedad Española de Psicoanálisis, España)

GUSTAVO JARAST (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

JEAN MARC TAUSZIK (Sociedad Psicoanalítica de Caracas, Venezuela)

JOSÉ SHAOVALER (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

LISETTE WEISSMAN (Asociación Uruguaya de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares, Uruguay)

LUIS CORREA AYDO (Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica, Uruguay)

MARÍA MARTHA MONTES (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

MAURICIO CLAVERO (Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica, Uruguay)

MICHELLE AIN (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

MÓNICA VORCHEIMER (Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Argentina)

PEDRO MORENO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

SANDRA BORGES (Asociación Uruguaya de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares, Uruguay)

SILVIA BRAUN (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

SILVIA FLECHNER (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

SILVIA GADEA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

SUSANA GARCÍA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

ZULLY O'NEILL (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

Tabla de contenidos

EDITORIAL	11
-----------------	----

TEMÁTICA



¿Desafía la inteligencia artificial al psicoanálisis?	17
<i>Álvaro Zas</i>	

Fracaso del sentido y estructura del lenguaje: entre Beckett y Lacan.....	35
<i>Lilian Queiroz e Igor Lima</i>	

Metáforas, imágenes y simbolización en el modelo 3-LM: una tercera mirada.....	55
<i>Marina Altmann de Litvan</i>	

La piel como frontera y escenario.....	73
<i>Ana Bentancor</i>	

Soñar, asociar, interpretar	91
<i>Silvana Hernández Romillo</i>	

El exceso de deseo: una exploración interdisciplinaria de su potencia crítica y apertura a lo común.....	105
<i>Juan Enrique Fernández Romar</i>	



La escucha del silencio	120
<i>Corina Nin</i>	

Supervisión y transmisión en la práctica analítica: algunas experiencias	133
<i>Carolina Baigorria y Elizabeth Jorge</i>	

POLEMOS



Reflexiones sobre el encuadre psicoanalítico	149
<i>Leonardo Peskin</i>	

Interrogando la noción de encuadre	159
<i>Stella Yardino</i>	

La abstinencia como constante del encuadre psicoanalítico.....	167
<i>Damián Schroeder</i>	

CONVERSACIONES EN LA REVISTA



70 años después: entre la tinta y la pantalla.....	179
<i>Javier García Castiñeiras</i>	

Editar y publicar hoy la <i>Revista Uruguaya de Psicoanálisis</i>	183
<i>Beatriz de León de Bernardi</i>	

Reflexiones sobre la trayectoria y desafíos de la RUP. 70 años: experiencia y valor editorial	187
<i>Abel Fernández</i>	

Desde la memoria.....	191
<i>Nancy Delpréstitto</i>	



70 años de nuestra RUP: décadas de transmisión sin interrupciones	193
<i>Laura Verissimo</i>	

RESEÑA



<i>Teoría y práctica en psicoanálisis: una relación fundante,</i> de Clara Uriarte.....	199
<i>Sonia Ihlenfeld</i>	

IN MEMORIAM



Ricardo Bernardi <i>Marina Altmann de Litvan</i>	203
<i>Luis Villalba</i>	211

NORMAS DE PUBLICACIÓN	221
TABLE OF CONTENTS.....	222

Editorial

Escribir el editorial de esta edición aniversario de la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* implica, ante todo, un reconocimiento y un profundo agradecimiento a quienes hicieron posible su creación y a todas las comisiones de publicaciones que, a lo largo de estas siete décadas, sostuvieron y renovaron este proyecto.

Setenta años representan mucho más que una cifra. Son la expresión de continuidad y compromiso compartido con el pensamiento psicoanalítico y de una convicción que ha atravesado generaciones: la necesidad de contar con un espacio propio para escribir, pensar, debatir y transmitir el psicoanálisis.

La RUP nació casi junto con la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, como parte de un mismo impulso fundacional. Quienes la imaginaron y llevaron adelante lo hicieron con el entusiasmo de los que comprenden que una institución no solo se construye en la formación de analistas y en la práctica clínica, sino también en la creación de un lugar donde el pensamiento pueda inscribirse, circular y dialogar con otros.

A lo largo de estas siete décadas, numerosas comisiones editoriales asumieron la responsabilidad de continuar esa tarea. Cada una imprimió su estilo, respondió a los desafíos de su tiempo y sostuvo el trabajo, muchas veces silencioso, de discutir ideas, convocar autores, revisar, indizar, editar, para hacer posible que la revista siguiera siendo un espacio vivo. Gracias a esa labor sostenida, la RUP ha podido acoger la pluralidad de voces en el psicoanálisis, difundir la producción de colegas de nuestro medio y del extranjero, y acompañar las permanencias y transformaciones del pensamiento psicoanalítico.

Toda revista es, al mismo tiempo, memoria, contemporaneidad y porvenir. Al recorrer las páginas de estos 70 años encontramos las huellas de los debates que marcaron cada época, las controversias teóricas

y las inquietudes que cada momento histórico impulsó al psicoanálisis. La revista ha sido testigo y protagonista de ese recorrido.

Celebrar este aniversario implica renovar el compromiso con una publicación que continúe siendo un lugar de encuentro entre tradición y transformación, entre rigor y creatividad, entre la herencia recibida y los desafíos que el presente y el futuro nos plantean. En un tiempo en que las formas de producir y difundir conocimiento se transforman aceleradamente, reafirmamos el valor de la escritura como trabajo de elaboración, de la lectura crítica como experiencia de formación y del intercambio como condición indispensable para que el psicoanálisis permanezca vivo y siga creciendo.

En esta edición aniversario, a la que dedicamos dos números —142 y 143—, hemos querido que la revista refleje la riqueza y la diversidad del pensamiento psicoanalítico contemporáneo. Por ello, realizamos una convocatoria pluritemática, con el propósito de recoger el más amplio abanico posible de intereses, inquietudes y desarrollos teóricos y clínicos que hoy atraviesan nuestro campo. En la sección «Conversaciones», nos propusimos recuperar la voz de quienes, a lo largo de distintas épocas, asumieron la responsabilidad editorial de la RUP. Convocarlos ha sido una manera de hacer presente la historia viva de la revista, de reconocer el trabajo sostenido de quienes la hicieron posible y, al mismo tiempo, de reflexionar sobre los desafíos que enfrenta una publicación psicoanalítica desde el pasado al presente y hacia el futuro.

En «Polemos», un espacio históricamente dedicado al intercambio y al debate, compartimos los trabajos de tres queridos y reconocidos colegas para reflexionar sobre el encuadre en la actualidad. Elegimos este tema porque, siendo uno de los pilares de la praxis psicoanalítica, continúa interrogándonos frente a las transformaciones de la clínica, las modalidades de trabajo y los cambios culturales de nuestro tiempo. Aspiramos a que estas contribuciones no solo expresen distintas perspectivas, sino que también estimulen nuevas preguntas y enriquezcan el diálogo entre los lectores.

Esta edición está atravesada por la reciente pérdida de Ricardo Bernardi, referente destacado, provocador de pensamiento crítico y pilar sustancial de nuestra institución. Compartimos en estas páginas una evocación

de su legado, homenaje a quien tanto aportó a la APU, a la revista y a la comunidad psicoanalítica.

A quienes hicieron posible estos 70 años —fundadores, editores, autores, revisores, comisión de indización, traductores, lectores y a todos aquellos que, de una u otra forma, mantuvieron este proyecto colectivo—, les expresamos nuestro más sincero agradecimiento. La historia de la RUP es, en definitiva, la historia de una comunidad que ha encontrado en la palabra escrita una forma privilegiada de pensar, transmitir y construir psicoanálisis. ♦

COMISIÓN DE PUBLICACIONES



TEMÁTICA

¿Desafía la inteligencia artificial al psicoanálisis?



ÁLVARO ZAS¹

DOI: 10.36496/N142.A1

ÁLVARO ZAS / ORCID: 0009-0009-2173-0065

RECIBIDO: ABRIL DE 2026

ACEPTADO: MAYO DE 2026

RESUMEN

A partir de un intercambio entre una ingeniera, un filósofo y un psicoanalista sobre inteligencia artificial y su relación con el psicoanálisis, el trabajo desarrolla una serie de interrogantes sobre los desafíos que presentan a la práctica psicoanalítica los avances actuales en inteligencia artificial. Luego de reseñar las diferencias entre la inteligencia humana y la inteligencia artificial algorítmica se enumeran cinco líneas de desarrollo posible de «superinteligencias» y cuáles muestran potenciales desafíos a las teorizaciones psicoanalíticas actuales. Algunos de los cambios en los desarrollos tecnológicos ya están teniendo impacto en los procesos actuales de subjetivación y es posible que tanto la ingeniería genética como el desarrollo de implantes digitales en los organismos vivos sean capaces de impactar aún más profundamente a estos procesos.

DESCRIPTOR CANDIDATO: INTELIGENCIA ARTIFICIAL

DESCRIPTORES: TECNOLOGÍA, INTUICIÓN, INTELIGENCIA, ÉTICA, POSMODERNIDAD, INTERDISCIPLINA, VERDAD, CREATIVIDAD.

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay.
alvarozas@adinet.com.uy

ABSTRACT

Starting from an exchange between an engineer, a philosopher, and a psychoanalyst on artificial intelligence and its relationship to psychoanalysis, this paper explores a series of questions about the challenges that current advances in artificial intelligence pose to psychoanalytic practice. After outlining the differences between human intelligence and algorithmic artificial intelligence, five possible lines of development for «superintelligence» are listed, along with which of them present potential challenges to current psychoanalytic theories. Some of the changes in technological developments are already impacting current processes of subjectivation, and it is possible that both genetic engineering and the development of digital implants in living organisms could have an even more profound impact on these processes.

CANDIDATE KEYWORD: ARTIFICIAL INTELLIGENCE

KEYWORDS: TECHNOLOGY / INTUITION / INTELLIGENCE / ETHIC / POST
MODERNISM / INTER-DISCIPLINE / TRUTH / CREATIVITY

*Come writers and critics
 Who prophesize with your pen
 And keep your eyes wide
 The chance won't come again
 And don't speak too soon
 For the wheel's still in spin
 And there's no tellin' who that it's
 namin'
 For the loser now will be later to win
 For the times they are a-changin'.
 The times they are a-changin'.*

— Bob Dylan

INTRODUCCIÓN

Este trabajo surgió de un intercambio al que fui invitado a participar en el marco de las actividades científicas abiertas organizadas por la Asociación Psicoanalítica del Uruguay en abril de 2026. Para el caso concreto, se trató de un evento llamado *Inteligencia artificial y psicoanálisis. Encuentro entre tribus*, en el que se me propuso un diálogo abierto y sin pautas preestablecidas con la ingeniera María Simon y el filósofo Agustín Courtoisie, con la posterior intervención del público. En la preparación de ese intercambio consulté distintas fuentes, además de mantener un interesante diálogo con los otros dos expositores, del que fueron surgiendo algunas ideas que trataré de desarrollar en lo que sigue.

Debo aclarar desde el inicio que no soy un usuario ni consultante consuetudinario de la inteligencia artificial en sus plataformas disponibles actualmente y que he tenido frente a ella una cierta distancia, mezcla de inquietud y curiosidad. Curiosidad sí he tenido siempre por la tecnología y por las posibilidades que abre en todos los campos. En particular, respecto de la informática, la que creo que ha generado una democratización del conocimiento sin precedentes en la historia de la humanidad. Sé que podría discutirse esta afirmación, pero en la perspectiva que nos

brinda la historia es innegable que, de las luchas de los enciclopedistas de comienzos del período de la Ilustración a la existencia de recursos como Wikipedia, al alcance de cualquiera que pueda conectarse a internet, hay una evolución notoria.

Hace un tiempo, en ocasión de una visita a Montevideo, Hans Ulrich Gumbrecht manifestaba que hoy el problema no es contar con información sobre el tema que se quiera, sino saber qué hacer con ella, con toda la masa de datos que nos ofrece la red y los efectos que tiene sobre los espacios que compartimos (Álvez Francese, 2016).

Esa curiosidad fue entonces la que me llevó a aceptar participar en el encuentro e investigar más a fondo realidades y desafíos que presenta la inteligencia artificial a nuestra disciplina. Al hacerlo, experimenté algo sobre lo que había leído hace mucho en el prólogo que escribió Borges (1955) a la edición en español de *Crónicas marcianas* de Bradbury. Allí, manifestaba la inquietud y la zozobra que el texto le produjo. Pues algo parecido me ocurrió a mí: por un lado, la sorpresa, por otro, un temor difuso.

Hoy no se trata de acercarnos, al pensar en la inteligencia artificial, a ese género que a veces se denomina con cierta displicencia «ciencia ficción», pese a ser un género literario tan válido como cualquiera para describir lo humano. Pero es innegable que los cambios que la ciencia y la tecnología han hecho desfilar frente a mis ojos a lo largo de mi vida, que la impactan profundamente, me llevan a interrogarme cuál es el camino que habrán de tomar y hacia dónde nos han de llevar en el tiempo que me queda por ver.

Sí, «los tiempos están cambiando». Por eso, quiero dejar en este número de la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, donde se celebran sus 70 años de historia continua, una pregunta formulada que, sospecho, habrá de ser retomada en los números que han de seguir por colegas «nativos de las computadoras», que han crecido en un tiempo donde estos recursos son parte de su realidad desde el inicio de sus vidas.

Repasar los números de la RUP es encontrar, constantemente, junto con la reflexión profunda sobre la práctica psicoanalítica, preguntas acerca de los impactos de cada época en esa misma práctica. Es cierto que no solo la revista los refleja. Los congresos organizados por la APU —desde el primero («La neurosis hoy», 1995) hasta el último («Vivir en 2024 y

después. Erotismo y subjetividades en mutación»), o el que se anuncia cuando escribo estas líneas, para fines de 2026 («Psicoanalizar hoy. Lo íntimo, lo ominoso y lo virtual») — han atendido el desafío de hurgar en ese espacio entre lo íntimo y lo compartido, entre lo subjetivo y las realidades históricas en que esas subjetividades se moldean. Por eso, vayan ahora estas líneas para pensar el efecto que este recurso, la inteligencia artificial, podría tener en nuestras prácticas.

No se trata de hacer pronósticos. El psicoanálisis es reacio a hacerlos. Siempre vamos detrás de los hechos, tratando de entender lo que ha pasado y resignificarlo. Pero viendo lo que está ocurriendo ya y pensando, a la luz de lo que se investiga y desarrolla en ese campo, lo que es factible y cercano que se logre, es razonable plantear algunas inquietudes.

INTELIGENCIA. HUMANA. ARTIFICIAL

La inteligencia no es objeto de estudio del psicoanálisis. No nos ocupamos de su desarrollo más que muy colateralmente. Tampoco nos ocupamos de estudiar las etapas de desarrollo del pensamiento lógico, como sí se ocupan distintas ramas de la psicología o las neurociencias. Sin embargo, obviamente, no somos ajenos a ella ni dejamos de utilizarla o de tenerla en cuenta en todos los momentos de nuestra práctica o de nuestra producción teórica. Ya desde sus trabajos sobre técnica, Freud (1913/1986) menciona a la inteligencia como un factor propiciador del trabajo analítico, junto con el interés intelectual, que no debe ser confundido con el mecanismo de la intelectualización. Idea similar va a proponer años después en su conferencia sobre la transferencia (Freud, 1917/1984), en la que vuelve a señalar la inteligencia del paciente interviniendo en el proceso analítico y la muestra como un elemento del que se puede valer el analista para el trabajo.

El ahora poco mencionado concepto de *analizabilidad*, que era objeto de reflexión en los tiempos de comienzo de mi práctica, también apuntaba a tomar en cuenta la inteligencia del futuro analizante al momento de las entrevistas iniciales. Así, por ejemplo, lo menciona Liberman (1980) de forma expresa cuando invita a «detectar el nivel intelectual y diferencias entre variaciones de rendimiento en diversas áreas de la vida actual» de la persona en los encuentros iniciales (p. 120).

La producción teórica psicoanalítica, aunque sea obvio decirlo, es un ejemplo notorio de una profunda labor intelectual, aun en aquellas escuelas que menos hagan referencia a esta. No podemos dejar de hablar desde la conciencia. Desde allí inferimos y conjeturamos qué significan los despojos que nuestros sueños van arrojando en la orilla, como le escribía Freud (1950/1992) a Fliess en los momentos del proceso de descubrimiento del psicoanálisis.

Estamos atravesados por el deseo inconsciente y sus efectos los pesquizamos desde este lado de la división que marca a nuestro psiquismo. Tal vez el concepto de *sublimación*, como destino de pulsión, del que Freud no nos dejó mucho escrito, sea el que contenga algo que se aproxime a la inteligencia como característica del pensamiento. La inteligencia misma, ya desde el campo de la psicología, no tiene una definición unánime. Es relacionada por Piaget (1973) con la capacidad de adaptación al medio que nos rodea a través de un equilibrio entre los procesos de asimilación y acomodación, idea que desarrolla en toda su obra. En un artículo de Michel (2024), al que luego me referiré, encontré una mención a otro teórico contemporáneo de la inteligencia, Howard Gardner, quien señala que no deberíamos hablar de una inteligencia única, sino de lo que denomina «teoría de las inteligencias múltiples», un conjunto de capacidades diferentes. En una definición que encuentro en internet, Gardner (Unir, 2025) la describe así: «Conjunto de capacidades cognitivas independientes y relacionadas entre sí que permiten a las personas resolver problemas, crear productos valiosos en la cultura y destacar en diferentes áreas de la vida». Para Gardner, podrían describirse distintos modos de inteligencia. Wikipedia (Teoría de las inteligencias múltiples, 2026) enumera 12:

LINGÜÍSTICO-VERBAL. Consiste en la dominación del lenguaje.

LÓGICO-MATEMÁTICA. Capacidad de conceptualizar las relaciones lógicas entre las acciones o los símbolos.

VISUAL-ESPACIAL. Capacidad de reconocer objetos y hacerse una idea de sus características.

MUSICAL-AUDITIVA. Capacidad para reconocer los caracteres del sonido.

CORPORAL-KINESTÉSICA. Capacidad para coordinar movimientos corporales.

INTERPERSONAL. Capacidad de la empatía y de entender la elección de las amistades, pareja, etc.

INTRAPERSONAL. Habilidad de conocerse a uno mismo, por ejemplo, sus sentimientos o pensamientos, etc.

NATURALISTA. Sensibilidad que muestran algunas personas hacia el mundo natural.

EMOCIONAL. Abarca habilidades para reconocer, comprender y manejar emociones propias y ajenas.

EXISTENCIAL. Meditación de la existencia. Incluye el sentido de la vida y la muerte.

CREATIVA. Consiste en innovar y crear cosas nuevas.

COLABORATIVA. Capacidad de elegir la mejor opción para alcanzar una meta trabajando en equipo.

Ahora bien, ¿qué elemento, entre todas estas posibles facetas de la inteligencia, deberíamos destacar como central? Michel (2024) lo hace en el concepto de *creatividad*. Si bien formas de la inteligencia que describe Gardner podrían excluir la creatividad y ser parte de un dispositivo de inteligencia artificial, Michel insiste en la definición que este da y, sobre todo, en la expresión «relacionadas entre sí» que tienen estas características de la inteligencia. Lo cito textualmente:

Todo en el ser humano está “relacionado entre sí”, porque somos sistemas vivos que se mantienen en homeostasis. Todas las capacidades que tenemos están relacionadas unas con las otras. Por eso, si la IA [inteligencia artificial] está desprovista de algo tan importante como “la creatividad”, no podría considerarse inteligente; se trataría solamente de máquinas o instrumentos que pueden ayudarnos a resolver problemas, e incluso superarnos en algunas destrezas.

Michel (2024) también señala la importancia de la «espontaneidad» en la inteligencia como factor definitorio. Y lo combina con las ideas aristotélicas de causalidad eficiente y causalidad final para marcar la diferencia de la inteligencia humana con la inteligencia artificial. La causalidad eficiente es la que es capaz de producir un cierto cambio o efecto sobre algo,

por ejemplo, el golpe de martillo que efectúa un herrero sobre el metal caliente. La causalidad final es el propósito o fin para el que una acción se realiza. En el ejemplo anterior, golpear el metal con la finalidad de crear un objeto determinado, una herramienta. La autora recalca que si bien la inteligencia artificial puede ejecutar tareas con una causalidad eficiente, carece de una causalidad final propia, una intención a la que tienda su accionar por decisión propia.

En el intercambio previo con los panelistas tuve acceso a un interesante libro de Courtoisie (2026), *Filosofía de la técnica*, del que resalto tres capítulos en particular: «IA-Forismos», «Inteligencia artificial, otro desafío para la filosofía de la técnica» y «Máquinas éticas». Del primero de ellos extraigo una cita a otro texto, este de Ardao (1993), quien agrega otro concepto que, a su juicio, es determinante para diferenciar la inteligencia de la razón: la intuición. Reseño algunas frases para ampliar esta idea:

- La inteligencia es la razón, cuando esta deja de ser estática, geométrica, abstracta, formal, para volverse dinámica, vital, concreta, intuitiva.
- La inteligencia no se confunde con la razón, pero tampoco con la intuición; no por ello es opuesta ni distinta por esencia ni de la una ni de la otra.
- La inteligencia abarca a la lógica porque incluye a la razón; pero la sobrepasa al incluir al mismo tiempo a la intuición.
- La inteligencia es la razón enriquecida por la intuición, en lo que esta tiene conjuntamente de imaginación, sentimiento e instinto, es decir, de experiencia (p. 154).
- **En la inteligencia, la intuición es el eros del logos** [énfasis añadido] (p. 155).
- Las metáforas, desde las poéticas hasta las filosóficas, pasando por las coloquiales, no le hablan a la razón: le hablan a la inteligencia.
- No se puede razonar sin ejercer la inteligencia; pero se puede ejercer la inteligencia sin razonar.
- La razón no es creadora; creadora es la inteligencia, en la acción, en el arte, en la ciencia, en la filosofía (p. 156).

Todo este rodeo es necesario para diferenciar lo que puede la inteligencia humana frente a lo que puede —o no— la inteligencia artificial.

Ni creatividad ni espontaneidad ni intuición son características hoy de la inteligencia artificial. Recalco la idea de ese *hoy* cuando escribo esto, en abril de 2026.

Desde 1965 se formuló una ley, conocida como Ley de Moore, que sostiene que la capacidad de las computadoras se duplica cada año y medio. La capacidad que se duplica es la de almacenamiento y procesamiento de datos. Las computadoras guardan más datos y los combinan más rápidamente. Pero no necesariamente significa que son más inteligentes por ello. Pueden cumplir los programas que se les asignan con una eficacia y velocidad mayores que la de cualquier ser humano en esa tarea específica. Pero, por ahora, no son capaces de crear o intuir pasos distintos que aquellos que el programa les asigna. Pueden aprender. Usan los datos de que disponen para realizar combinaciones de forma cada vez más acelerada. Pueden deducir o inducir, pero no son capaces de utilizar un razonamiento abductivo, esto es, un tipo de «razonamiento que, a partir de la descripción de un hecho o fenómeno, ofrece o llega a una hipótesis que explica las posibles razones o motivos del hecho mediante las premisas obtenidas» (Razonamiento abductivo, 2024). Según el artículo de Wikipedia citado, el filósofo Charles Sanders Peirce lo denomina «conjetura», un tipo de razonamiento que, creo, usamos constantemente en nuestra práctica.

Además, y esa es la gran diferencia que podemos aportar desde el psicoanálisis a esta reflexión, la inteligencia humana está atravesada por el deseo inconsciente, que es su impulso primario, ese «eros del logos» del que habla Ardao (1993) al señalar la importancia de la intuición desde el psicoanálisis. Aunque él no lo adscriba a la presencia de la pulsión, no podemos dejar de marcar su importancia en aquello que «habla» a través de la metáfora. La inteligencia artificial es ajena al campo del deseo, lo desconoce completamente. Es incapaz de producir un sueño o un lapsus o un chiste (puede ser que cuente miles que le programaron, pero es incapaz de la ocurrencia ingeniosa y espontánea que dispara la risa). Puede hacer «síntomas», los que en la jerga de la programación se denominan *bugs*. Pero ellos no son fruto de una transacción con el deseo inconsciente, sino errores de los códigos del programa que producen efectos no buscados. Son puros procesos lógicos interferidos entre sí.

¿HACIA DÓNDE CAMINAMOS?

Este parece ser el «estado actual del arte» en cuanto a la comparación entre la inteligencia humana y la artificial. Sin embargo, se aplica solamente a aquellos esfuerzos de desarrollo de una inteligencia artificial basada en sistemas informáticos, cada vez más eficaces en cuanto a su desempeño. Se ha señalado, entre quienes se han dedicado a estudiar los desarrollos de la inteligencia artificial, que ese no es el único camino posible para desarrollar una «superinteligencia». Arocena y Sansone (2023) dan cuenta de los planteos de Nick Bostrom en su texto llamado, precisamente, «Superinteligencia».

Bostrom es un teórico contemporáneo, filósofo de formación, de origen sueco, pero que trabaja actualmente en la Universidad de Oxford. En ese texto, según lo que reseñan Arocena y Sansone (2023), plantea cinco caminos posibles para el desarrollo de una inteligencia similar a la humana e incluso superior. El primero es el que hemos reseñado: la evolución del poder computacional, el que sería capaz de aprender a razonar, planificar y desarrollar complejos retos de procesamiento de datos. Pero, como marcamos, sin la presencia de afectos humanos (amor, celos, odio, ira), aunque tal vez con la capacidad de replicarlos.

El segundo camino estaría marcado por la posibilidad de escanear el cerebro humano para que una computadora pueda generar las estructuras neuronales, al modo de una copia de la naturaleza. La tercera alternativa es el uso de la ingeniería genética para alterar, mejorar o ampliar la inteligencia humana biológica. Por ejemplo, a través de una técnica que ya existe, denominada CRISPR (siglas en inglés de Clustered Regularly Interspaced Short Palindromic Repeats, repeticiones palindrómicas cortas agrupadas y regularmente espaciadas). Esta técnica revolucionaria permite, según una búsqueda en Google (2026), editar genéticamente, ya que actúa como unas «tijeras moleculares» para cortar y modificar el ADN de cualquier organismo con alta precisión, rapidez y bajo costo. Es de enorme utilidad para su uso en agricultura o en medicina, donde permitiría la cura de muchas enfermedades. También genera reparos éticos, por lo que las manipulaciones genéticas o la clonación en humanos en muchos países está terminantemente prohibida.

La cuarta posibilidad es la implantación de dispositivos electrónicos en el cerebro. Es la concreción del *cyborg*, la fusión de organismos biológicos y componentes cibernéticos. Es una tecnología que ya se usa desde hace tiempo y que está teniendo cada vez más aplicaciones en medicina, por ejemplo, para la mejora de la audición, la visión o el habla. También puede usarse para implantar brazos robóticos que sean manejados por el cerebro. Podría llegar a darse el caso (que escuché mencionar hace 30 años a un prestigioso neurólogo) de fabricar chips sobre base de carbono, en lugar de utilizar bases de silicio, como las que se usan actualmente, para implantar memorias adicionales al cerebro. Por ejemplo, los 34 tomos de la *Encyclopaedia Britannica*.

Finalmente, el quinto camino que Bostrom (Arocena & Sansone, 2023) señala es el de las redes colectivas a través de la mejora de los protocolos de interacción entre los millones de usuarios de las redes, que podrían producir algo así como una «inteligencia unificada emergente». En el intercambio, Simon comparó este concepto con la idea de *noosfera*, imaginada hace años por pensadores como Vladimir Vernadsky y Pierre Teilhard de Chardin.

Ya sea mediante el desarrollo de sistemas informáticos cada vez más sofisticados o la interacción e integración de elementos informáticos y biológicos, sería posible el desarrollo de sistemas inteligentes capaces de igualar a la inteligencia humana o superarla. Seguramente muchas de las alternativas pueden parecer poco verosímiles o lejanas. Pero yo comparto los planteos de Arocena y Sansone (2023) en cuanto a la aceleración exponencial de los avances tecnológicos y el conocimiento científico. Y mucho de lo que, no tantos años atrás, podía considerarse digno de la ciencia ficción hoy ya son realidades tangibles.

Esa aceleración que, a mi juicio, comenzó para los seres humanos con la invención de la escritura, se potenció con la imprenta y luego con las computadoras, para desembocar en los sistemas de inteligencia artificial (es decir, sistemas de memoria, conservación y manejo de datos cada vez más sofisticados y complejos), es la que hace que hipótesis como las de Bostrom no suenen descabelladas. Muchas veces, frente a estos reparos, recuerdo una escena de la primera película de la serie *Jurassic Park* (Spielberg, 1993), en la que los protagonistas son perseguidos por un tiranosau-

rio rex que escapó de su jaula. El auto que los transporta se desplaza en medio de la noche y de una fuerte tormenta, entre destellos de relámpagos. Cuando el conductor trata de ver el camino, la cámara muestra una visión hacia adelante de la jungla, desde la posición del conductor, como si miráramos a través del parabrisas. Luego, la cámara se desplaza hacia la izquierda y toma el espejo retrovisor de ese lado. En un fogonazo de un relámpago se ve al tiranosaurio que viene detrás, persiguiendo al coche. En el vidrio del espejo retrovisor está grabada una frase de advertencia: «Objects are closer than they appear» (los objetos están más cerca de lo que parecen). Es un chiste respecto de lo cercano del tiranosaurio, pero también es una advertencia de que esa ficción no está tan lejos de ser real.

ENTONCES, ¿CUÁLES SON LOS DESAFÍOS?

Durante el intercambio en la mesa de debate, tanto Simon como Courtoisie recalcaron las distintas posibilidades de uso de la inteligencia artificial que hoy ya son parte de la vida diaria y de nuestras herramientas cotidianas. Nos percatemos de ello o no. Llevamos en nuestro bolsillo un dispositivo, del que cada vez menos podemos prescindir, que integra muchos programas de inteligencia artificial y recoge constantemente datos generados por nuestro uso, con los que nos propone a cada paso nuevas alternativas de consumo. Los sistemas de GPS que cualquier auto integra descongestionan el tráfico en las ciudades cada vez más atestadas de vehículos. La medicina, la investigación científica, la industria, el transporte, se nutren de programas de inteligencia artificial que aumentan enormemente la obtención de resultados y la seguridad de los procesos.

He señalado algunas en lo previamente expuesto. Conuerdo con ellos en que los beneficios son indudables en un enorme espectro de campos en los que se aplica el procesamiento masivo de datos. Tanto Simon (2026) como Courtoisie (2026) —por ejemplo, en el texto citado, en el capítulo «Máquinas éticas»— resaltan los beneficios que genera y los prejuicios que la inteligencia artificial despierta. Los tres concordamos en que la ampliación y el desarrollo de los usos de la inteligencia artificial, mientras que exista un control ético, son sumamente deseables. Una posibilidad que sin duda abre es manejar la enorme masa de conocimiento que la inves-

tigación científica ha generado, especialmente en los últimos dos siglos, posibilitando una síntesis y entrecruzamiento de datos que generan, a su vez, un nuevo conocimiento y el desarrollo de nuevas tecnologías que permiten actuar sobre problemas del presente. Por ejemplo, producir alimentos para una población mundial en constante crecimiento o ensayar soluciones para los problemas ocasionados por el cambio climático.

También los tres expusimos los riesgos de estos desarrollos: la investigación para usos militares y de hegemonía política son notorios. La carrera armamentística ha cedido lugar a una carrera por desarrollar sistemas de inteligencia artificial que potencien el uso de las armas, la efectividad de las tropas y la capacidad de anticipar los movimientos del enemigo. Asimismo, ocasiona cambios en el mundo del trabajo. Hay muchos oficios y profesiones que se ven amenazados y pueden desaparecer por los desarrollos de estas tecnologías. Leo en el diario de hoy empresas que despiden masivamente empleados, a nivel mundial, para contratar servidores de inteligencia artificial.

Otro riesgo existe en el campo de la manipulación de la información y en el desvanecimiento paulatino de la noción de *verdad* como forma de manejo de la opinión pública y de los movimientos sociales. Pero, sobre todo, en el hecho de que la mayoría de los desarrollos en inteligencia artificial están concentrados en muy pocas manos, con recursos enormes y poderes con pocos límites, y con escaso contralor de los organismos estatales para verificar la ética de su empleo. Además, tienen una creciente influencia en los sistemas políticos para favorecer corrientes de opinión autoritarias y funcionales a sus intereses particulares, lo que hoy se ha dado en llamar *tecnofascismo*. Son riesgos reales que, no obstante, no justifican el desarrollo de una «tecnofobia» o de un movimiento «neoludita», remedando los que se generaron contra las máquinas en los comienzos de la Revolución Industrial.

Estamos en un momento de cambio civilizatorio y en momentos así es difícil saber cuál es el resultado que puede tener ese proceso. «La rueda está girando y no sabemos a quién le puede tocar la suerte», canta Dylan. A todos nos afecta como integrantes de la *polis* y es un compromiso que asumimos, en condición de tales, para el debate público y el logro del mejor uso social posible de esta herramienta que es la inteligencia artificial.

Eso no impide que pensemos y que tratemos de anticipar los desafíos y, en particular, en mi caso y para dar respuesta al título de este trabajo, en lo que afecta o podría desafiar al psicoanálisis. Hay efectos que ya se pueden observar, impactos en las subjetividades que han comenzado a manifestarse y que podemos reconocer. El primero, que ya he mencionado, es la dilución de la noción de *verdad*. Me refiero a la verdad fáctica, aquello que es comprobable si ocurrió o no.

Hace poco, otro interesante debate en la APU nos permitió acceder a un trabajo de la psicoanalista Lauriña (2026) sobre las llamadas *fake news*, que fue discutido por la periodista Ana Laura Pérez (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, 2026). En su trabajo, Lauriña remarca el impacto que las formas de intercambio de información a través de las redes afectan directamente la subjetivación de las personas, y se pregunta cómo servirse de internet y de la inteligencia artificial «sin ser consumidos por la tentación del TODO» (mayúsculas en el original).

Esta pregunta, creo, plantea un desafío que ya llega a nuestras consultas. Es cierto que la noción de *verdad* de la que el sujeto hablante trata de dar cuenta es un lugar inasible y vacío. No se trata de una verdad objetiva. Es una verdad «mítica», que, como todo mito, tiene algo de ilusión y algo que ocurre siempre en los hechos. Pero a eso se contrapone la verdad de los hechos, como señalaba Pérez (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, 2026), ¿esto ocurrió o no ocurrió?, ¿fulano dijo o hizo tal o cual cosa o no la hizo? Esta necesidad de corroborar hechos fácticos es imprescindible socialmente para decidir acciones. La manipulación de estos, por ejemplo, creando noticias o imágenes falsas, impacta no solo en las acciones sociales (por ejemplo, la llamada Primavera Árabe de 2010), sino en las creencias y la subjetividad de los seres humanos.

Otro de los cambios o desafíos que ya enfrentamos fue planteado por Tauszik (2025) en un excelente trabajo que presentó en el XII Congreso Internacional de la APU en 2024. En él plantea tres cambios que entiende cruciales y que desafían el saber de los analistas. El primero es el cambio en la relación continente/contenido, que hacía subsumir la tecnología a la ciencia, donde la preeminencia era de la ciencia, que oficiaba de continente de la tecnología. Para Tauszik, y concuerdo con él, esa relación se ha subvertido y hoy el predominio es de la tecnología en un proceso acelerado,

donde el científico ha pasado a segundo plano frente al «ingeniero, el entrepreneur y la tecnología», que además maneja los hilos de la política, la economía y las artes, «y la mayor parte de las interacciones del sujeto con el mundo que lo rodea y del que hace parte» (p. 201).

El segundo es lo que Tauszik (2025), tomando como base reflexiones de Lacan, designa como «la irreversible puesta en crisis de un Nombre del Padre desfalleciente» (p. 201), con los efectos que ello tiene para regular la pulsionalidad propia y la del semejante, posibilitando los lazos sociales y la producción de un inconsciente. El tercero es la progresiva «desmaterialización» del «gadget», el accesorio del que disponemos y somos cada vez más dependientes. Esa desmaterialización es promovida por la creciente digitalización de procesos, en los que cada vez más interviene la inteligencia artificial.

Estos son desafíos a los que ya nos enfrentamos y encontramos en nuestra práctica. Para plantear un ejemplo, y sin ir muy lejos, tomando como referencia las modificaciones de los modos de relación del sujeto con el mundo y la desmaterialización de las interacciones: las sesiones analíticas remotas. No entro en el debate sobre la conveniencia de estas. Es muy posible que el desarrollo tecnológico permita, en no mucho tiempo, disponer de accesorios que habiliten sesiones remotas donde no veamos al interlocutor en una pantalla, sino en un holograma en 3D, como si compartiéramos un mismo espacio. Hace mucho tiempo, Bioy Casares (1940/1998) ya había anticipado algo así en su libro *La invención de Morel*. Esa tecnología ya existe y se usa en telecomunicaciones. Cómo y cuánto cambien nuestra práctica y la concepción que tenemos de ella es una pregunta que no puedo responder.

Otro ejemplo: el actor Val Kilmer falleció en abril de 2025. Sin embargo, va a ser el protagonista de una película que ya se está produciendo, para la cual en vida no filmó ni una sola escena, gracias a la acción de la inteligencia artificial que reproducirá su imagen, su voz y sus movimientos con consentimiento de su familia. Varios episodios de la serie, originalmente británica, *Black Mirror* plantean dilemas similares.

Estos son efectos que ya observamos y que desafían el trabajo analítico hoy. Son preguntas que nos formulamos constantemente y a las que los analistas no les hemos podido dar una respuesta que genere consenso.

Pero creo que también hay otros efectos del desarrollo de la inteligencia artificial que aparecen en el horizonte y nos van a desafiar aún mucho más que los mencionados.

En general, en nuestra disciplina tendemos a pensar la inteligencia artificial solo vinculada con el desarrollo algorítmico en componentes digitales. Por lo dicho antes, creo que ese camino de desarrollo de la inteligencia artificial genera los cambios que hemos mencionado, pero no es capaz, ni lo sería, de sustituir la interacción humana, que es el centro de nuestra práctica. Y no lo podría hacer por lo expuesto: la inteligencia artificial digital, algorítmica, nunca va a estar atravesada por el deseo inconsciente. Siempre va a carecer de ese «eros del logos», como dice Ardao (1993), que caracteriza a lo humano. No va a poder producir o comprender metáforas. O, como decía Simon en el intercambio, «va a ser siempre ajena a lo más humano de lo humano, el amor». Y podríamos agregar a cualquier otra pasión: odio, celos, envidia.

Los ejemplos de *chatbots* psicoterapéuticos (hay unos cuantos) que ofrecen servicios de atención sobre la base de programas de inteligencia artificial no pueden acceder a esa dimensión del psiquismo con la que trabajamos en nuestra práctica psicoanalítica. Pero cuando mencioné las hipótesis de Bostrom para el desarrollo de una inteligencia artificial similar o superior a la humana, lo hice porque entiendo que al menos dos de esas cinco alternativas nos tocan de cerca, y ahí sí encuentro desafíos reales al psicoanálisis. Me refiero a la posibilidad de desarrollo de «superinteligencias» con base en la ingeniería genética o al implante de dispositivos digitales en el cerebro, el *cyborg*. Si es posible manipular la genética humana con tecnologías que ya existen (CRISPR), no habrán de demorar las investigaciones que busquen potenciar o desarrollar determinadas capacidades.

Durante la Guerra Fría, el poder disuasorio estuvo centrado en la carrera armamentística. Hoy se centra, y ya lo dicen sus protagonistas (Miranda & Gressani, 2026), en la carrera por lograr mejores y más potentes sistemas de inteligencia artificial. No sería sorprendente entonces que se utilizaran todos los caminos disponibles a ese fin. Pero saliendo de los usos militares, imaginemos una situación en la que la manipulación genética intervenga en el desarrollo de la inteligencia o en la implantación

mediante chips de memorias disponibles al sujeto. Allí no estaríamos ante un dispositivo digital que solo sabe computar datos, sino ante un sujeto deseante, potenciado exponencialmente en sus capacidades cognitivas. Y potenciado en sus memorias, que podrían ser datos o recursos de información, y también efectos sensoriales, marcas sensibles, impulsos. Hasta dónde llegaría un sujeto así, cómo se conformaría su subjetividad, qué impacto tendría en su estructuración psíquica, son interrogantes a futuro a nuestra tarea.

Parece ficción, pero no está muy lejos. Ya se lo preguntaba Arocena (2025) en su presentación en el último congreso de la APU: ¿Qué significa hoy ser humano? ¿Qué efectos de la aceleración de los desarrollos tecnológicos impactan en la forma en que concebimos «lo humano»? He tratado de pensarlos como psicoanalista ante la pregunta abierta que formula la inteligencia artificial. La Esfinge de Tebas ha resurgido. Sus acertijos son otros. Sus azotes también. Para seguir camino hay que intentar una respuesta. ♦

REFERENCIAS

- Álvez Francese, F. (2016, 30 de mayo). El presente electrónico. Con Hans Ulrich Gumbrecht. *la diaria*. <http://ladiaria.com.uy/articulo/2016/5/el-presente-electronico/>
- Ardao, A. (1993). *Espacio e inteligencia*. Fundación de Cultura Universitaria; Biblioteca de Marcha.
- Arocena, F. (2025). Tiempos de aceleración. En N. Mirza (Coord.), *Erotismo y subjetividades en mutación* (Biblioteca Uruguaya de Psicoanálisis, Vol. 14). Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Arocena, F., & Sansone, S. (2023). *Aceleración*. Estuario.
- Asociación Psicoanalítica del Uruguay. (2026, 13 de abril). *Fake news y realidad psíquica* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=gX6RiLnLN-M>
- Bioy Casares, A. (1998). *La invención de Morel*. Emecé. (Trabajo original publicado en 1940).
- Borges, J. L. (1955). Prologo. En R. Bradbury, *Crónicas marcianas*. Minotauro.
- Courtoisie, A. (2026). *Filosofía de la técnica. Una mirada desde la apropiación social*. Ediciones del Colectivo por el Derecho a la Tierra.
- Freud, S. (1984). 27.ª conferencia: La transferencia. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 16, pp. 392-407). Amorrotu. (Trabajo original publicado en 1917).
- Freud, S. (1986). Sobre la iniciación del tratamiento (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I). En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 12, pp. 121-144). Amorrotu. (Trabajo original publicado en 1913).
- Freud, S. (1992). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 1, pp. 211-322). Amorrotu. (Trabajo original publicado en 1950).
- Google. (2026). *Gemini* [Modelo de IA con búsqueda web integrada]. google.com.

- Lauriña, C. (2026, 22 de enero). *Fake news y realidad psíquica*. elSigma. <https://www.elsigma.com/psicoanalisis-ley/fake-news-y-realidad-psiquica/14692>
- Lieberman, D. (1980). Evaluación de las entrevistas diagnósticas previas a la iniciación de los tratamientos analíticos. En C. A. Paz, H. Friedenthal, & G. W. de Lehmann, *Analizabilidad y momentos vitales*. Nau Llibres.
- Michel, M. (2024, 5 de marzo). ¿Qué le falta a la inteligencia artificial para ser inteligente? *Extramuros*, 112. <https://extramurosrevista.com/que-le-falta-a-la-inteligencia-artificial-para-ser-inteligente/>
- Miranda, A., & Gressani, G. (2026, 21 de abril). El manifiesto de Palantir para la dominación. El Grand Continent. <https://legrandcontinent.eu/es/2026/04/21/el-manifiesto-de-palantir-para-la-dominacion/>
- Piaget, J. (1973). *Estudios de psicología genética*. Emecé.
- Razonamiento abductivo. (2024, 1 de octubre). En *Wikipedia*. https://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Razonamiento_abductivo&oldid=162774175
- Simon, M. (2026, 2 de enero). Con lo mejor de nosotros. Algunas consideraciones, y algunas positivas, sobre la inteligencia artificial. *Brecha*. <https://brecha.com.uy/con-lo-mejor-de-nosotros/>
- Spielberg, S. (Dir.). (1993). *Jurassic Park* [Película]. Universal Pictures.
- Tauszik, J. M. (2025). 1924-2024: Cien años. ¿Y mañana? La subjetivación en un contexto digital. En N. Mirza (Coord.), *Erotismo y subjetividades en mutación* (Biblioteca Uruguaya de Psicoanálisis, Vol. 14). Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Teoría de las inteligencias múltiples. (2026, 20 de marzo). *Wikipedia*. https://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Teor%C3%ADa_de_las_inteligencias_m%C3%BAltiples&oldid=172591595
- Unir. (2025, 18 de marzo). *Las 8 inteligencias múltiples según Howard Gardner*. <https://mexico.unir.net/noticias/educacion/howard-gardner-inteligencias-multiples-creatividad/>

Fracaso del sentido y estructura del lenguaje: entre Beckett y Lacan



LÍLIAN QUEIROZ¹ Y IGOR LIMA²

DOI: 10.36496/N142.A2

LÍLIAN QUEIROZ Y IGOR LIMA / ORCID: 0009-0008-6763-0847 | 0000-0003-1913-1791

RECIBIDO: ABRIL DE 2026

ACEPTADO: JUNIO DE 2026

RESUMEN

Este artículo analiza *Esperando a Godot*, de Samuel Beckett, a la luz de la teoría del significante de Jacques Lacan, con el objetivo de investigar la centralidad del lenguaje en la estructura dramática y sus efectos en la producción y el fracaso del sentido. Inscrita en el contexto del teatro del absurdo, según lo delineado por Martin Esslin, la obra subvierte los principios clásicos de unidad, coherencia y finalidad, presentando una narrativa marcada por la repetición, el estancamiento y la ausencia de resolución. Se parte de la hipótesis de que Beckett no solo tematiza la crisis de la significación, sino que la inscribe formalmente en su dramaturgia, desplazando la centralidad del significado en favor del funcionamiento de la cadena significante. El análisis evidencia que la inestabilidad del tiempo y del espacio, el fallo de los puntos de capitón y la proliferación discursiva operan como dispositivos que impiden la fijación del sentido. En este marco, el fracaso de la significación no se comprende como deficiencia, sino como operador estético

1 Psicoanalista, Instituto de Artes del Espectáculo, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
lilianpqueirozcunha@gmail.com

2 Psicoanalista. igor.daniel.lima@gmail.com

y psíquico central de la obra. Se concluye que *Esperando a Godot* no solo representa la inestabilidad del sentido, sino que la produce, implicando al sujeto en una experiencia de lenguaje marcada por el deslizamiento significante.

DESCRIPTORES: LACAN, JACQUES / LETRA / SIGNIFICADO /

METÁFORA / CADENA SIGNIFICANTE / METONIMIA.

OBRA-TEMA: ESPERANDO A GODOT

ABSTRACT

This article analyzes *Waiting for Godot*, by Samuel Beckett, through the lens of Jacques Lacan's theory of the signifier, with the aim of investigating the centrality of language in the dramatic structure and its effects on the production and failure of meaning. Situated within the context of the theatre of the absurd, as outlined by Martin Esslin, the play subverts the classical principles of unity, coherence, and finality, presenting a narrative marked by repetition, stagnation, and the absence of resolution. The hypothesis is that Beckett does not merely thematize the crisis of signification but formally inscribes it in his dramaturgy, displacing the centrality of meaning in favor of the functioning of the signifying chain. The analysis shows that the instability of time and space, the failure of quilting points, and discursive proliferation operate as devices that prevent the fixation of meaning. Within this framework, the failure of signification is understood not as a deficiency but as a central aesthetic and psychic operator of the work. It is concluded that *Waiting for Godot* does not merely represent the instability of meaning, it produces it, implicating the subject in a linguistic experience marked by signifying drift.

KEYWORDS: LACAN, JACQUES / LETTER / MEANING / METAPHOR / SIGNIFYING CHAIN / METONYMY.

WORK-SUBJECT: ESPERANDO A GODOT

INTRODUCCIÓN

¿Qué queda de la experiencia humana cuando las garantías simbólicas que tradicionalmente la organizaban se agotan? ¿Es posible alguna forma de articulación lógica cuando la lógica del sentido fracasa? Es en esta encrucijada donde se sitúa *Esperando a Godot*, de Beckett (1952/2008), obra que no solo escenifica ese agotamiento, sino que lo inscribe en la propia estructura de su lenguaje dramático. La suspensión de la llegada de Godot, la inestabilidad del escenario y del tiempo, la repetición incesante de palabras y frases producen un vaciamiento deliberado de sentido que impide cualquier lectura teleológica o cierre interpretativo. Como afirma el propio Beckett, «nada ocurre, nadie viene, nadie va, es terrible» (p. 48).³

La obra integra el teatro del absurdo, un movimiento consagrado por Esslin (1961/2018) que opera una ruptura deliberada con los criterios dramáticos formulados por Aristóteles (ca. 335-323 a. C./1994) en *Poética*. Para Aristóteles, la inteligibilidad de una obra dramática depende de tres unidades: la acción, que exige una secuencia de eventos encadenados por causalidad y orientados hacia una resolución; el tiempo, que demanda que la acción se desarrolle en un intervalo coherente y reconocible; y el espacio, que requiere un lugar que funcione como coordenada estable de la experiencia escénica. Son estas tres unidades las que garantizan al espectador la posibilidad de seguir, comprender y anticipar lo que ocurre en escena. En *Esperando a Godot*, las tres son sistemáticamente rechazadas: no hay acción que avance, el tiempo retorna siempre al mismo punto sin que nada se resuelva y el espacio no ancla a nadie. El teatro del absurdo no discurre sobre esa disolución: la escenifica, haciendo del propio lenguaje el lugar donde la comprensión garantizada se vuelve imposible.

Este agotamiento encuentra su lugar histórico en Lyotard (1979/2009), para quien la condición posmoderna se define por el fracaso de los grandes relatos que legitiman el saber y organizan la experiencia colectiva. La ciencia, la religión y las filosofías de la historia pierden su fuerza de anclaje y el

3 Los fragmentos de *Esperando a Godot* citados en este trabajo corresponden a la edición brasileña utilizada (traducción de Renato Ciacci); las traducciones al español son nuestras.

sujeto se ve ante una realidad sin garantías de inteligibilidad. En Beckett, ese diagnóstico no aparece como tema, sino como operación formal. Es en este punto donde el psicoanálisis lacaniano permite ir más allá de lo que Lyotard describe históricamente: al retomar a Freud desde la lingüística estructural, Lacan (1957/1998a) desplaza el eje de la significación al afirmar que «el inconsciente está estructurado como un lenguaje» (p. 498), lo que implica reconocer que el sentido no está dado de antemano, sino producido de forma siempre contingente, deslizándose en la cadena significante.

En esta línea, el significante adquiere primacía sobre el significado, instaurando una lógica de falta que impide la fijación definitiva del sentido. Desde esta perspectiva, se vuelve posible interrogar formas de organización de la experiencia que no se sostienen en la coherencia, la finalidad o la transparencia del lenguaje, sino que evidencian una lógica marcada por la discontinuidad, el fallo y el equívoco, escenificando de modo radical la lógica del sujeto del inconsciente.

Ante ello, este artículo analiza *Esperando a Godot* a la luz de la teoría del significante del psicoanálisis lacaniano, orientándose por los siguientes ejes: examinar la primacía del significante en la estructura del texto dramático; analizar el fracaso de la producción de sentido como operador estético y psíquico en la obra; e investigar la estructura de repetición como un mecanismo que organiza la temporalidad, la acción y la experiencia escénica. La hipótesis que orienta el recorrido es que Beckett no representa la inestabilidad del sentido, sino que la produce, implicando al sujeto en una experiencia de lenguaje marcada por el deslizamiento significante.

SOBRE EL SIGNIFICANTE: FUNDAMENTOS LACANIANOS

La teoría del significante formulada por Lacan (1957/1998a) produce un desplazamiento radical en la comprensión del sentido al situar al lenguaje, no como instrumento de representación, sino como estructura que antecede y determina al sujeto. En su relectura del legado freudiano, Lacan opera una inflexión decisiva al desplazar la comprensión del inconsciente hacia el campo del lenguaje, concebido, no solo como medio de comunicación, sino como el propio soporte de lo simbólico, estructurado por la acción del habla. Es con tal propuesta que se inscribe la noción de sujeto

dividido (\$), pensado como escindido entre lo consciente y lo inconsciente, así como producido por el efecto del encadenamiento de significantes (S1-S2) en su interacción en el campo del Otro.

Esta concepción se articula directamente con la afirmación de que «el inconsciente está estructurado como un lenguaje» (Lacan, 1973/2008, p. 27), mediante la cual subvierte el modelo clásico del signo, tal como fue formulado por la lingüística saussuriana. Al romper con la idea de una correspondencia estable entre significante y significado, cuestiona la suposición de que el sentido se produce como unidad fija. El algoritmo (S/s), que en la tradición saussuriana sostenía la relativa estabilidad del signo, es reinscrito para evidenciar la primacía del significante. Con ello, se deshace la expectativa de una comprensión unívoca del mensaje, ya que el sujeto, estructuralmente dividido, no detenta dominio pleno sobre lo que dice. Su habla está atravesada por el campo del gran Otro (A), entendido como el lugar del lenguaje y de la ley simbólica que lo precede y condiciona sus posibilidades de significación.

Es en este horizonte que Lacan (1957/1998a) sostiene que no hay correspondencia plena entre palabra y cosa, ni transparencia entre lenguaje y realidad. La barra que separa significante y significado deja de ser un simple recurso gráfico para afirmarse como una marca estructural de una imposibilidad: el sentido no se fija, sino que se produce retroactivamente en la cadena significativa. De este modo, el significado no preexiste al lenguaje, sino que emerge como efecto de las relaciones diferenciales entre significantes. Tal dinámica evidencia que el sujeto solo adviene en el campo del Otro y, simultáneamente, permanece separado de él, puesto que jamás alcanza un sentido pleno de sí mismo, lo que refuerza su condición de sujeto dividido (\$).

De este modo, el sentido de lo que se dice no se establece por una vía universal de comprensión, sino que depende de la articulación de los significantes en la cadena discursiva, siempre mediada por el Otro. Un término como *árbol*, por ejemplo, no remite a un significado único y estable, pudiendo evocar múltiples asociaciones: un objeto botánico, un árbol genealógico, una imagen simbólica o una metáfora, según su inserción en la cadena significativa. Esta polisemia, lejos de constituir una desviación, expresa la propia estructura del lenguaje y la división del sujeto, que, al

hablar, se inscribe en el campo del Otro sin jamás coincidir plenamente con el sentido que produce.

Esta perspectiva no solo altera la manera en que se comprende el lenguaje, sino que desplaza la propia percepción de la realidad. Si el sentido no está dado previamente, sino que emerge del juego entre significantes, entonces la realidad no se presenta como algo plenamente accesible o transparente, sino como mediada por el lenguaje y atravesada por sus ambigüedades y deslizamientos. En esta línea, la primacía del significante introduce una inestabilidad estructural en el sentido, revelando que tanto lo que se dice como lo que se percibe está siempre sujeto a desplazamientos, reinterpretaciones y efectos que escapan a cualquier intento de fijación definitiva. Es con esta desarticulación que el sentido deja de ser un fundamento estable y pasa a ser efecto contingente de la articulación significante. Es en este punto donde podemos hablar de un declive de la construcción del sentido (Lacan, 1957/1998a).

En términos lacanianos, esta inestabilidad se deriva del propio funcionamiento del significante que comporta deslizamientos y sustituciones en la cadena discursiva. Lacan (1957/1998a), al articular los mecanismos freudianos de condensación y desplazamiento con las figuras de la metáfora y la metonimia, respectivamente, demuestra que el inconsciente opera según leyes propias, estructuradas en la cadena significante. La metáfora produce efectos de sentido al sustituir un significante por otro, mientras que la metonimia sostiene el deslizamiento continuo del deseo a lo largo de esa cadena. Este movimiento impide la estabilización definitiva del significado, haciendo que cada significante remita a otro, instaurando una red potencialmente infinita de remisiones.

El declive del sentido, en esta perspectiva, no implica ausencia absoluta de significación, sino la imposibilidad de su totalización. Se producen sentidos, pero estos permanecen siempre parciales, provisionales y susceptibles de nuevos desplazamientos, de modo que la construcción del sentido se revela siempre precaria. Lo que aparenta ser significado fijo es resultado de puntos de amarre, llamados puntos de capitón o puntos de basta. Estos puntos, según Eidelsztein (2020b), son «el punto que permite que un almohadón, de una dimensión importante, no pierda su forma» (p. 76); aquí, son responsables de estabilizar momentáneamente el constante

deslizamiento de un significado. Sin embargo, tales puntos no eliminan la movilidad estructural del significante: el sentido es siempre efecto de costura, nunca esencia originaria. En cada nueva articulación, puede ser desplazado, resignificado o vaciado.

El declive del sentido también puede comprenderse como efecto de la modernidad simbólica, en la que los grandes significantes-amo, es decir, aquellos que organizaban el campo social y garantizaban referencias relativamente estables, pierden su fuerza de anclaje. En la medida en que el significante no remite a un significado último, sino solo a otros significantes, la experiencia subjetiva pasa a estructurarse bajo el régimen de la indeterminación. El sujeto moderno se confronta, así, con la inexistencia de un sentido garantizado por el Otro, siendo convocado a lidiar con una cadena signifiante en permanente desplazamiento.

Lacan (1973/2008) afirma que «un significante es aquello que representa a un sujeto, ¿para quién? —no para otro sujeto, sino para otro significante—» (p. 194). Tal formulación desplaza cualquier entendimiento del sujeto como una instancia anterior, consciente y autónoma. El sujeto no es el origen del discurso ni fundamento de un sentido; es efecto de la articulación entre significantes. El significante, a su vez, no representa una cosa ni un significado estable, sino que representa al sujeto, y lo hace siempre para otro significante en una cadena potencialmente infinita.

Esta formulación, aunque condensada en el seminario 11 (Lacan, 1973/2008), encuentra anticipación en el seminario 9, donde Lacan (2003) afirma que «el significante, al contrario del signo, no es lo que representa algo para alguien, es lo que representa, precisamente, al sujeto para otro significante» (pp. 64-65). Lo que formula en 1964 refuerza lo que ya presentaba en 1961-1962: no hay coincidencia entre sujeto e identidad, cada vez que el sujeto es representado en el lenguaje, algo se pierde, y es en esa pérdida estructural donde se sostiene su división. Para Lacan, la división no es un accidente psicológico, sino la condición misma de su emergencia: «Denomina sujeto a cada articulación particular de esos lugares entre los significantes y las cadenas o trenzas del discurso. Propongo llamarlo sujeto intervalar» (Eidelsztein, 2020a, p. 60). El sujeto surge en los intervalos de la cadena, en los puntos de hiancia donde el significado falla. Así, el declive de la construcción del sentido coincide con la emergencia del

sujeto dividido (\$), marcado por la falta y la imposibilidad de coincidir consigo mismo.

En *Esperando a Godot*, el diálogo entre Vladimir y Estragón no conduce a una progresión narrativa tradicional ni a una revelación final de sentido. Por el contrario, el discurso se estructura por repeticiones, interrupciones y deslizamientos que evidencian la autonomía del significante con relación a cualquier significado estable. La propia temporalidad circular de la obra remite al movimiento retroactivo del sentido descrito por Lacan (1957/1998a). En cada acto, la estructura se repite, como si el punto de capitón jamás se estabilizara, pues, como señala el autor, «el significante, por su naturaleza, siempre se anticipa al sentido, desplegando, como si fuera delante de él, su dimensión» (p. 505).

De este modo, el significado permanece continuamente desplazado, impidiendo que la cadena significante alcance un cierre capaz de fijar definitivamente el sentido. La espera por Godot funciona como significante-amo que organiza la cadena discursiva, pero cuyo significado permanece vacío o indeterminado. Godot nunca llega; su ausencia sostiene la estructura de la obra. Es precisamente porque Godot no tiene contenido determinable que puede continuar organizando la espera: un Godot que llega tendría que responder por el sentido que le fue atribuido, y esa respuesta inevitablemente lo destituiría. La ausencia sostiene lo que la presencia disolvería. Por tanto, articular la teoría del significante con el declive de la construcción del sentido implica reconocer que «es en la cadena del significante donde el sentido insiste, pero ninguno de los elementos de la cadena consiste en la significación de la que es capaz en ese mismo momento» (Lacan, 1957/1998a, p. 506): el sentido es siempre secundario con respecto a la estructura que lo produce. De esta manera, la significación no constituye el fundamento del lenguaje, sino que resulta de las relaciones diferenciales establecidas entre los significantes. El lenguaje no transmite significados listos; engendra efectos de significación que pueden siempre deslizarse. El declive del sentido no es falla del lenguaje, sino su condición estructural. Es justamente en este campo de inestabilidad donde el sujeto se constituye, no como centro soberano de la significación, sino como efecto transitorio de una cadena que nunca se cierra sobre sí misma.

ESPACIO Y TIEMPO COMO SIGNIFICANTES: ENTRE METÁFORA Y METONIMIA

Al analizar la relación entre tiempo y espacio, elementos estructurales en la construcción de una narrativa, y observar esa misma relación en *Esperando a Godot*, es posible identificar el movimiento propio de la cadena signifiicante descrito por Lacan (1957/1998a, p. 503), cuando argumenta que se trata de «mostrar cómo un signifiicante entra efectivamente en el significado, es decir, de una [letra] que, aunque no sea inmaterial, plantea la cuestión de su lugar en la realidad». En la obra de Beckett, *tiempo y espacio* dejan de desempeñar la función de orientación o anclaje de la experiencia narrativa; no organizan la escena ni establecen coordenadas estables de realidad. Por el contrario, se presentan de forma vacilante e indeterminada, de modo que su significado no está dado de antemano. Así, tiempo y espacio participan en la dinámica de la cadena signifiicante, en la que la significación permanece continuamente diferida y solo puede emerger a partir de las articulaciones entre los signifiicantes, sin alcanzar jamás una estabilización definitiva.

Si el «signifiicante no representa una cosa, sino que representa al sujeto para otro signifiicante» (Lacan, 1973/2008, p. 203), tiempo y espacio operan precisamente de esa forma: no remiten a referentes fijos, sino a otros términos, sin que la cadena se cierre sobre un significado estable. Esta operación no se restringe a los personajes, que circulan sin poder fijar dónde o cuándo están; alcanza también al propio espectador, igualmente imposibilitado de determinar en qué punto, dónde y cuándo se encuentra la obra. La desorientación, en este sentido, no es temática, sino estructural: Beckett la inscribe en la propia organización de la escena, volviendo visible, por la experiencia, la imposibilidad de una representación estable de la realidad.

En términos generales, el tiempo en la obra no se organiza de forma lineal o progresiva, sino que se presenta como inestable, repetitivo y frecuentemente ambiguo. Ya en el inicio, Vladimir y Estragón demuestran incertidumbre sobre lo ocurrido el día anterior, cuando intentan recordar los eventos y no logran establecer continuidad: «¿Qué hicimos ayer?», pregunta Estragón, a lo que Vladimir responde: «Nada está claro cuando estás

tú de por medio» (Beckett, 1952/2008, p. 12). Esta ruptura de la memoria introduce una temporalidad que parece avanzar, pero retorna siempre al mismo punto: el no saber. La inestabilidad se intensifica con la llegada del personaje El Muchacho, que, al final de cada acto, trae la noticia de que Godot no vendrá ese día, pero vendrá al siguiente y que, en el segundo acto, niega haber estado allí el día anterior.

Por último, es posible observar un movimiento de repetición del cierre en ambos actos: «¿Nos vamos?», «Vamos», seguido de la acotación escénica «No se mueven» (Beckett, 1952/2008, p. 66), evidenciando la suspensión temporal y la imposibilidad de avance. Cuando el espectador cree comprender la lógica del tiempo, la narrativa desplaza nuevamente esa comprensión, instaurando duda e indeterminación, lo que también se vuelve visible en la intervención del personaje El Muchacho cuando es interrogado sobre la veracidad de su noticia: «¿Qué es la verdad, señor?» (p. 59).

El espacio opera de manera análoga al tiempo: reducido a un camino, a un árbol y a un lugar sin nombre, no ofrece orientación ni localización estable. Cuando Vladimir afirma que Godot pidió que esperaran cerca del árbol, Estragón pregunta: «¿Qué árbol es ese?» (Beckett, 1952/2008, p. 11), volviendo imprecisa la única referencia espacial disponible. Del mismo modo, la pregunta recurrente «¿dónde estamos?» atraviesa la obra sin jamás encontrar respuesta. Así, el espacio, en vez de situar a los personajes, los reinscribe continuamente en la indeterminación. Al igual que el tiempo, no fija coordenadas, sino que las disuelve.

Esta inestabilidad, sin embargo, no debe comprenderse como mera desorientación temática o efecto dramático aislado. Por el contrario, puede leerse de forma más precisa a la luz de la teoría del significante de Lacan (1957/1998a), en la medida en que tanto el tiempo como el espacio pasan a funcionar como elementos que remiten indefinidamente a otros términos, sin jamás encerrar la cadena en un significado estable. La hipótesis de espacio y tiempo como significantes exige, por tanto, considerar que la propia estructura de la obra está atravesada por ese movimiento de remisión continua. Esta distinción es decisiva, pues desplaza la lectura desde un intento de definir *qué es* el tiempo o el espacio hacia un análisis de *cómo* esos términos operan y se transforman en el interior de la cadena signifi-
ficante.

El tiempo y el espacio son categorías privilegiadas para este argumento, ya que, en el uso ordinario, ejercen justamente la función que el significante, tal como fue formulado por Lacan (1957/1998a), no puede garantizar: la de anclar al sujeto en una realidad compartida, orientar la experiencia y fijar coordenadas que vuelven posibles la comunicación y el entendimiento mutuos. Son, en otros términos, el soporte básico de la estabilidad simbólica. Cuando Beckett los construye de modo tal que deslicen y se sustituyan, no está solo produciendo un efecto estético, sino exponiendo la estructura del significante en su nivel más radical. En este punto se vuelve posible aproximar la lectura a la formulación clásica de que el significante representa al sujeto para otro significante: en escena, tiempo y espacio no remiten a un referente estable, sino a otros significantes, de tal modo que los propios personajes solo se sostienen en esa red de remisiones que nunca se completa.

En este sentido, el tiempo no solo se presenta como inestable, además opera propiamente como significante, lo que se evidencia tanto por el deslizamiento metonímico como por la sustitución metafórica. El deslizamiento metonímico aparece con claridad en la escena en que Vladimir pregunta al muchacho si estuvo allí el día anterior y este responde negativamente. Ambos utilizan el mismo significante, *ayer*, sin que remita al mismo referente. El término circula con la apariencia de un sentido compartido, pero, al ser tensionado, revela la no coincidencia entre los interlocutores: la cadena no se cierra y ninguno de los usos se ancla en un punto estable. La sustitución metafórica, a su vez, opera de manera distinta. Cuando Estragón sugiere actuar, él mismo responde: «Por otro lado, quizás sea mejor batir el hierro mientras está caliente» (Beckett, 1952/2008, p. 17). La expresión sustituye la acción inmediata, ocupando su lugar y prometiendo una decisión. Sin embargo, el efecto producido es paradójico: la metáfora de la urgencia sirve precisamente para sostener la inacción y los personajes permanecen a la espera. La metáfora, que debería producir una fijación de sentido, colapsa sobre sí misma, evidenciando la imposibilidad del anclaje.

El espacio, a su vez, opera bajo la misma lógica. El deslizamiento metonímico aparece cuando Vladimir afirma que Godot les pidió esperar cerca del árbol, único marcador espacial disponible, pero el propio árbol

no ancla ninguna localización estable. «Él dijo cerca del árbol» (Beckett, 1952/2008, p. 11) remite a otro árbol, a otro lugar posible, sin que la cadena se cierre sobre un espacio determinado. La operación metafórica, por su parte, se concentra en la descripción del árbol: nombrado como sauce llorón, surge sin hojas, sin llanto, con el significante preservado pero vaciado de lo que lo justificaría. Vladimir concluye: «Debe estar muerto» (p. 11). De esa sustitución, el árbol que debería llorar y no llora, que debería vivir y está muerto, emerge un efecto de sentido que no estaba en ninguno de los términos por separado, condensando la condición de los propios personajes: una espera que vació el sentido sin que el duelo se completara. Notablemente, el árbol es el nudo donde los dos mecanismos se cruzan: desliza metonímicamente como marcador espacial sin anclaje y sustituye metafóricamente algo que no puede nombrarse de forma directa.

Desde la perspectiva lacaniana, puede afirmarse que el sentido en *Esperando a Godot* opera como efecto retroactivo siempre diferido. Cada enunciado remite a otro, instaurando una cadena que no se cierra. El deslizamiento metonímico aparece en la repetición de la espera, mientras que la ausencia de resolución dramatiza la imposibilidad de fijación definitiva del significado. El lenguaje no comunica una esencia, sino que evidencia su propia estructura diferencial.

LUCKY Y EL FALLO DEL PUNTO DE CAPITÓN

Si, como se observó, el tiempo y el espacio en *Esperando a Godot* dejan de operar como coordenadas estables, disolviendo la orientación de los personajes e impidiendo la fijación de un referencial compartido, esa misma lógica se radicaliza en el nivel del lenguaje con el discurso de Lucky. Aquello que, en el plano de la experiencia, ya se presentaba como desanclaje, encuentra ahora en el habla del personaje su formulación más extrema: no solo el mundo se vuelve inestable, sino que el propio discurso que debería organizarlo revela su incapacidad para producir sentido.

Entre sinsentidos y referencias implícitas, Beckett introduce el único y memorable discurso de Lucky en *Esperando a Godot*. En un flujo continuo de palabras, sin puntuación y marcado por repeticiones y rupturas, el personaje moviliza y simultáneamente desorganiza campos del saber como

la academia, la antropología, la teología y la filosofía. Lo que emerge no es la ausencia de discurso, sino su proliferación desordenada, incapaz de estabilizarse. La forma del discurso, extensa, fragmentada y sin conclusión, escenifica la imposibilidad de una síntesis, desplazando la crisis del sentido desde su plano temático hacia el nivel del propio lenguaje.

Esta proliferación de un discurso fragmentado e inconcluso expresa el drama de una época atravesada por el exceso de explicaciones. Este movimiento puede situarse en el horizonte teórico descrito por Lyotard (1979/2009), quien identifica una crisis fundamental de los grandes relatos que sostienen la racionalidad moderna, responsables de legitimar el progreso, la ciencia, la razón y la propia idea de una historia orientada por finalidad. La ciencia, la religión y las filosofías de la historia dejan de operar como instancias capaces de garantizar la unidad del saber y la estabilidad del sentido. En Beckett, esa crisis no aparece solo como telón de fondo histórico y temático, sino como operación formal en el discurso de Lucky, que condensa y desorganiza esos registros, exponiendo su fracaso como operadores de totalización.

LUCKY — Dada la existencia según se comprueba en los trabajos publicados de Puncher y Wattmann de un Dios personal cuácuacuácuá de barbas blancas cuácuacuácuá fuera del tiempo fuera del espacio estando fuera de la hipótesis de comprensión que desde lo alto de su divina apatía divina atambía divina afasia a todos ama profundamente con algunas excepciones por razones desconocidas pero el tiempo dirá [...] concluidos por la Acacacademia de Antropopopometría de Essy-en-Possy de Testew y Cunnard queda establecido descartando todas las dudas todas las demás dudas (Beckett, 1952/2008, p. 49)

El análisis de este discurso evidencia que no se trata solo de una crítica temática, sino de una operación estructural que puede leerse mediante la teoría del significante de Lacan (1957/1998a). La ausencia de puntuación y de jerarquía sintáctica impide la estabilización del encadenamiento discursivo, mientras que la lectura exige del lector la producción de cortes y conexiones que el texto, por sí solo, no proporciona. Con ello, este queda implicado en el propio fallo del lenguaje, siendo convocado a producir los

cortes que la cadena no suministra, convirtiéndose, él mismo, en condición de posibilidad de cualquier sentido que emerja.

Estos elementos, sintáctico, literario, temático, revelan que el habla de Lucky no representa la crisis del lenguaje, sino que la escenifica en su propia estructura, volviendo visible, por la experiencia de la lectura, aquello que Lacan (1957/1998a) describe teóricamente como «el deslizamiento incesante del significado bajo el significante» (p. 506): la imposibilidad de un sentido que se fije definitivamente. Es precisamente por eso que Beckett no ilustra la teoría lacaniana: opera bajo la misma lógica. El lector no lee sobre el deslizamiento significante, lo experimenta.

En este contexto, el autor tensiona precisamente los elementos que, en términos lacanianos, deberían funcionar como puntos de capitón (Eidelsztein, 2020b), es decir, como operadores de fijación del sentido en el plano discursivo. Significantes como *Dios* y *academia* aparecen como promesas de anclaje, pero se revelan incapaces de cumplir esa función. Al considerar *Dios* como significante, es posible percibir el carácter de promesa de que habrá una estabilización, en la medida en que Dios sería capaz de comprender el mundo y amarlo profundamente.

La secuencia de la cadena, sin embargo, conduce a otro lugar: cuando Lucky afirma que ese Dios «ama profundamente con algunas excepciones por razones desconocidas» (Beckett, 1952/2008, p. 49), desestabiliza la construcción anterior. A continuación, la expresión «pero el tiempo dirá» (p. 49) reinscribe la promesa de fijación en un horizonte siempre diferido, reproduciendo, en el nivel del discurso, sucesivos deslizamientos metonímicos. El sentido no se pierde, es continuamente postergado, sosteniendo el deslizamiento de la cadena significante.

La misma lógica se repite en el significante *academia*. La referencia a la «acacacacademia de Antropopopometría de Essy-en-Possy de Testew y Cunnard» (Beckett, 1952/2008, p. 49) sugiere la posibilidad de un saber capaz de eliminar las dudas, pero esa expectativa es inmediatamente deshecha por la introducción de «todas las demás dudas» (p. 49), desplazando el problema hacia un campo indefinido. No se trata de lagunas puntuales, sino de un resto estructural imposible de circunscribir: no son dudas específicas omitidas, sino «otras», indefinidas, lo que impide cualquier capitonado, porque no se cose lo que no tiene forma. El saber,

que debería funcionar como punto de anclaje, se revela incapaz de contener la deriva significativa.

De este modo, lo que se observa es la convergencia de una misma lógica en diferentes niveles de la obra: el tiempo y el espacio dejan de fijar coordenadas de la experiencia, mientras que los grandes significantes organizadores del saber dejan de estabilizar el discurso. En ambos casos, el punto de capitón falla en su función de anclaje en el plano discursivo y lo que emerge no es el vacío, sino una cadena que insiste en operar sin producir cierre. Beckett, así, no solo representa la crisis del sentido, sino que la formaliza, haciendo que se vuelva inseparable de la propia experiencia de la obra.

UNO NO PUEDE SIN OTRO

En la medida en que el discurso de Lucky evidencia el fallo del punto de capitón en el plano del lenguaje, donde los grandes significantes organizadores del saber se vacían sin producir cierre, esa misma lógica encuentra su contraparte en el plano de las relaciones entre los personajes. Lo que falla en el discurso de Lucky no es solo la capacidad de un enunciado para fijar sentido, sino la posibilidad de que cualquier posición subjetiva se establezca fuera de la cadena significativa. Es ese desplazamiento del plano discursivo al plano de la constitución del sujeto lo que el análisis de las relaciones entre Vladimir, Estragón, Pozzo y Lucky vuelve visible. Si el lenguaje no puede cerrarse sobre un sentido último, el sujeto tampoco puede cerrarse sobre una identidad: ambos son efectos de una cadena que los precede y que nunca cesa de desplazarse.

La relación entre Vladimir y Estragón no se reduce a la dependencia emocional o a la complicidad afectiva. Lo que la obra escenifica en este par es de otro orden: la dependencia estructural del sujeto con respecto al campo del Otro como condición de su propia existencia, donde Vladimir y Estragón representan, alternativamente, la posición de gran Otro de un personaje para otro. Como parte del registro de lo simbólico, los personajes se presentan como algo más que compañeros: son, el uno para el otro, el lugar, tesoro de los significantes, desde donde se extrae aquello que se dice. Lacan (1970) indica que la otredad no adviene al sujeto como

un añadido contingente, sino que es inmanente a su constitución desde el inicio. El Otro, en tanto tesoro de significantes, no es un exterior consultado por el sujeto, sino el campo en el que este emerge. La separación absoluta del Otro no correspondería a la autonomía, sino a la disolución del propio sujeto.

La posibilidad de separación es enunciada reiteradamente: «A veces me pregunto si no sería mejor que nos separáramos» (Beckett, 1952/2008, p. 14); pero nunca se realiza, pues no está disponible como salida estructural. La escena de la rama vuelve esa imposibilidad particularmente precisa: al considerar la posibilidad de ahorcarse, Estragón depende del otro para sostener su razonamiento. «Eres mi única esperanza» (p. 16) no expresa solo desamparo, sino que enuncia una condición estructural. Vladimir no es convocado como apoyo afectivo, sino como condición de posibilidad del pensamiento de Estragón. El cálculo sobre la rama solo se completa cuando atraviesa el cuerpo y el peso del otro: «Gogo liviano, rama no se rompe; Didi pesado, rama se rompe» (p. 16). El Otro no es un recurso externo: ya está inscrito en la cadena como condición del pensamiento.

Es en este sentido que Lacan (1970) formula la noción de inmixión de otredad: la otredad no invade al sujeto, lo constituye. Vladimir y Estragón no permanecen juntos por incapacidad de separación, por afecto o por ausencia de alternativas empíricas; permanecen porque la separación implicaría la pérdida de las condiciones mismas de existencia como sujetos. El campo del Otro, encarnado en el compañero, pero irreducible a él, es el lugar desde el cual cada uno habla y se reconoce. Salir de ese campo no significaría desplazarse en el mundo, sino situarse fuera del lenguaje. La imposibilidad de separación, por tanto, no es dramática, es estructural.

Esta lógica no se limita al plano del diálogo, sino que se inscribe en la propia materialidad escénica. La dinámica de los sombreros, en la que Vladimir retira el sombrero de Lucky, lo prueba, se lo pasa a Estragón, que lo retransmite, en una secuencia coreografiada por Beckett en las acotaciones, escenifica, en el plano del objeto, lo que el discurso ya operaba (p. 91). El sombrero circula como un significante en la cadena: no pertenece a nadie y produce efectos provisionales de posición en quien lo porta. Lo que Lacan (1957/1998b) demuestra es precisamente eso: quien cree poseer

el significante ya está siendo determinado por él. Pozzo cree dominar a Lucky por la cuerda como el ministro cree detentar poder por la carta, pero en ambos casos es el significante quien los determina. Quien utiliza el sombrero ocupa el lugar de habla, no por autoridad intrínseca, sino porque el objeto confiere posición. Es el significante el que determina el lugar, no el sujeto que lo domina. Lo que antes se presentaba como principio formal, aquí se materializa en escena.

Si Vladimir y Estragón escenifican la imposibilidad de separación del Otro, Pozzo y Lucky evidencian las consecuencias de esa dependencia cuando se la observa desde el punto de vista de las posiciones en la cadena significante. Su relación se presenta, inicialmente, como jerárquica: Pozzo conduce a Lucky por una cuerda, impone órdenes, distribuye sobras; Lucky obedece, carga, silencia. Esa configuración sugiere una estructura estable de dominación. Sin embargo, la propia obra introduce un desplazamiento decisivo: ¿quién, finalmente, ocupa el lugar de sujeto y quién ocupa el lugar de objeto? La pregunta no incide sobre identidades, sino sobre posiciones.

En el segundo acto, Pozzo reaparece ciego y Lucky mudo. La inversión es inmediata y visible: quien veía deja de ver, quien hablaba deja de hablar. Lo que se altera, sin embargo, no es la relación en sí, la cuerda permanece, sino las posiciones que cada uno ocupa dentro de ella. No se trata de un giro narrativo ni de un accidente dramático, sino de la demostración de que «amo» y «esclavo» no eran identidades, sino lugares en la cadena significante. Si pueden ser ocupados de manera distinta, es porque nunca fueron otra cosa.

Es en este punto donde puede precisarse el estatuto del sujeto en la teoría lacaniana. Si hay un lugar desde el cual el sujeto puede ser pensado, ese lugar es estructuralmente impermanente. No se trata de la ausencia de estructura, sino de una estructura fundada en la movilidad. La relación dialéctica con el Otro es la única constante, pero lo que ella mantiene no es una posición fija, sino el movimiento entre posiciones. El sujeto dividido (\$) no está dividido a pesar de esa dialéctica, sino por ella: es la relación obligatoria con el Otro, con el tesoro de significantes que lo precede y lo constituye, lo que impide cualquier fijación identitaria. Pozzo y Lucky no intercambian lugares por fragilidad o contingencia, sino porque siempre

fueron efectos de una cadena que no pertenece a ninguno de ellos. La inversibilidad, así, no es excepción a la estructura: es su prueba. El sujeto no ocupa un lugar; es el efecto del desplazamiento entre lugares.

CONSIDERACIONES FINALES

Esperando a Godot no representa la crisis del sentido, la produce. Esa es la distinción que el recorrido analítico permite sostener: la dramaturgia beckettiana escenifica, en términos estéticos, aquello que Lacan (1957/1998a) formaliza teóricamente, a saber: a) la primacía del significante, según la cual «el significante, por su naturaleza, siempre se anticipa al sentido, desplegando, como si fuera delante de él, su dimensión» (p. 505); b) el deslizamiento del significado, en el que «el deslizamiento incesante del significado bajo el significante» (p. 506) impide toda fijación; y c) el sujeto como efecto del lenguaje, donde «un significante es aquello que representa a un sujeto, ¿para quién? —no para otro sujeto, sino para otro significante—» (Lacan, 1973/2008, p. 194). El teatro del absurdo no representa simplemente la ausencia de sentido; dramatiza la estructura por la cual el sentido es siempre precario, es decir, efecto contingente de una cadena que nunca se completa (Esslin, 1961/2018). En consonancia con la teoría lacaniana, la obra revela que el sujeto moderno habita el lenguaje como un campo marcado por la falta, sostenido por significantes cuya promesa de plenitud jamás se realiza.

Es en este punto donde la interlocución con Lyotard (1979/2009) se vuelve productiva. Lo que en Lacan (1957/1998a) se formula como la imposibilidad estructural de fijar el significado en la cadena significante encuentra su correlato histórico en el diagnóstico de la posmodernidad como el fracaso de los grandes relatos legitimadores. Al presentar la estructura de la metáfora como el «algoritmo de la irreductibilidad en que se constituye, en las relaciones del significante con el significado, la resistencia de la significación» (p. 519), Lacan evidencia que el sentido no puede ser plenamente estabilizado. Desde esta perspectiva, el declive de los grandes relatos puede comprenderse como la expresión histórica de esa imposibilidad estructural de fijación definitiva del sentido. Beckett hace converger esas dos dimensiones: al vaciar los puntos de capitón y

sostener la proliferación significativa sin cierre, su obra escenifica que no hay instancia última capaz de anclar definitivamente el sentido. En su dramaturgia, no es solo el contenido lo que pierde consistencia, sino los propios operadores de estabilización: el tiempo, el espacio, el saber y Dios, que dejan de funcionar como garantías de inteligibilidad.

Lo que su obra vuelve visible es, por tanto, que más que perder un fundamento que alguna vez poseyó, el sujeto se confronta con la imposibilidad estructural que siempre lo constituyó, ahora sin los relatos que la velaban. Tanto el mundo como el sujeto son efectos de una cadena que no se cierra y es precisamente en esa apertura, lejos de cualquier garantía de totalización, donde se inscribe la experiencia contemporánea que Beckett formaliza y Lacan teoriza.

Un horizonte que el recorrido abre sin poder desarrollar concierne a la estructura que sostiene la espera ante un significativo cuyo significado permanece vacío. Si Godot organiza la cadena sin que su contenido sea determinable, resta investigar qué mantiene a los personajes en espera de una ausencia que se repite sin resolución. Esta estructura aproxima la obra a la lógica lacaniana del Sujeto Supuesto Saber: Godot es dirigido como instancia que detentaría el saber capaz de organizar el sentido, no porque lo haya demostrado, sino porque la espera exige un punto de direccionamiento. La no-llegada preserva esa suposición: un Godot presente tendría que responder por el saber atribuido y esa respuesta lo destituiría. Investigar esa lógica permitiría desplazar el análisis desde el plano del lenguaje hacia el plano del lazo. La cuestión no sería solo cómo el sentido falla, sino qué sostiene el sujeto cuando ese fallo está dirigido a un Otro que no responde. ♦

REFERENCIAS

- | | |
|--|---|
| <p>Aristóteles. (1994). <i>Poética</i> (4.ª ed.; E. de Sousa, trad.). Imprensa Nacional-Casa da Moeda. (Trabajo original ca. 335-323 a. C.).</p> <p>Beckett, S. (2008). <i>Esperando Godot</i> (R. Ciacci, trad.). Comum Lugar. https://comumlugar.wordpress.com/wp-content/uploads/2008/07/samuel-beckett-esperando-godot.pdf. (Trabajo original publicado en 1952).</p> | <p>Eidelsztein, A. (2020a). <i>A origem do sujeito em psicanálise</i>. Toro.</p> <p>Eidelsztein, A. (2020b). <i>O grafo do desejo</i>. Toro.</p> <p>Esslin, M. (2018). <i>O teatro do absurdo</i>. Zahar. (Trabajo original publicado en 1961).</p> |
|--|---|

- Lacan, J. (1970). Of structure as an inmixing of an otherness prerequisite to any subject whatever. En R. Macksey & E. Donato (Eds.), *The structuralist controversy: The languages of criticism and the sciences of man* (pp. 186–200). Johns Hopkins University Press.
- Lacan, J. (1998a). A instância da letra no inconsciente ou a razão desde Freud. En *Escritos* (pp. 496–533). Jorge Zahar. (Trabajo original publicado en 1957).
- Lacan, J. (1998b). O seminário sobre “a carta roubada”. En *Escritos* (pp. 13–68). Jorge Zahar. (Trabajo original publicado en 1957).
- Lacan, J. (2003). *O seminário. Livro 9: A identificação, 1961-1962*. Centro de Estudos Freudianos do Recife.
- Lacan, J. (2008). *O seminário. Livro 11: Os quatro conceitos fundamentais da psicanálise, 1964*. Jorge Zahar. (Trabajo original publicado en 1973).
- Lyotard, J.-F. (2009). *A condição pós-moderna* (12.^ª ed.; R. C. Barbosa, trad.). José Olympio. (Trabajo original publicado en 1979).

Metáforas, imágenes y simbolización en el modelo 3-LM.

Una tercera mirada



MARINA ALTMANN DE LITVAN¹

DOI: 10.36496/N142.A3

MARINA ALTMANN DE LITVAN / ORCID: 0009-0009-1402-1818

RECIBIDO: ABRIL DE 2026

ACEPTADO: JUNIO DE 2026

RESUMEN

Este trabajo revisita el artículo «Changes and no changes in the representation of self and others through images and metaphors» con el propósito de profundizar en los alcances y límites del modelo de los tres niveles (3-LM) para la observación clínica del cambio psíquico. A partir de un caso clínico analizado grupalmente por psicoanalistas de distintos países, se explora el valor de las imágenes y metáforas surgidas en los sueños como indicadores de transformación en el proceso analítico. Se examina cómo determinadas imágenes oníricas funcionan como organizadores figurativos de la experiencia subjetiva, permitiendo seguir cambios en la representación del *self*, la simbolización y los vínculos con los otros. Al mismo tiempo, se problematiza el estatuto clínico y epistemológico de la metáfora, interrogando sus alcances y límites para captar las transformaciones psíquicas y relacionales. Se identificaron aspectos en los que se produjeron cambios (simbolización,

1 Miembro titular con funciones didácticas de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay. marina.altmann@gmail.com

accesibilidad a los propios estados internos, flexibilización de las defensas evitativas, afrontamiento del conflicto), a la vez que se observa que estos fueron parciales y no homogéneos, persistiendo núcleos defensivos más primarios, que coexisten con los avances logrados. Finalmente, se destaca el valor del dispositivo grupal del 3-LM como espacio de terceridad y pluralismo clínico, capaz de ampliar la comprensión del proceso analítico y contribuir a una descripción más diferenciada de los distintos niveles de cambio.

DESCRIPTORES: INVESTIGACIÓN; CAMBIO PSÍQUICO; PROCESO ANALÍTICO; CASO CLÍNICO.

ABSTRACT

This paper revisits the article «Changes and no changes in the representation of self and others through images and metaphors» with the aim of exploring the scope and limitations of the three-level model (3-LM) for the clinical observation of psychic change. Based on a clinical case analyzed in a group setting by psychoanalysts from different countries, the paper explores the value of images and metaphors emerging in dreams as indicators of transformation in the analytic process. The study examines how certain dream images function as figurative organizers of subjective experience, allowing for the tracking of changes in the representation of the self, symbolization, and relationships with others. At the same time, it problematizes the clinical and epistemological status of metaphor, questioning its scope and limits in capturing psychic and relational transformations. Aspects in which changes occurred (symbolization, accessibility to one's own internal states, loosening of avoidant defenses, conflict resolution) were identified, while it was observed that these changes were partial and non-homogeneous, with more primary defensive nuclei persisting and coexisting alongside the progress achieved. Finally, it highlights

the value of the 3-LM group setting as a space for thirdness and clinical pluralism, capable of broadening the understanding of the analytic process and contributing to a more nuanced description of the different levels of change.

KEYWORDS: RESEARCH / PSYCHIC CHANGE / ANALYTIC PROCESS / CLINICAL CASE.

Este artículo parte de un trabajo anterior —«Changes and no changes in the representation of self and others through images and metaphors» (Altmann de Litvan, 2021a)—, publicado en el volumen *Change through time in psychoanalysis: Transformations and interventions – the Three-Level Model* y discutido en ese mismo capítulo por Ricardo Bernardi. En dicho trabajo se presentaba un caso clínico examinado por analistas de diferentes países mediante el modelo de los tres niveles (3-LM), con el propósito de observar las transformaciones del paciente a lo largo del proceso analítico (Altmann de Litvan, 2014; Altmann de Litvan, 2021a; Bernardi, 2014).²

Con motivo del 70.º aniversario de la revista de la APU, pareció pertinente continuar elaborando sobre los alcances y límites del modelo, motivada por el trabajo «Pluralismo *in vivo*», de Ricardo Bernardi y Beatriz de León de Bernardi (2026), así como por la enriquecedora discusión que suscitó su presentación en la institución. El artículo mencionado se propuso explorar los cambios y la ausencia de cambios en la representación de sí mismo y de los otros a lo largo de un proceso psicoanalítico, utilizando las metáforas surgidas en los sueños como indicadores clínicos

2 El Comité de Observación Clínica de la Asociación Psicoanalítica Internacional trabaja en el tema de las metáforas desde 2015. Se presentó el panel «Metaphors and the use of analyst as tools to improve our clinical practice» (Altmann de Litvan, 2015) y la conferencia internacional «Trabajando desde la clínica. Metáfora e interpretación» (Altmann de Litvan, 2018), realizada en Montevideo, el 20 y 21 de octubre de 2017.

de transformación, así como los puntos ciegos del analista que se hacen visibles mediante la aplicación del 3-LM.

El modelo de los tres niveles (3-LM) —una tercera mirada— permite articular la observación fenomenológica del material clínico con la evaluación de dimensiones del funcionamiento mental.³ Se trata de un método de observación clínica del proceso psicoanalítico en un segundo momento, llevado a cabo en forma grupal, que permite identificar hechos clínicos, formular observaciones e inferencias, y comunicarlas, distinguiendo rigurosamente entre lo que constituye un hecho clínico, una observación y una conceptualización teórica.

Al hablar de hecho psicoanalítico es necesario tener presente que la selección del material realizada por el analista implica siempre un recorte que ya incide sobre la naturaleza de la evidencia obtenida con el 3-LM. Sandler y Sandler (1994) sostienen que los hechos reflejan la forma en la que organizamos los datos que recibimos por medio de nuestros sentidos y en la escucha analítica, y esta organización es altamente selectiva. Las teorías privadas del psicoanalista desempeñan un papel importante en la organización de estos hechos y su conceptualización.

El trabajo se apoya, por lo tanto, en una reconstrucción del material por parte del analista y en inferencias clínicas formuladas tanto por este como por el grupo. A partir de las interpretaciones y el foco escogido por el analista según su teoría clínica, se analizan los cambios o no producidos en su paciente. Se plantea que las metáforas constituyen puntos de anclaje que condensan experiencias emocionales y corporales, permitiendo seguir la evolución del paciente en el tiempo. Modell (2005) conceptualiza las metáforas como «detectores de patrones inconscientes» y establece una conexión muy sólida entre estas, las sensaciones corporales y los sentimientos. La experiencia afectiva, inexpresable, encuentra a veces en

3 La observación clínica con el modelo 3-LM considera diferentes dimensiones relacionadas con el *self* y los otros: patrones relacionales con el analista y fuera del análisis, autopercepción, sentido de identidad e integridad del yo, percepción de los demás y empatía, regulación de impulsos, afectos y autoestima, regulación con respecto a los demás (autocuidado y cuidado de los demás, reciprocidad), comunicación con los demás (profundidad y riqueza de afectos y representaciones), vínculos con objetos internos y vínculos con los demás, posibilidad de separación y de establecer y terminar vínculos.

los componentes de la metáfora un instrumento capaz de articular en la palabra, y tal vez en la imaginación, en el significado, en la imagen, una forma de entablar un diálogo, una conexión con el analista y, quizás en ocasiones, con cosas que el propio paciente ni siquiera podría nombrar.

Las metáforas tienen una importante función inconsciente en la búsqueda de significados (Modell, 2005, 2009; Rizzuto, 2001, 2009, 2021; de León de Bernardi, 2013, 2022) que nos permiten mostrar o encontrar las líneas de fuerza (detectores de patrones) del material clínico y, por lo tanto, ocupan un papel central en la organización y categorización de la memoria emocional. Sin embargo, las metáforas tienen alcances y límites, ya que no siempre permiten captar la complejidad del funcionamiento psíquico ni los cambios en la vida relacional.

LAS IMÁGENES ONÍRICAS-METÁFORAS

Con el 3-LM, los analistas observadores del grupo pueden atender a la asociación libre, los lapsus, los giros del lenguaje y los sueños; a las imágenes y metáforas; a las historias reprimidas, los conflictos y las fantasías inconscientes; a las dificultades de la vida emocional cotidiana; y a las fantasías sexuales infantiles vinculadas con los conflictos pulsionales inherentes a la organización psíquica. En todo caso, la escucha y la observación recaen sobre el material clínico transmitido por la analista, tanto en su forma escrita como oral, en un espacio situado fuera de la sesión.

El conocimiento de la paciente que se construye en el grupo emerge tanto del texto escrito como de la transmisión oral de la analista, quien pudo expresar con mayor libertad diferentes dimensiones de Helena que no habían quedado plasmadas en el registro escrito. De esa transmisión surgían metáforas como: «perpleja, al borde del abismo», «contraída, rígida, como una máscara que no podía expresar ni entender las diferentes emociones» y la observación de que «vive situaciones de las cuales no puede participar emocionalmente». Este caso fue discutido por 17 analistas durante 12 horas.⁴ En el primer nivel se destacaron diferentes figuraciones

4 Presentado en Montevideo en 2016. Reporter: Luisa Pérez. Moderador: Beatriz de León. Grupo integrado

oníricas, que fueron tomadas no solo como material de sueño, sino también como metáforas en el sentido previamente indicado.

A continuación, se presentan las imágenes y líneas que resonaron en el proceso grupal, emergidas a través de los sueños en distintos momentos, a lo largo de ocho años de análisis.

- a. El sueño del hotel sin paredes representa el modo en que la paciente se percibe a sí misma, reflejando sus dificultades estructurales. El material manifiesto muestra aspectos de su persona: precariedad, falta de discriminación —expresada en la ausencia de paredes— y dificultad para encontrar su lugar. Al mismo tiempo, el hotel, las cabañas y los chalets representan una búsqueda de contención. El sueño fue comunicado a la analista sin que la paciente aportara asociaciones, lo que indica la presencia de un proceso figurativo de simbolización, pero una ausencia de elaboración interna sobre su significado.
- b. Helena entra a la casa de la analista; salen fuego y humo, no hay muebles y las paredes se están descascarando, lo que representa el lugar del otro y su cuerpo. Al ingresar al armario, ve ropa diferente: la ropa como metáfora de los aspectos femeninos de sí misma, indicando el inicio de una exploración de su interior y el reconocimiento de sus diferentes facetas. Se trata de sueños sin asociaciones, producidos al tercer año de análisis.
- c. A los tres años y dos meses sueña: «Están intentando robar en mi casa». El sueño expresa sus miedos y las dificultades en la relación entre el yo y el otro, así como la pregunta sobre cuán cercana o distante puede estar de los demás. Por primera vez, la paciente puede expresar su hostilidad y su irritación: algunas de sus emociones comienzan a procesarse.

por: Adela Leibovich de Duarte (Argentina), Liliana Fudin (Argentina), Haydee Zac (Argentina), Mayela Falvi (Perú), Bruno Salesio (Brasil), Nancy Delprestito (Uruguay), Luis Villalba (Uruguay), Mercedes Gallinal (Uruguay), Mónica Eidlin (Uruguay), Nahir Bonifacio (Uruguay), Silvia Sapriza (Uruguay), Fernanda Cubría (Uruguay), Adriana Gandolfi (Uruguay) Sylvia Braun (Uruguay), Griselda Rebella (Uruguay), Vera Regina Fonseca (Brasil), Liana Pinto Chaves (Brasil) y Vanessa Ems (Uruguay).

- d. A los seis años y diez meses sueña con una casa grande, espaciosa y luminosa de color blanco. El sueño muestra sensaciones más positivas, aunque persiste el miedo a caerse y la necesidad de la compañía del otro para sentirse segura.
- e. A los ocho años y dos meses trae el sueño de una casa en construcción. El hotel empieza a verse más grande y mejor; el otro ya no se percibe como una amenaza. Hoteles y casas representan también una búsqueda de contención. La paciente se percibe a sí misma de un modo más activo.

A lo largo del proceso analítico, las metáforas evolucionan hacia configuraciones más diferenciadas y complejas; casas con espacios definidos, en construcción o en ampliación, lo que sugiere un movimiento hacia una mayor integración psíquica, aunque persisten temores de inestabilidad y dependencia del otro. Estos cambios se corresponden con modificaciones parciales en distintas dimensiones del funcionamiento mental, tales como la regulación afectiva, la capacidad de establecer vínculos y la construcción de una narrativa personal.

La triangulación entre el nivel fenomenológico —metáforas recogidas en el contenido manifiesto de los sueños— y el nivel de evaluación del funcionamiento mental permite identificar avances en la simbolización y en la representación del *self*, pero también revela la persistencia de conflictos estructurales y limitaciones en la elaboración de la experiencia emocional.

En síntesis, las metáforas son herramientas clínicas valiosas para observar transformaciones psíquicas y seguir el proceso analítico, pero no son suficientes por sí solas para evaluar la profundidad y la estabilidad de los cambios, siendo necesario complementarlas con otras dimensiones de análisis del funcionamiento mental y de la vida relacional del paciente.

Este recorrido permite interrogar no solo el valor heurístico de las metáforas como indicadores de cambio, sino también sus límites clínicos y metodológicos, en particular cuando se trata de evaluar transformaciones en la vida relacional y en la integración psíquica del paciente.

Al comparar las observaciones del nivel 1 con algunas dimensiones del nivel 2 para observar el mismo fenómeno desde un ángulo diferente —triangulación—, se obtiene una descripción de los problemas de la paciente y de algunos de sus avances en el tratamiento. En el nivel 2 se

encuentra a una paciente con dificultades iniciales en la integración de su experiencia emocional, en la percepción de sí misma y de los otros, y en la regulación de afectos. Estas dificultades se expresan tempranamente en las figuraciones de imágenes oníricas ya mencionadas, que remiten a espacios precarios o desorganizados —por ejemplo, el hotel sin paredes—, representando la fragilidad de su identidad y la falta de diferenciación entre el yo y el otro (Altmann de Litvan, 2021b).

Cabe preguntarse: ¿hasta qué punto las dimensiones del nivel 2 se superponen, amplían o cuestionan los cambios observados en el nivel 1 a través de las metáforas? El segundo nivel permitió observar y extender ciertas inferencias que ya se habían planteado. Lo relevado con el 3-LM en las categorías de funcionamiento mental del segundo nivel confirma algunas tendencias y amplía el conocimiento del proceso analítico. Sin embargo, las metáforas por sí solas no bastan para comprender la magnitud de las dificultades de Helena. En el grupo de observación clínica se destacaron tanto los cambios moderados de la paciente como aquellas dificultades que aún requieren mayor trabajo en la transferencia. Las metáforas señalan indicios de cambios en la estructura y el funcionamiento mental, pero resultan menos precisas para describir los conflictos que atravesaba la paciente.

En el nivel 3, al discutir el foco de la analista y las hipótesis alternativas, el grupo pudo inferir que para ella el análisis constituye un modo de «dormir, vivir y soñar» —en términos de estados oniroides—. Esto se refleja en la abundancia de material onírico presente en las sesiones seleccionadas, aunque con escasas asociaciones explícitas de la paciente. La analista despliega implícitamente un modelo bioniano⁵ internalizado, que se desprende del análisis de sus intervenciones e interpretaciones. Si bien los sueños no aparecen trabajados de manera explícita en el material, es posible observar cambios en su contenido manifiesto y en lo que estos representan simbólicamente. Esto conduce a los siguientes ejes de análisis:

5 En este marco, escoge determinados «hechos seleccionados» —en el sentido bioniano del término— que orientan su escucha y sus intervenciones. Bion (1974) denomina a este registro «realidad psíquica oniroides». A través de las diferentes sesiones, la analista muestra cómo se incluyó en el área de observación psicoanalítica, deteniéndose no solo en el relato de la paciente, sino también en sus propias asociaciones e interpretaciones, en consonancia con el aprendizaje desde la experiencia clínica.

1.

Una primera cuestión que se desprende del material es el estatuto clínico de la metáfora. Si bien las metáforas pueden ser consideradas expresiones privilegiadas del mundo interno del paciente, su lectura no es independiente del dispositivo analítico ni del marco interpretativo del observador.

¿Son las metáforas un indicador de cambio? El trabajo con el 3-LM muestra que funcionan como puntos de anclaje para seguir la evolución del paciente, pero también plantea la pregunta sobre quién produce la metáfora como herramienta clínica: ¿es un producto del paciente?, ¿una construcción compartida en el campo analítico?, ¿o es, en parte, una operación interpretativa del grupo observador?

Las imágenes que emergen en el discurso del paciente adquieren valor clínico en la medida en que son reconocidas, seleccionadas y elaboradas dentro de un campo intersubjetivo. Por lo tanto, la metáfora no puede pensarse únicamente como un producto del paciente, sino como una construcción que se genera en la interacción entre paciente, analista y —en este caso— grupo observador. Esta perspectiva introduce una dimensión epistemológica relevante: el conocimiento clínico no se limita a describir un fenómeno, sino que participa activamente en su configuración. La metáfora no solo revela aspectos del funcionamiento psíquico, sino también el modo en que el analista organiza la experiencia clínica.

Una segunda cuestión concierne a la naturaleza del cambio psíquico. El material muestra una evolución en las representaciones del *self*, que pasan de configuraciones precarias y poco diferenciadas a imágenes más estructuradas y complejas (Altmann de Litvan, 2021a). No obstante, estos cambios coexisten con la persistencia de temores intensos, sentimientos de fragilidad y dependencia del otro.

El recorrido clínico pone asimismo en evidencia que estas transformaciones no siguen una trayectoria lineal, sino que se caracterizan por avances parciales, retrocesos y persistencias, coexistiendo niveles heterogéneos de funcionamiento a lo largo del tiempo. Esto sugiere que los cambios observados en el plano representacional no implican necesariamente modificaciones estructurales profundas. Más bien, el proceso parece caracterizarse por una ampliación de la capacidad de simbolización y de representación de la experiencia, sin que ello suponga la desaparición de

los conflictos subyacentes. Desde esta perspectiva, el cambio psíquico puede entenderse como un proceso de mayor diferenciación y complejización del funcionamiento mental.

En definitiva, el estatuto clínico de la metáfora remite a su condición ambigua en la práctica analítica: puede ser entendida como expresión del mundo interno del paciente, como producción del campo intersubjetivo o como construcción del observador. Esta ambigüedad define tanto su valor como indicador de cambio como sus límites metodológicos.

2.

Otra dimensión relevante del material es el límite de las metáforas para captar la vida relacional efectiva del paciente. Si bien los sueños y las imágenes permiten acceder a aspectos significativos del mundo interno, ofrecen información parcial sobre la manera en que el sujeto se vincula con los otros en la vida cotidiana. La ausencia de escenas relacionales concretas en el material clínico dificulta la evaluación de aspectos como la reciprocidad, la empatía o la capacidad de sostener vínculos estables.

Los sueños y las metáforas por sí solos no permiten evaluar con claridad la reciprocidad, el cuidado del otro y la vida relacional efectiva. Esto introduce un problema clínico-metodológico importante: ¿puede el material intrapsíquico por sí solo dar cuenta de los cambios en la intersubjetividad? O, formulado de otro modo, ¿qué queda fuera cuando se observa el cambio únicamente a través de sueños y metáforas? Este eje resulta especialmente fértil para discutir la relación entre mundo interno, vínculo real, transferencia y vida cotidiana del paciente.

Reconocer este límite plantea la necesidad de complementar la observación del material intrapsíquico con la exploración de la experiencia relacional efectiva, tomando en consideración que el cambio psíquico se manifiesta tanto en la organización interna como en la forma en que el sujeto participa en el mundo interpersonal.

3.

Las transformaciones en las metáforas clínicas pueden ser pensadas como indicadores de modificaciones en los procesos de simbolización y en la organización representacional. Las imágenes oníricas pueden constituir

formas iniciales de figuración psíquica que anteceden a la elaboración metafórica propiamente dicha. Ciertas imágenes oníricas pueden adquirir estatuto metafórico cuando logran representar indirectamente una configuración subjetiva más amplia y así constituirse en metáforas. Estas imágenes-metáforas permiten representar, de manera condensada, aspectos de fragilidad identitaria, fallas en la delimitación yo-otro, precariedad de la contención psíquica y procesos de integración en curso.

En Helena aparecían las imágenes antes que las posibilidades de establecer asociaciones o atribuir significados subjetivos más complejos. Las imágenes y metáforas surgidas durante el proceso analítico habrían favorecido la articulación entre experiencias corporales, afectivas y representacionales escasamente ligadas. En ese sentido, tenemos diferentes aportes: desde la perspectiva de Freud (1900/1976; 1915/1976; 1950/1976), esto remite a los destinos de la representación y a sus modos de ligadura. A su vez, las transformaciones observadas pueden pensarse, en términos freudianos, como modificaciones en la organización de las representaciones y en la capacidad de figurabilidad de la experiencia psíquica.

Sin embargo, estos cambios plantean una cuestión central: ¿en qué medida las transformaciones en el nivel representacional implican modificaciones estructurales? Desde la perspectiva de Laplanche y Pontalis (1996), podría pensarse que el incremento de representaciones o de figurabilidad no implica automáticamente una transformación estructural del sujeto y que pueden coexistir nuevas simbolizaciones con persistencias defensivas o fijaciones profundas.

El material clínico muestra una evolución en las imágenes del *self* —del «hotel sin paredes» a la «casa en construcción»—, que sugiere un trabajo de simbolización en curso. No obstante, la persistencia de temores, dependencia y fragilidad indica que las transformaciones observadas no implicaron una reorganización homogénea del funcionamiento psíquico. Tal como plantea Green (2005), nuevas posibilidades de simbolización pueden coexistir con zonas de vacío representacional o con persistencias defensivas más primitivas.

El material permite asimismo abordar la dimensión corporal de la simbolización. En la línea de Anzieu (1985/1994), el pasaje desde un cuerpo vivido como fragmentado hacia un cuerpo con fallas de las funciones

de contención, límite e integración del yo-piel (p. 270). A su vez, las contribuciones de McDougall (1991) permiten comprender cómo ciertos conflictos o experiencias no simbolizadas encuentran expresión en el cuerpo: el cuerpo es el escenario de aquello que no pudo representarse. El cuerpo «actúa» aquello que no pudo devenir pensamiento o palabra.

En este caso, las metáforas espaciales —vacío, fragmentación, construcción— no solo remiten a estados psíquicos, sino también a modos de habitar el propio cuerpo. La paciente presentaba inicialmente una vivencia corporal marcada por la desorganización —rigidez motriz, expresión facial en *máscara*, mareos, taquicardias, ataques de pánico—, que puede pensarse como una expresión de ciertas fallas en la integración psique-soma. El pasaje hacia imágenes más integradas —como las que posteriormente introduce a partir de sus sueños: de un cuerpo entero frente al mar— sugiere un proceso de apropiación subjetiva de la experiencia corporal. No obstante, la persistencia de temores de caída o desintegración indica que esta integración permanece frágil. En términos de Winnicott (1965, 1971, 1993), podría decirse que la continuidad del ser aún no se ha estabilizado plenamente y que la experiencia corporal sigue siendo vulnerable a fallas en el sostén psíquico.

Desde la perspectiva de Aulagnier (1977), esto remite a las condiciones de inscripción originaria de la experiencia corporal en el psiquismo (la noción del pictograma, donde articula imágenes oníricas, sensaciones corporales y experiencias primitivas y de simbolización corporal), así como a los procesos de apropiación subjetiva del cuerpo. La simbolización corporal aparece entonces, no como un logro definitivo, sino como un proceso siempre abierto, que requiere ser sostenido en la transferencia.

En el debate con Bernardi (2021) se entabló una polémica sobre la pertinencia de considerar como metáforas las imágenes emergentes del contenido manifiesto. Las metáforas de las diferentes «casas» nos presentan al cuerpo como primer soporte de inscripción, donde ciertas experiencias quedan fijadas en modos de representación no verbales; estados de «congelamiento» en los que hay fallas en la ligadura psíquica, vacíos representacionales, al mismo tiempo que hay dificultades en la figurabilidad.

El término *metáfora* es, en efecto, de alcance muy amplio. En el ámbito analítico, puede definirse como «una forma vívida y poco saturada de

los problemas del paciente» (Bernardi, 2021). Las imágenes y metáforas surgidas durante el proceso analítico podrían pensarse como modos de figuración progresiva de experiencias emocionales que inicialmente carecían de representación psíquica elaborada. El cuerpo y la imagen preceden a la organización simbólica más elaborada. Si las metáforas son imágenes, conceptos o ideas que guardan una relación sutil entre sí —asociadas y relacionadas—, Helena difícilmente ha alcanzado esa asociación, dado que no pudo atribuirles el significado transferido, aunque la analista le señaló algunos de los posibles sentidos.

El material permite asimismo reflexionar sobre la capacidad de soñar y asociar como indicadores del funcionamiento psíquico. La presencia de sueños a lo largo del tratamiento muestra una actividad representacional significativa, pero la escasez de asociaciones sugiere la existencia de niveles de experiencia que permanecen en un registro preverbal o escasamente simbolizado. En este contexto, el sueño puede entenderse como una forma de elaboración incipiente, que requiere del trabajo analítico para transformarse en conocimiento subjetivo. La capacidad de soñar, entonces, no garantiza por sí misma la elaboración psíquica: constituye una condición necesaria pero no suficiente para el desarrollo de procesos de simbolización más complejos.

4.

Otro aspecto que merece consideración es el lugar de la transferencia en la producción de cambio. El material sugiere que muchas transformaciones ocurren en el vínculo con la analista antes de ser plenamente representadas o reconocidas por la paciente. Esto indica que el cambio puede tener un carácter implícito, manifestándose inicialmente en la experiencia relacional y solo posteriormente en la capacidad de simbolizarla. Desde esta perspectiva, la transferencia no solo reproduce patrones relacionales previos, sino que ofrece un espacio para la construcción de nuevas formas de experiencia emocional.

5.

Esto nos invita a reflexionar sobre la construcción del material clínico como objeto de conocimiento. La diferencia entre el material escrito y las

observaciones realizadas en el grupo sugiere que toda presentación clínica implica un proceso de selección y organización que influye en la comprensión del caso. Lo que se incluye y lo que se omite en la narrativa clínica no es neutro: responde a supuestos teóricos, estilos de trabajo y objetivos de investigación. Reconocer esta dimensión constructiva del material clínico permite adoptar una actitud reflexiva frente al conocimiento psicoanalítico, entendiendo que este se produce en un diálogo permanente entre la experiencia clínica y su elaboración conceptual (Bernardi & de León de Bernardi, 2026).

El grupo advirtió una diferencia significativa entre la presentación escrita del material clínico y las expresiones personales de la analista cuando participó en la discusión grupal. Esta diferencia ayudó a comprender otras dimensiones de Helena que la analista, con su propio estilo, no había explorado ni indagado en el material presentado. Entre las observaciones del grupo se señaló que Helena «es una caja de sorpresas»: ha escrito varios libros, trabaja, tiene familia e hijos, y posee una faceta pragmática que le permitió estudiar y ejercer una profesión. Todo ello estaba ausente en el material que la analista había seleccionado, lo que invita a reflexionar sobre los criterios y efectos de esa selección.

CONSIDERACIONES FINALES

El material clínico permite situar el eje del proceso analítico en las transformaciones de la simbolización, particularmente en su dimensión corporal. En los momentos iniciales, la paciente presentaba dificultades para integrar su experiencia, con vivencias cercanas a un cuerpo fragmentado y escasamente representado. Predominaban modalidades defensivas evitativas, con escasos recursos para simbolizar la excitación —tanto agresiva como sexual— y una marcada inhibición en el vínculo con el otro. En este contexto, las metáforas, las imágenes y las producciones oníricas constituyeron una vía privilegiada de acceso a los estados internos, permitiendo hacer figurables aspectos de la conflictiva intrapsíquica de la paciente que no encontraban expresión en el registro verbal.

A lo largo del proceso, se observaron cambios significativos: una mayor conexión con los propios deseos, una flexibilización de las defensas

y una mejora en la calidad de vida, tanto en el mundo interno como en algunas relaciones interpersonales. La emergencia en los sueños de experiencias de placer y confort puede pensarse como indicador de una mayor integración psíquica y corporal.

Sin embargo, el aporte específico del modelo 3-LM permite ir más allá de esta constatación general de cambio, precisando con mayor detalle qué cambió, qué no cambió y cómo se produjeron esas transformaciones. En cuanto a los cambios, el modelo permitió identificar:

- Una ampliación de la capacidad de simbolización, particularmente a través de imágenes y metáforas.
- Una mayor accesibilidad a los propios estados internos.
- Una flexibilización de las defensas evitativas.
- Una transformación en la posición subjetiva de la paciente en el vínculo con el otro, con menor paralización frente al conflicto.

Al mismo tiempo, el dispositivo hizo visible que estos cambios no fueron homogéneos ni globales, sino parciales, específicos y contruidos momento a momento en la dinámica transferencial. En relación con los cambios o cambios limitados, el modelo, a través de la mirada sobre distintas dimensiones diagnósticas, especialmente la dimensión de las relaciones interpersonales con el analista y con los otros, así como la conexión con sus objetos internos, permitió detectar la persistencia de núcleos defensivos más primarios. En particular, en situaciones de alta implicación emocional, donde reaparecían modalidades de inhibición, dificultades en la expresión de la agresividad y restricciones en el pasaje a la acción. Asimismo, ciertas limitaciones en la simbolización corporal no desaparecieron completamente, sino que coexistieron con los avances logrados.

Este nivel de discriminación —entre transformaciones efectivas y persistencias estructurales— difícilmente hubiera podido ser captado con igual precisión sin el modelo 3-LM. En este sentido, el trabajo pone especialmente en evidencia la operación de una tercera mirada sobre la experiencia analítica, en línea con los desarrollos sobre la terceridad (Bernardi et al., 2021; Hanly, 1995). El dispositivo grupal no solo amplió la observación del material, sino que permitió complejizar la comprensión

del proceso analítico, accediendo a dimensiones latentes y parcialmente implícitas en la díada analítica. Como señaló la analista tras la experiencia, el grupo posibilitó «el pasaje de una imagen bidimensional a una representación tridimensional, en movimiento», incorporando profundidad y múltiples perspectivas a la comprensión clínica.

Por otra parte, el modelo permitió acceder al cómo del cambio, destacando el papel central de la transferencia y de las vivencias contra-transferenciales de la analista. La inclusión de su voz en el dispositivo grupal —con sus asociaciones e imágenes— resultó fundamental para complejizar y enriquecer la lectura del proceso. La elaboración colectiva permitió poner en evidencia dimensiones que ampliaron significativamente la comprensión del proceso analítico de esta paciente. Asimismo, el dispositivo plantea interrogantes acerca de su incidencia en la práctica analítica. Los hallazgos sugieren que su impacto no compromete necesariamente la espontaneidad del proceso, sino que depende de la forma en que el analista lo integra. En este caso, operó como una nueva perspectiva, productiva, que enriqueció la capacidad de escucha, sin imponer un modo de intervención prefijado.

Finalmente, si bien este tipo de observación clínica no habilita generalizaciones, sí posibilita una mayor precisión en la descripción de los procesos clínicos, en la identificación de problemas y en la diferenciación entre niveles de cambio. En este sentido, el modelo 3-LM contribuye a la construcción de evidencias clínicas en psicoanálisis, respetando la singularidad de cada caso.

En síntesis, el material clínico —y su elaboración realizada mediante el modelo 3-LM— permite no solo dar cuenta de transformaciones, sino también de discriminar con mayor fineza los alcances y los límites del proceso analítico. En este sentido, con su anclaje en la clínica, el modelo 3-LM es un pluralismo *in vivo*; ese pluralismo va desde su propia concepción y configuración hasta su práctica. ♦

REFERENCIAS

- Altmann de Litvan, M. (2015). Panel report, IPA Congress Boston 2015: Metaphors and the use of analyst as tools to improve our clinical practice panel and small discussion group organized by: IPA Project Committee on Clinical Observation. *International Journal of Psychoanalysis*, 96(6), 1651-1654.
- Altmann de Litvan, M. (2018). Trabajando desde la clínica: Metáfora e interpretación. Aportes de *working parties* de la Asociación Psicoanalítica Internacional a la investigación clínica en psicoanálisis. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 126, 164-180. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/147>
- Altmann de Litvan, M. (2021a). Changes and no changes in the representation of self and others through images and metaphors. In M. A. Fitzpatrick-Hanly, M. Altmann de Litvan & R. Bernardi (Eds.), *Change through time in psychoanalysis: Transformations and interventions, The Three-Level Model* (pp. 79-101). Routledge/Taylor & Francis Group.
- Altmann de Litvan, M. (2021b). Clinical research in working parties through metaphors. In M. Altmann de Litvan (Ed.), *Clinical research in psychoanalysis. Theoretical basis and experiences through working parties* (pp. 324-334). Routledge.
- Altmann de Litvan, M. (Ed.). (2014). *Time for change: Tracking transformations in psychoanalysis - The Three-Level Model*. Karnac Books.
- Altmann de Litvan, M., Fitzpatrick-Hanly, M. A., & White, R. (2021). Underlying clinical thinking on change and therapeutic action. In M. A. Fitzpatrick-Hanly, M. Altmann de Litvan & R. Bernardi (Eds.), *Change through time in psychoanalysis: Transformations and interventions, The Three-Level Model* (pp. 35-59). Routledge.
- Anzieu, D. (1994). *El yo-piel*. Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1985).
- Aulagnier, P. (1977). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Amorrortu.
- Bernardi, R. (2014). The Three-Level Model (3-LM) for Observing Patient Transformations. In M. Altmann de Litvan (Ed.), *Time for change: Tracking transformations in psychoanalysis - The Three-Level Model* (pp. 3-34). Karnac Books.
- Bernardi, R. (2021). Moving from clinical inquiry to clinical research. In M. Altmann de Litvan (Ed.), *Clinical research in psychoanalysis. Theoretical basis and experiences through working parties* (pp. 65-83). Routledge.
- Bernardi, R., & de León de Bernardi, B. (2026). Pluralism *in vivo*: Clinical reasoning in discussion groups inspired by the Three-Level Model (3-LM). *Psychoanalytic Inquiry*, 1-17. <https://doi.org/10.1080/07351690.2026.2647694>
- Bernardi, R., Pérez, L., & Hanly, C. (2021). Assessing strengths and limitations of clinical evidence in psychoanalytic clinical material. In M. A. Fitzpatrick-Hanly, M. Altmann de Litvan & R. Bernardi (Eds.), *Change through time in psychoanalysis: Transformations and interventions, The Three-Level Model* (pp. 281-305). Routledge.
- Bion, W. R. (1974). *Atención e interpretación*. Paidós.
- de León de Bernardi, B. (2013). Field theory as a metaphor and metaphors in the analytic field and process. *Psychoanalytic Inquiry*, 33(3), 247-266. <https://doi.org/10.1080/07351690.2013.779890>
- de León de Bernardi, B. (2022). Metaphors for the patient's self as a multiple bridge for clinical research. In M. Altmann de Litvan (Ed.), *Clinical research in psychoanalysis. Theoretical basis and experiences through working parties* (pp. 134-148). Routledge.
- Freud, S. (1976). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 5, pp. 345-612). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900).
- Freud, S. (1976). Lo inconsciente. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 14, pp. 153-207). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).

- Freud, S. (1976). Proyecto de psicología. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 1, pp. 323-390). Amorrotu. (Trabajo original publicado en 1950).
- Green, A. (2005). *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo*. Amorrotu.
- Hanly, C. (1995). *The problem of truth in psychoanalysis*. Guilford Press.
- Laplanche, J., & Pontalis, J. B. (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Paidós.
- McDougall, J. (1991). *Teatros del cuerpo*. Julián Yébenes.
- Modell, A. H. (2005). Emotional memory, metaphor, and meaning. *Psychoanalytic Inquiry*, 25(4), 555-568. https://doi.org/10.2513/so7351690pi2504_9
- Modell, A. H. (2009). Metaphor—The bridge between feelings and knowledge. *Psychoanalytic Inquiry*, 29(1), 6–11. <https://doi.org/10.1080/07351690802246890>
- Rizzuto, A. M. (2001). Metaphors of a bodily mind. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 49(2), 535-568. <https://doi.org/10.1177/00030651010490021601>
- Rizzuto, A. M. (2009). Metaphoric process and metaphor: The dialectics of shared analytic experience. *Psychoanalytic Inquiry*, 29, 18-29. <https://doi.org/10.1080/07351690802246973>
- Rizzuto, A. M. (2021). Clinical research: The role of metaphors in the analytic process. In M. Altmann de Litvan (Ed.), *Clinical research in psychoanalysis. Theoretical basis and experiences through working parties* (pp. 119-133). Routledge.
- Sandler, J., & Sandler, A. M. (1994). Comments on the conceptualisation of clinical facts in psychoanalysis. *International Journal of Psychoanalysis*, 75, 995-1010. <https://pubmed.ncbi.nlm.nih.gov/7713675/>
- Winnicott, D. W. (1965). *The maturational processes and the facilitating environment*. Hogarth Press.
- Winnicott, D. W. (1971). *Playing and reality*. Tavistock.
- Winnicott, D. W. (1993). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Paidós.

La piel como frontera y escenario



ANA MARÍA BENTANCOR CABANA¹

DOI: 10.36496/N142.A4

ANA MARÍA BENTANCOR CABANA / ORCID: 0000-0003-0928-3767

RECIBIDO: ABRIL DE 2026

ACEPTADO: JUNIO DE 2026

RESUMEN

La piel, el órgano más extenso y expuesto, actúa como una doble entidad: una frontera biológica protectora y un escenario de las manifestaciones psíquicas. En la psoriasis esta frontera flexible se vuelve una barrera rígida, la lesión es vista como un daño orgánico y, simultáneamente, como la manifestación visible de un conflicto, aislando al sujeto y centrando su identidad en la herida. La piel es fundacional para el psiquismo y, en este sentido, la psoriasis representa una defensa somática paradójica. Desde la articulación de los conceptos freudianos, el yo-piel, de Didier Anzieu, la noción de segunda piel, de Esther Bick, y los aportes de Joyce McDougall, se propone que la psoriasis es un intento extremo del organismo de establecer un límite y una protección ante la percepción de una deficiencia en la envoltura psíquica, lo que afecta la economía libidinal y el vínculo con el Otro. Dado que la identidad se forja en el contacto primario y la experiencia sensorial, la placa psoriásica debe analizarse como una perturbación en la constitución misma del Yo. De esta forma, el análisis invita a verla como un teatro en el que se representa una lucha interna que compromete la integridad psíquica del individuo.

1 Profesora Agregada de la Unidad Académica de Psicología Médica, Hospital de Clínicas, Facultad de Medicina, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay. anabentancor11@gmail.com

DESCRIPTOR CANDIDATO: ESTRUCTURACIÓN PSÍQUICA

DESCRIPTORES: CUERPO; YO CORPORAL; ENFERMEDAD PSICOSOMÁTICA;
ESCISIÓN MENTE-CUERPO; MATERIAL CLÍNICO; PSORIASIS.

ABSTRACT

The skin, the largest and most exposed organ, acts as a dual entity: a protective biological boundary and a stage for psychic manifestations. In psoriasis, this flexible boundary becomes a rigid barrier; the lesion is seen both as organic damage and, simultaneously, as the visible manifestation of a conflict, isolating the subject and centering their identity on the wound. The skin is foundational to the psyche, and in this sense, psoriasis represents a paradoxical somatic defense. Drawing on the articulation of Freudian concepts, Didier Anzieu's Skin-ego, Esther Bick's notion of the second skin, and the contributions of Joyce McDougall, this paper proposes that psoriasis is an extreme attempt by the organism to establish a boundary and protection against the perception of a deficiency in the psychic envelope, which affects the libidinal economy and the bond with the Other. Since identity is forged in primary contact and sensory experience, the psoriatic plaque must be analyzed as a disturbance in the very constitution of the Ego. In this way, the analysis invites us to see it as a theater in which an internal struggle is represented that compromises the psychic integrity of the individual.

CANDIDATE KEYWORD: PSYCHIC STRUCTURING

KEYWORDS: BODY / BODY EGO / PSYCHOSOMATIC ILLNESS / MIND-
BODY SPLITTING / CLINICAL MATERIAL / PSORIASIS.

INTRODUCCIÓN

La piel, el órgano más extenso y expuesto del cuerpo, opera en un doble registro: es simultáneamente una frontera biológica que nos separa y protege del entorno, y el escenario donde se inscriben y se comunican los dramas de la vida psíquica. Mucho más que un simple envoltorio, su función es además constitucional para el psiquismo, sirviendo como la matriz a partir de la cual se diferencia y se sostiene el límite crucial entre el adentro y el afuera.

La piel, en su estado de salud, funciona como una interfaz dinámica que media el intercambio sensorial y emocional con el mundo, actuando como el límite fundacional del Yo. Sin embargo, al enfermar, esta función se desorganiza dramáticamente. En la psoriasis la piel deja de ser la frontera flexible que registra y modula para transformarse en una barrera rígida. Así, la lesión no es solo un daño orgánico, sino la manifestación visible de un conflicto, una defensa somática que, irónicamente, aísla al sujeto y lo condena a una existencia donde su identidad se condensa alrededor de la propia herida.

La psoriasis afecta al 1,5-2 % de la población occidental y es un desafío de salud pública (Parisi et al., 2013). Clásicamente vista como una enfermedad inflamatoria crónica de la piel, de etiología genética y ambiental, la dermatología ahora la reconoce como una enfermedad sistémica. La Organización Mundial de la Salud (World Health Organization, 2016) señala que trasciende lo cutáneo, vinculándose a un riesgo significativamente mayor de comorbilidades graves como cardiopatía isquémica, accidente cerebrovascular, hipertensión, dislipidemia, diabetes mellitus y enfermedad de Crohn. Esta inflamación cutánea es la «punta del iceberg» de un estado proinflamatorio generalizado. Además, el 10-30 % de los pacientes desarrollan artritis psoriásica, que añade discapacidad funcional.

La psoriasis afecta gravemente la calidad de vida más allá de lo biológico. Los síntomas físicos (prurito, dolor, sangrado, descamación) dificultan las actividades, pero el mayor impacto es psicosocial. La visibilidad de las lesiones en una sociedad centrada en la imagen perfecta provoca estigmatización, rechazo social y aislamiento. También se asocia con tasas significativamente mayores de depresión y ansiedad, duplicando el riesgo

de ideación suicida respecto de otros pacientes crónicos. El riesgo de desarrollar trastornos psiquiátricos es significativo, incluso en la infancia, lo que puede tener un impacto negativo en la formación de la personalidad (Organización Mundial de la Salud, 2014).

Dado que la psoriasis es una enfermedad que afecta la piel, el órgano más extenso del cuerpo, que funciona como barrera protectora y límite con el entorno, es crucial analizar sus implicaciones para la psique, la vivencia y la percepción del propio ser. Para abordar la psoriasis desde un enfoque psicodinámico, se vuelve indispensable examinar el rol de la piel en la estructuración del psiquismo. La piel trasciende la mera función orgánica; opera como el primer canal de comunicación y como el fundamento del límite del Yo. La intersección soma-psyque representa uno de los enigmas más profundos y persistentes en la teoría psicoanalítica. La constitución del sujeto se halla intrínsecamente ligada a la experiencia somática. Esta es la perspectiva central que aborda este trabajo, y plantea el enigma de la relación entre psique y cuerpo en el núcleo de la identidad. Este manuscrito se adentra en el complejo entramado de la psoriasis, yendo más allá de su clasificación como una mera afección dermatológica. Propone una lectura sobre los aspectos psicológicos específicos a la enfermedad, articulada desde una perspectiva clínica integradora, para ofrecer una comprensión psicodinámica de la piel como órgano y escenario de la vida psíquica.

Como punto de partida, se toma de referencia la tesis fundamental de Freud (1923/2013) en *El yo y el ello*, donde plantea: «El Yo es ante todo un yo corporal» (p. 27). Lejos de ser una idea secundaria, esta afirmación establece el cimiento para comprender cómo la identidad se forja a partir de lo sensorial. En este contexto, la proposición de que una lesión visible, como la placa psoriásica, gruesa y escamosa, trasciende la mera afección dermatológica y constituye una perturbación en la constitución misma del Yo, abre un profundo y vasto campo de análisis sobre la emergencia de la subjetividad.

La piel opera como elemento fundacional del psiquismo y la psoriasis representa una defensa somática de naturaleza paradójica. Para ello, se busca la integración de la literatura freudiana clásica con contribuciones fundamentales de la escuela francesa en la figura de Anzieu (1985/2010)

y el concepto de yo-piel, la escuela británica de las relaciones de objeto planteada por Bick (1970) y la noción de segunda piel, e incorporando además los postulados de McDougall (1991). Se plantea, además, que la psoriasis constituye un intento extremo del organismo por instaurar un límite, una protección, ante la percepción de una deficiencia en la envoltura psíquica, lo que inevitablemente impacta la economía libidinal del sujeto y su vínculo con el Otro.

La piel es la principal frontera y conexión sensorial clave en el desarrollo del *self*, pues la identidad humana se forja en el contacto primario y la experiencia sensorial con el mundo exterior. En este marco, el argumento de este trabajo plantea que la placa psoriásica debe analizarse no solamente como una manifestación física, sino como una «perturbación en la constitución misma del Yo» (Anzieu, 1985/2010).

Se argumenta que esta manifestación cutánea es la somatización de un conflicto psíquico profundo, actuando como una frontera disfuncional que intenta comunicar una desorganización interna. La placa psoriásica se convierte, así, en un lenguaje encriptado que señala una falla en las funciones primarias de la piel como contenedor, límite y espejo de la identidad. De esta forma, el análisis invita a considerar la psoriasis como un teatro donde se representa, de manera visible e ineludible, una lucha interna que compromete la integridad psíquica del individuo.

EL PSICOANÁLISIS Y LA PIEL: FREUD Y EL YO CORPORAL

Desde sus orígenes, el psicoanálisis ha puesto el cuerpo en el centro de la vida psíquica. Un punto de inflexión fundamental en la teoría freudiana se produce cuando Freud (1923/2013) pasa del modelo topográfico (Inconsciente, Preconsciente, Consciente) al modelo estructural (Ello, Yo, Superyó). A partir de esta reestructuración y de la nueva conceptualización del Yo, deja de ser visto como una entidad abstracta de razón para definirse como una derivación directa de la experiencia corporal.

En su obra *El yo y el ello*, Freud (1923/2013) afirma: «El Yo es ante todo un yo corporal; no es solo una entidad superficial, sino él mismo la proyección de una superficie» (p. 27). Esto implica que nuestra identidad, nuestro sentido de ser una persona diferenciada, se construye a partir de

las sensaciones percibidas en la superficie del cuerpo. La piel es el límite que separa el adentro, mis pensamientos, mis órganos, del afuera, el mundo y los otros. El yo corporal (*Körper-Ich*) y el sentido de mismidad no son innatos y se adquieren a través del mapeo de las sensaciones que ocurren en la periferia del organismo.

Psicoanalíticamente, esto implica que el Yo es un mapa libidinal. Las zonas del cuerpo que son amadas, tocadas o dolientes ocupan un lugar central en la psique. La piel es la frontera donde el mundo externo impacta al organismo y donde las pulsiones internas buscan descarga. En la psoriasis esta proyección de una superficie está alterada. La placa psoriásica, engrosada y escamosa, puede entenderse como una perturbación en la constitución misma del Yo. La hipótesis que se desprende es que el mapa psíquico del paciente psoriásico contiene «zonas muertas» o «zonas de hiper-catexis» traumática. La placa psoriásica no es solo piel enferma, es un territorio psíquico donde la proyección se ha vuelto opaca.

La teoría freudiana postula que el Yo se origina en el sistema Percepción-Conciencia, ubicado en la periferia del aparato psíquico, cuya función es recibir y filtrar estímulos externos para proteger al organismo. Esta función psíquica encuentra su correlato biológico en la piel (Freud, 1920/2013). En el contexto de la psoriasis, el compromiso biológico de la piel como barrera sugiere una analogía con la falla en el *Reizschutz* (barrera de protección contra estímulos) psíquico (Freud, 1920/2013). El paciente psoriásico parece engrosar su piel como una defensa frente a la ausencia de una piel psíquica eficaz para filtrar las agresiones emocionales. Además, Freud destacó la relevancia del contacto cutáneo en el desarrollo afectivo y la pulsión sexual. Por lo tanto, cuando la piel se convierte en fuente de dolor o vergüenza, se produce una alteración en la economía libidinal del sujeto.

Para profundizar en la economía libidinal, debemos remitirnos a *Tres ensayos de teoría sexual*. Freud (1905/2013) establece que la sexualidad humana no comienza en la pubertad, sino que se apoya en las funciones vitales de autoconservación. El placer sexual tiene sus raíces en las funciones vitales primarias, emergiendo inicialmente como un componente adicional. Por ejemplo, el placer que experimenta el bebé al succionar, vinculado con la autoconservación, se independiza luego, dando lugar a

la pulsión oral. De forma análoga, el cuidado y el contacto físico durante actividades como el baño, el arrullo y la provisión de calor materno, si bien satisfacen necesidades de protección e higiene, también conllevan una erogenización simultánea de la piel.

Según Laplanche (1970/2013), la piel funciona como el teatro inicial donde se manifiestan las primeras interacciones libidinales, constituyéndose como una zona erógena universal. En el curso normal del desarrollo, esta erogeneidad cutánea se integra y queda subordinada a la primacía de la genitalidad. En el contexto de la psoriasis se postula una regresión o una fijación a la erogeneidad cutánea manifestada bajo una forma alterada: la diada placer-dolor. El intenso prurito característico de la psoriasis es interpretado, desde una perspectiva psicoanalítica, como un equivalente de la excitación sexual que no ha logrado una vía de descarga adecuada. El acto compulsivo de rascarse hasta provocar sangrado constituye una satisfacción pulsional de naturaleza sádico-masquista. La piel se erige, entonces, en el objeto donde el alivio se amalgama con la culpa y la transgresión del propio límite corporal. La economía libidinal previamente mencionada se ve alterada, pues la libido, en lugar de proyectarse hacia objetos externos (afecto, trabajo), queda confinada en un circuito auto-crático en la superficie del organismo.

El texto menciona que cuando la piel es fuente de dolor, se altera la economía. En *Introducción del narcisismo*, Freud (1914/2013) describe la erogeneidad de los órganos enfermos (p. 79). Cuando un órgano duele o enferma, la libido se retrae de los objetos del mundo exterior y se concentra en el Yo, específicamente en la parte dañada. Freud lo compara con el estado del sueño, cuando nos retiramos del mundo. Su atención, su energía psíquica, está secuestrada por la placa, la escama y la mirada de los otros sobre su piel. Este fenómeno crea una especie de agujero en la capacidad de amar. «El que sufre de dolor orgánico se desinteresa del mundo exterior», dice Freud (1914/2013). En la psoriasis esta retracción es crónica y constitutiva. La identidad se condensa alrededor de la lesión. El yo corporal se vuelve un yo psoriásico.

En 1925, Freud (1925/2013) publicó una nota sobre el «bloc mágico» (*Wunderblock*), un juguete infantil que utiliza como metáfora del aparato psíquico. El juguete consta de una lámina de celuloide transparente, un

papel encerado y una tabla de cera debajo. Al escribir en el celuloide, la presión graba huellas en la cera (Inconsciente) que son visibles a través del papel. Aunque al retirar la hoja (el sistema Percepción-Conciencia), la superficie queda limpia para nuevas anotaciones, las marcas en la cera profunda permanecen indelebles.

En la psoriasis, la renovación celular se acelera rápidamente de 28 días a 3-4, pero las células no se desprenden adecuadamente, sino que se acumulan en placas. Simbólicamente, la piel psoriásica se niega a borrar; retiene las huellas. La superficie del Yo se satura de escritura/memoria somática. El sujeto lleva su historia, a veces traumática, o sus conflictos no resueltos incrustados en la superficie, incapaz de presentar una hoja en blanco al mundo. La placa resulta como una acumulación de recuerdos somatizados que no han podido hundirse en el inconsciente simbólico y, por lo tanto, permanecen como escombros en lo real del cuerpo.

ANZIEU Y EL CONCEPTO DEL YO-PIEL

Mientras que las bases para la comprensión de la somatización fueron establecidas por el psicoanálisis clásico de Freud, el psicoanalista francés Anzieu (1985/2010) fue quien construyó una sólida estructura teórica centrada en el papel crucial de la piel en la formación del aparato psíquico. Su concepto fundamental, el yo-piel (*le Moi-peau*), surgió de su extenso trabajo con pacientes con trastornos dermatológicos y patologías límite. Hoy, este concepto es una herramienta esencial para enriquecer y profundizar el entendimiento de enfermedades cutáneas crónicas como la psoriasis.

Anzieu (1985/2010) postula que las funciones biológicas de la piel como contener y proteger no son meros paralelismos, sino que sirven de modelo y matriz fundacional para el desarrollo de las funciones psíquicas del Yo. El yo-piel es, en esencia, una representación de la que el Yo se sirve en sus fases precoces de desarrollo para contenerse a sí mismo y para establecer el límite operativo entre el mundo interno y el mundo externo. Describió nueve funciones del yo-piel, de las que tres son particularmente relevantes para entender la dinámica psicósomática de la psoriasis: continente, barrera e inscripción. En el contexto de la psoriasis,

estas funciones se hallan dramáticamente perturbadas, manifestándose en la placa psoriásica misma.

FUNCIÓN CONTINENTE: Biológicamente, la piel opera como un «saco» que cohesiona y envuelve los órganos y fluidos. A nivel psíquico, el yo-piel desempeña la función de continente, esencial para mantener integrados y encapsulados los contenidos psíquicos: fantasías, pensamientos, emociones y pulsiones. Esta capacidad de contención es vital para preservar el sentimiento de unidad física y mental. En el contexto de la psoriasis, se observa frecuentemente una deficiencia en esta función contenedora. Ante picos de estrés o afectos intensos como angustia, ira o excitación, el individuo puede experimentar una alarmante sensación de desintegración, fragmentación o derrame psíquico. La placa psoriásica, caracterizada por su rigidez, grosor y contorno definido, puede ser interpretada como un intento arcaico y desesperado del Yo por restablecer la frontera colapsada. Esta placa funciona como una segunda piel defensiva y rígida, cuya finalidad es prevenir la aniquilación o la desorganización psíquica. Siguiendo a Anzieu (1985/2010), se asemeja a una coraza (*carapace*) que actúa como sustituto de una integración psíquica flexible.

FUNCIÓN DE BARRERA: La piel biológica funciona como una barrera esencial, protegiéndonos de amenazas externas y facilitando la distinción psíquica entre el yo y el no-yo. Actúa como un escudo que regula la exposición y la distancia interpersonal. En el contexto de la psoriasis, esta función de barrera se manifiesta en una llamativa paradoja. Si bien biológicamente la piel está comprometida, inflamada y con mayor permeabilidad celular, visualmente aparece reforzada por el grosor y las escamas de las placas.

Esta dualidad física es un profundo reflejo de una intensa dinámica psíquica: el individuo se siente extremadamente vulnerable a la intrusión o el juicio ajeno. En respuesta a esta vulnerabilidad interna, se erige una muralla defensiva visible que constituye la placa psoriásica. La rigidez de esta placa simboliza, entonces, un límite patológicamente estricto que actúa como una compensación por la sensación de profunda vulnerabilidad interna.

FUNCIÓN DE INSCRIPCIÓN: La piel es el primer soporte de la comunicación y el primer registro donde se inscriben las huellas mnémicas de la interacción temprana, especialmente a través de tocar y ser tocado en el contacto maternal. Las caricias, los sostenes (*holding*) y los ritmos tempranos se graban como un lenguaje preverbal que constituye el origen del pensamiento. Las lesiones de psoriasis, con su naturaleza recurrente, visible y a menudo simétrica, pueden leerse como mensajes escritos en la piel que el paciente es incapaz de poner en palabras. Es una forma de comunicación arcaica del cuerpo que reactiva la necesidad de contacto y, a la vez, lo rechaza. La erupción actúa como una repetición de traumas o fallas en el contacto temprano que quedan fijados o inscritos en la epidermis. El cuerpo toma la palabra allí donde el lenguaje psíquico ha fracasado.

En resumen, el yo-piel de Anzieu (1985/2010) proporciona la lente a través de la cual la psoriasis deja de ser vista como una mera afección cutánea para ser comprendida como una patología de la envoltura psíquica, un intento fallido del organismo de restaurar su frontera y cohesión interna. Anzieu también postula la existencia de una envoltura de sufrimiento. Si las primeras interacciones táctiles del bebé con su entorno fueron experimentadas como intrusivas, perjudiciales o negligentes, la identidad del Yo se estructura en torno al dolor. Así este dolor se convierte en el elemento unificador del Yo.

En el contexto de la psoriasis, el ciclo recurrente de inflamación y dolor sirve como una confirmación de la realidad y existencia del sujeto. La economía libidinal se transforma masoquistamente, de modo que el individuo solo percibe el contacto del Otro a través de la sensación de dolor infligido por la enfermedad o la vergüenza generada por una mirada de rechazo.

BICK Y LA SEGUNDA PIEL

Bick (1970), una analista kleiniana, introdujo el concepto de la segunda piel a partir de la observación de bebés. Ella notó que, cuando el bebé carece de una contención adecuada por parte de su cuidador, que opera como un objeto externo que funciona como piel psíquica, experimenta

un terror primario a la desintegración o a derramarse. Para contrarrestar esta angustia y el vacío, el infante desarrolla mecanismos defensivos de rigidez muscular, tensión o fijación excesiva en sensaciones, como mirar una luz fijamente, creando así una pseudo independencia.

Este fenómeno complementa las ideas de Anzieu (1985/2010) y tiene una resonancia particular en la clínica de la psoriasis. En estos pacientes, a menudo se observa la estructura de la segunda piel; una aparente rigidez emocional, autosuficiencia y dureza externa, que en la piel se manifiesta como una coraza literal de queratina. Esta coraza dérmica y conductual protege un núcleo interno caracterizado por una extrema fragilidad y dependencia no reconocida.

En el análisis de la psoriasis, la placa escamosa se interpreta como una segunda piel somática. Frente a la percepción inconsciente de que la identidad psíquica del individuo se encuentra en una situación de vulnerabilidad o riesgo inminente de aniquilación, este recurre a un proceso biológico con el fin de erigir un límite o frontera. Esta segunda piel actúa como una barrera hacia la desintegración total, pero al mismo tiempo impone una condena: el aislamiento y el sufrimiento somático. La coraza resultante se convierte en una prisión. Dicha alteración reside en la cosificación del límite: este ya no es una sensación o una idea experimentada, sino una costra tangible y rígida.

McDOUGALL: LOS TEATROS DEL CUERPO

La contribución de McDougall (1991) al estudio de la psoriasis introduce una perspectiva dinámica y económica crucial, reorientando el análisis. En lugar de enfocarse en la rigidez estructural, crea un puente fundamental entre las corrientes psicoanalíticas francesa y anglosajona, y concibe lo psicosomático, no como una simple carencia, sino como una intensa producción psíquica. Para ella, el cuerpo se convierte en un teatro donde se escenifica, como defensa pulsional, el conflicto que la palabra no logra articular ni contener.

Para McDougall (1991), el síntoma somático como la psoriasis no es un fenómeno mudo; constituye, de hecho, una representación dramática en los denominados «teatros del cuerpo». A diferencia de la histeria clásica,

sica (neurosis), en la que la sintomatología simboliza un conflicto genital reprimido (una parálisis que denota la prohibición), McDougall postula el concepto de *histeria arcaica*. En el contexto de la psoriasis, la representación dramática se sitúa en un plano preverbal y pregenital. La piel, por lo tanto, escenifica conflictos primarios de supervivencia psíquica vinculados con la existencia y la aniquilación, y no con el deseo sexual proscrito. La lesión cutánea opera como una expresión somática que viene a sustituir la función del pensamiento. La piel se erige como el vehículo de un lenguaje biológico debido a que el sujeto percibe que la verbalización de su terror interno implicaría un riesgo para su integridad o para sus vínculos vitales esenciales.

McDougall (1991) propuso que, para ciertos pacientes, el cuerpo se convierte en un escenario donde se representan dramas psíquicos inconscientes. Ella habla de «un cuerpo para dos» (*one body for two*), refiriéndose a la dificultad de separación entre el sujeto y la figura materna. Muchos pacientes con afecciones psicosomáticas, incluyendo aquellos con psoriasis, no habían completado la necesaria separación psíquica de la figura materna. Esto lleva a una sensación inconsciente de compartir una misma piel, disolviendo los límites entre un «yo» y un «tú» y generando una amenazante fusión.

En la psoriasis el síntoma cutáneo cumple una función paradójica de vínculo: solicita ser cuidado (tocar, poner crema), lo que mantiene una relación de dependencia, pero al mismo tiempo, por su aspecto, asegura distancia y evita una fusión amenazante. Es una solución de compromiso ante el conflicto de necesidad de intimidad versus terror a ser invadido. Bajo esta óptica, la manifestación de la placa de psoriasis se interpreta como un esfuerzo biológico, aunque patológico, por romper esta fusión. Al provocar una lesión cutánea, a menudo visible, repulsiva o dolorosa, el individuo busca desesperadamente establecer una demarcación física: «Mi cuerpo termina aquí y el mundo comienza allí». La enfermedad cutánea se convierte, irónicamente, en un intento fallido de alcanzar la individuación.

McDougall (1991) describe el caso de Georgette, quien usaba sus dolencias cutáneas, como la piel ardiente, como un objeto transicional patológico. Ese dolor y ardor le permitían sentirse viva y sostenida, sustituyendo la deficiente o sofocante contención materna temprana.

La piel enferma era, para ella, el único medio de sentirse real y contenida. Por medio del concepto de desafectación, McDougall ofrece una perspectiva crucial para la clínica de la psoriasis, contrastando con el pensamiento operatorio o déficit de fantasía propuesto por la Escuela de París (Marty, 1992). La desafectación no implica una incapacidad para sentir, un déficit, sino un mecanismo de expulsión activa. El paciente rechaza el afecto de su conciencia porque lo percibe como traumático o desorganizador. En la psoriasis el sujeto desliza activamente la angustia, la rabia o el dolor emocional fuera de la esfera mental y lo deposita en el cuerpo. La inflamación cutánea se convierte en la manifestación ardiente del afecto que ha sido repudiado por la psique. Así, el paciente se muestra superficialmente calmado y racional (en un registro más operatorio), mientras que su piel evidencia la furia interna (roja, inflamada) que ha sido externalizada.

McDougall (1991) también exploró cómo ciertos síntomas somáticos funcionan de manera similar a las adicciones o perversiones (neosexualidades). El ciclo de prurito-rascado en la psoriasis tiene una cualidad adictiva y autoerótica. Es una forma de autosatisfacción. Al rascarse hasta sangrar, el sujeto se provee a sí mismo de una mezcla de placer y dolor, encerrándose en una autarquía somática que evita el riesgo de desear a otra persona y ser rechazado. Desde la perspectiva de McDougall, la psoriasis no se limita a constituir un fallo de la función de barrera (Anzieu, 1985/2010), sino que se manifiesta como una actuación defensiva activa. Representa un esfuerzo por sanar una angustia de fusión (un cuerpo para dos) y gestionar afectos considerados intolerables mediante su proyección (desafectación) hacia el plano cutáneo.

A continuación se describe brevemente una viñeta clínica a modo de ejemplificación de lo planteado. Los datos fueron anonimizados y se cambiaron, de manera que la persona no sea identificable.

DATOS DE LA PACIENTE: Elena, 42 años, contadora.

MOTIVO DE INTERCONSULTA: Derivación del dermatólogo debido a la falta de respuesta terapéutica a agentes biológicos y a la presencia de conductas de rascado compulsivo.

DESCRIPCIÓN DEL CUADRO CLÍNICO: Psoriasis en placas de carácter severo (puntuación PASI —psoriasis area and severity index— inicial superior a 20). Las lesiones se localizan en codos, rodillas, cuero cabelludo y región lumbar. Las placas se caracterizan por ser gruesas, nacaradas y presentar fisuras sangrantes.

ANTECEDENTES DERMATOLÓGICOS: El inicio de la enfermedad data de los 12 años. Ha recibido una amplia variedad de tratamientos (incluyendo terapia tópica, fototerapia, metotrexato y adalimumab), con resultados de mejoría transitoria seguida invariablemente de exacerbaciones agresivas.

LA ENTREVISTA INICIAL: Elena se presenta a la consulta con un aspecto y vestimenta impecable, acorde y sumamente prolija. Oculta toda su piel con cuello alto y mangas largas, a pesar de la temperatura elevada. Su comportamiento es extremadamente educado, rígido y enfocado en lo práctico. Cuando la entrevistadora le pregunta cuándo o en qué momentos percibe un empeoramiento en el estado de su piel, responde: «Coincide con el cierre fiscal. Supongo que los niveles de cortisol se elevan. También empeora con la disminución de la humedad ambiental. Resulta muy incómodo y nada práctico; tengo que aspirar las escamas de la silla de mi oficina varias veces al día. Me hace perder tiempo y es inútil».

Elena exhibe en su discurso que el sufrimiento experimentado es verbalizado a través de un lenguaje técnico, racional e intelectualizado, donde predominan términos como la «humedad» o la «ineficiencia» para describir su malestar. Esta elección de palabras despoja a su padecimiento de cualquier resonancia afectiva, subjetiva o vivencial. Resulta llamativo en su descripción la ausencia de toda referencia a la esfera emocional o afectiva. No hay mención de la vergüenza que podría acompañar una condición cutánea, ni de la ira o la frustración ante la persistencia de un problema, ni de la tristeza por la incomodidad o el impacto en su vida social. Elena conceptualiza su propio cuerpo, no como un organismo sensible e integrado, sino como una especie de máquina dañada o defectuosa. Su cuerpo es objetivado, convertido en un mero objeto externo que requiere ser ajustado, lubricado o, en este caso, secado para volver a su estado de funcionamiento óptimo, sin que se cuestione el origen psíquico o emo-

cional que podría subyacer o exacerbar el síntoma físico. Este enfoque subraya una desconexión profunda entre mente y soma, característica de este estilo de funcionamiento psíquico.

La entrevistadora continúa indagando en sesiones posteriores sobre la aparición de la enfermedad de Elena a los 12 años, que coincide con el inicio de su adolescencia y un quiebre familiar significativo. Elena describe ese período: «Fue el año posterior a que papá se fue a trabajar al extranjero y no volvió más. Mi madre se puso... indispuesta [relata que su madre comienza un período de profunda depresión]. Yo tuve que encargarme de mis hermanos». Al ser consultada sobre sus sentimientos en ese momento, ella responde: «Estaba ocupada. Había que hacer cosas. No había tiempo para tonterías».

A continuación, Elena comparte detalles sobre su compulsión por arrancar las costras, una conducta que percibe como una necesidad: «Siento que tengo que quitar lo muerto para que respire, pero vuelve a salir más duro». La manifestación de la psoriasis en Elena hacia el final de la infancia e inicio de la pubertad puede ser interpretada desde una perspectiva psicodinámica como la exteriorización de la disrupción del apoyo familiar y la deficiencia en la función de contención parental (un padre ausente y una madre con sintomatología depresiva). Este evento significativo indicaría la desarticulación de su envoltura psíquica protectora. Como respuesta a esta falta de contención externa, la paciente desarrolla la placa psoriásica como una segunda piel o armadura. Esta hiperqueratosis física refleja una dureza emocional donde se vuelve incapaz de llorar y asume excesivas responsabilidades para su etapa vital, y sirve como defensa para evitar el desmoronamiento psíquico.

El acto de rascarse y arrancar la costra simboliza un intento inconsciente de romper esta coraza defensiva. Es la búsqueda de una sensación, incluso dolorosa, que le recuerde su límite y le permita acceder al Yo auténtico oculto, eliminando lo muerto para que surja lo vivo. Además, puede representar también una agresión autodirigida vinculada con la culpa y el duelo por la separación o conflicto familiar.

EVOLUCIÓN Y TRABAJO TERAPÉUTICO: La intervención terapéutica no se centró en la cura directa de la piel, sino en proporcionar un espacio de

contención (*holding*) que facilitara la expresión de la rabia y el duelo que Elena había reprimido desde la infancia. A medida que pudo verbalizar su sentimiento de abandono («estoy furiosa con ellos»), la necesidad de mantener la coraza defensiva disminuyó.

Aunque la psoriasis no se eliminó por completo, se observó una mejora en la respuesta al tratamiento biológico, dado que el componente de estrés que sostenía la inflamación se redujo. Elena dejó de rascarse compulsivamente y comenzó a usar ropa de manga corta, permitiéndose ser vista con menos vergüenza. Este proceso significó la transición de un cuerpo concebido como máquina a un cuerpo percibido como erótico y vivo.

El abordaje y la comprensión psicoanalítica de un paciente con psoriasis, partiendo de la complejidad teórica que subyace a la somatización y a la relación mente-cuerpo, no tiene como fin último la cura de la piel, que es labor y responsabilidad del dermatólogo. Por el contrario, la intervención psicodinámica se centra en la esfera psíquica del paciente y persigue objetivos terapéuticos esenciales. Entre ellos se destaca la recuperación de la función simbólica y el alivio del pensamiento operatorio.

Este objetivo primordial busca facilitar que el paciente pueda gradualmente verbalizar, nombrar y dar sentido a las experiencias afectivas y conflictos internos que antes se expresaban directamente a través de la piel como único lenguaje. Se promueve activamente el tránsito del pensamiento operatorio, donde predomina la descripción literal de los hechos sin conexión afectiva o escasa capacidad de introspección, hacia el restablecimiento de la capacidad de fantasear, soñar y simbolizar. Al lograr este pasaje, el conflicto puede ser contenido y elaborado en el espacio psíquico, aliviando la presión sobre el cuerpo para que actúe como escenario del sufrimiento y recuperando otras vías de expresión.

Asimismo, el abordaje terapéutico promueve la reconstrucción del yo-piel dañado y el fortalecimiento de los límites psíquicos de la paciente. Inspirado en los planteamientos de Anzieu (1985/2010), este objetivo busca reparar dicha envoltura y consolidar la delimitación interna, dotándola de flexibilidad y permeabilidad en clara contraposición a la rigidez defensiva. Al construir una barrera psíquica más robusta y eficaz para contener ansiedades y distinguir entre el yo y el no-yo, se alivia la necesidad de que la piel biológica se vea forzada a funcionar como una barrera

defensiva rígida, hipertrofiada y vulnerable. La piel deja de ser el único escudo ante el mundo externo e interno desorganizado.

Por último, se busca la reparación de la función de espejo en el manejo transferencial que ocurre dentro del vínculo. El psicoterapeuta debe estar preparado para tolerar, contener y metabolizar las intensas proyecciones del paciente, que a menudo incluyen la vergüenza, el rechazo, la agresión o la suciedad asociados con las costras o las escamas de la psoriasis. Debe ser capaz de sostener estas proyecciones sin responder con rechazo, asco o juicio. A través de esta contención empática y neutral, se busca ofrecer una mirada no juzgadora y aceptante, un espejo que refleje al paciente como un ser completo más allá de su afección cutánea. Este proceso opera como una reparación de la función de espejo primordial que se encuentra dañada en la historia temprana y permite que se internalice una imagen de sí mismo menos fragmentada y rechazada.

CONCLUSIONES

Para comprender la psoriasis desde una perspectiva psicodinámica, debemos explorar cómo la piel participa en la constitución del psiquismo humano. La piel no es solo un órgano, es el primer medio de comunicación y el límite fundante del Yo. La afirmación de Freud (1923/2013), «el Yo es ante todo un yo corporal», constituye la clave fundamental para la comprensión de la psoriasis. Esta patología no debe interpretarse como un evento periférico o accidental, sino como una crisis inherente al núcleo mismo de la construcción de la identidad.

La psoriasis, por ende, pone de manifiesto la vulnerabilidad de la «proyección de una superficie», proceso esencial que subyace a la constitución del Yo (Freud, 1923/2013). La complejidad reside en una comprensión profunda de psique y soma, entendiendo que la placa psoriásica no es solamente una afección dermatológica, sino también, en última instancia, un representante somático. Este término refleja la esencia de la manifestación cutánea como una obra-escena dolorosa y fallida, pero ineludiblemente persistente, representada sobre la propia superficie corporal. Es un intento del sujeto por no disolverse en la indiferenciación o el caos interno. La piel, en este contexto, deja de ser una mera envoltura para convertirse en

una frontera activa, la última línea de defensa visible, un esfuerzo por mantener un límite claro entre el Yo y el no-yo, entre el mundo interior turbulento y la realidad exterior.

La psoriasis se convierte, así, en un lenguaje, una forma de escribir su historia cuando la narrativa verbal o emocional ha colapsado o ha sido silenciada. El cuerpo asume la tarea de la expresión cuando la palabra falla, y lo hace de la manera más literal y dolorosa, transformando la superficie corporal en un teatro donde se escenifica la lucha interna por la identidad, la integridad y la supervivencia psicológica. La enfermedad es la materialización de una herida que se exhibe para afirmar la existencia y es el mapa visible de un sufrimiento. ♦

REFERENCIAS

- Anzieu, D. (2010). *El yo-piel*. Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1985).
- Bick, E. (1970). La experiencia de la piel en las relaciones de objeto tempranas. *Revista de Psicoanálisis*, 27(1), 111-127.
- Freud, S. (2013). El yo y el ello. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 19, pp. 1-66). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- Freud, S. (2013). Introducción del narcisismo. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 14, pp. 67-102). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- Freud, S. (2013). Más allá del principio de placer. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 18, pp. 1-62). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- Freud, S. (2013). Nota sobre el «bloc mágico». En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 19, pp. 239-247). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925).
- Freud, S. (2013). Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 7, pp. 109-224). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Laplanche, J. (2013). *Vida y muerte en psicoanálisis*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1970).
- Marty, P. (1992). *La psicósomática del adulto*. Amorrortu.
- McDougall, J. (1991). *Teatros del cuerpo*. Julián Yébenes.
- Organización Mundial de la Salud. (2014, 21 de marzo). *Psoriasis: Informe de la Secretaría (A67/18)*. 67.ª Asamblea Mundial de la Salud. <https://iris.who.int/items/cod7ed97-ce64-4d60-8bcd-df1cc9defb5b>
- Parisi, R., Symmons, D. P. M., Griffiths, C. E. M., & Ashcroft, D. M. (2013). Global epidemiology of psoriasis: A systematic review of incidence and prevalence. *Journal of Investigative Dermatology*, 133(2), 377-385. <https://doi.org/10.1038/jid.2012.339>
- World Health Organization. (2016). *Global report on psoriasis*. <https://apps.who.int/iris/handle/10665/204417>

Soñar, asociar, interpretar



SILVANA HERNÁNDEZ ROMILLO¹

DOI: 10.36496/N142.A5

SILVANA HERNÁNDEZ ROMILLO / ORCID: 0009-0000-0936-1038

RECIBIDO: ABRIL DE 2026

ACEPTADO: MAYO DE 2026

RESUMEN

El presente trabajo pone a trabajar el sueño como modelo del método analítico: subraya la importancia de la asociación libre y la atención flotante en diálogo con conceptos como el desplazamiento y la transferencia. Para desarrollar estos conceptos desde la praxis analítica, toma los sueños de Dora, el sueño del «Hombre de los Lobos» y el sueño de la inyección de Irma del propio Freud.

DESCRIPTORES: SUEÑO / ASOCIACIÓN LIBRE / TRANSFERENCIA / INTERPETACIÓN.

ABSTRACT

This work proposes the dream as a model for analysis: It emphasizes the importance of free association and evenly suspended attention in relation to concepts such as displacement and transference. To develop these concepts from analytical praxis, it draws on Dora's dreams, the dream of «The Wolf Man», and Freud's dream Irma's injection.

KEYWORDS: DREAM / FREE ASSOCIATION / TRANSFERENCE / INTERPRETATION.

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay.
hernandezromillo@gmail.com

EN EL REINO DE LOS SUEÑOS

Comencé a escribir este trabajo intentando darle voz a la experiencia del sueño en el análisis, como analista y analizando a la vez. Desde esta encrucijada he encontrado en el sueño una posibilidad de trabajar conceptos metapsicológicos y aspectos centrales del método al mismo tiempo. El sueño posee fuerza de descubrimiento, tanto en la praxis de nuestros días como en aquellos tiempos del nacimiento del psicoanálisis. Los sueños que empezaron a traer los pacientes en forma espontánea, junto con los sueños del autoanálisis de Freud, fueron generando una narrativa que permitía continuar con la investigación de los aspectos inconscientes de cada caso y, al unísono, crear teoría en la naciente disciplina.

El sueño tiene la impronta de lo inaugural. La vía regia evoca algo del reinado del sueño entre las formaciones de compromiso. Comparte con el síntoma, el acto fallido, el lapsus y el chiste todos los criterios propios de la formación de compromiso: «Eso me llevó a tratar al sueño mismo como un síntoma y aplicarle el método de elaboración elaborado para los síntomas»; «mis pacientes me contaron sus sueños y así me enseñaron que un sueño puede insertarse en el encadenamiento psíquico que ha de perseguirse retrocediendo en el recuerdo a partir de una idea patológica» (Freud, 1900/2012, p. 122).

En la sesión así se nos presenta, con esa estatura, creando un clima que quizás sean los poetas quienes pueden expresarlo mejor. Dice Peixoto (2009) en el cuento «La mujer que soñaba»:

Al abrir los ojos, la luz de la mañana. Sentía en el cuerpo el camisón y las sábanas tibias. Levantó el brazo sobre la frazada. Ya fuera de la cama, mientras se ponía la bata y se calzaba las chinelas, se acordaba aún del sueño que había tenido. Se acordaba del sueño como si todavía soñara. Sonreía. Había soñado que era joven y que no estaba en el asilo. Era joven y estaba en su casa. Su madre la llamaba desde la cocina, había soñado. Se había despertado muy feliz. Era joven. Su madre la llamaba desde la cocina. En el sueño, tenía un trozo de espejo en la mano. Sus cabellos eran largos y lozanos. Sus ojos eran jóvenes y brillaban. Con la toalla doblada sobre el hombro, esperaba en la fila para el baño [...] Las monjas decían que todas

las mujeres tenían que tomar una ducha al levantarse. Ella respetaba las reglas del asilo. El vapor le nublaba la vista. Las voces de las mujeres alrededor eran una cosa que acontecía en un lugar que ella no estaba. Había soñado que era joven. Como si aún estuviera soñando, sonreía [...] Apartó la ropa de la cama y se levantó súbitamente. Abrió un cajón de la mesita y retiró un trozo de espejo. Era el trozo de un espejo que se había partido y que ella había encontrado brillando en la calle. La molestia de haber despertado permanecía. La molestia de haber soñado. En un sueño que seguía después que se despertó, se vio vieja [...] Se imaginó con la edad de la madre, se imaginó igual que ella. En el sueño que permanecía en su interior, como un recuerdo que no conseguía olvidar, era aún más vieja que su madre [...] La hermana chica dejó al perro y se le acercó. Buscó conversación. Ella no le contestó. Se sentía vieja, como en el sueño. Era vieja. Como en el sueño. En instantes, no sabía si el sueño había sido antes o después de despertarse [...] Salió del cuarto de la hermana con pasitos cortos. Entró a su cuarto con miedo de dormir. Se desvistió, se puso el camisón. Se acostó debajo de las sábanas frías. Se quedó intranquila durante mucho tiempo. Estaba nerviosa. Estaba incómoda. Daba vueltas en la cama. Tenía miedo de dormirse y soñar de nuevo. Cada instante de la noche parecía muy grande. Pero después de mucho tiempo, después de haber pasado mucho tiempo dentro de la noche, después del tiempo ya no distinguirse de la noche larga, vasta, inmensa, su cuerpo perdió las fuerzas y finalmente se durmió (p. 41).

El cuento tiene una musicalidad y evoca *Inventiones a dos y tres voces* de Bach, en donde el motivo principal se presenta, juega en el teclado, parece irse para dar paso a otra melodía y luego volver a entrar, sin saber cuándo finalizó una y comenzó la otra. A partir del texto de Peixoto (2009), se nos generan imágenes —la mujer vieja, la joven— en las que el adentro y el afuera se presentan en una sensible continuidad.

Quizá también en el cuento de Cortázar (1956/2004), «La noche boca arriba», se instala la inquietante pregunta acerca de quién es soñado por quién. En unas pocas frases, Cortázar logra dejar al descubierto el nulo dominio del yo —*yo sueño*— y abre el vasto campo de lo no sabido. Es este *dejar abierto* de la literatura lo que genera esa pasión de lectura que

nos invade en forma permanente y sin proponérselo, y colabora de modo peculiar en la formación interminable de todo analista.

SOÑAR, ASOCIAR

El sueño es una experiencia de anudamientos. Se entremezclan los tiempos, las escenas y los personajes, en escenarios que se asemejan a una filmación con cámara «casera» en la que se va pasando de una escena a otra sin cortes. También están aquellos sueños de pocas frases, los que generan un desafío para el analista, aunque, como siempre, solo se trata de promover asociaciones. Se necesita un tiempo largo de la sesión y, de pronto, cuando menos se lo espera, aparece un detalle que nos invita a decir alguna palabra: la interpretación. El tiempo lento es una característica del análisis y el trabajo con los sueños es quizás su más clara expresión.

El sueño queda a la espera de las asociaciones; sin ellas, es demasiado poco. Soñar, asociar y asociar podría ser la fórmula mínima. Luego, el analista propone, por ejemplo, relacionar aspectos del sueño con otros aparentemente lejanos, tanto de la sesión como de los restos diurnos. Al analista también se le formulan interrogantes que intentan abrir el campo, por ejemplo, «¿por qué son blancos los lobos?» —la primera intervención en el famoso sueño de los lobos (Freud, 1918/2003)—. Si bien la gran obra freudiana se denomina *La interpretación de los sueños*, se podría decir que recién luego de un trabajo dedicado y minucioso se podría producir un señalamiento o una interpretación. Nos dedicamos al análisis de los sueños.

En la intimidad de la sesión, una particular artesanía produce relato y escucha en simultaneidad. Para el analista, cuándo y cómo hablar, cuándo y cómo callar, esperar, abierto a lo que está por venir, es parte de ese arte. Estamos ahora en el reino de la asociación libre —y su par, la atención flotante—. En un principio, el verbo era *recordar*; luego será *asociar*. La regla de oro —una regla pequeña, que no ambiciona— es el oro de las sesiones. El relato fluye, la sesión se va constituyendo; escuchar esa secuencia y sorprenderse es tarea del análisis. Donde se elude la asociación libre, allí estaría el asunto del psicoanalista; hasta se podría decir que su tarea consiste en explorar todo quiebre, toda huida de la asociación libre. La aventura de la asociación libre es el análisis mismo. Y sorpresivamente, en

un recoveco se escucha una breve frase que intenta decir todo lo no dicho por efecto de la amnesia infantil. No es ocioso reiterar que la secuencia de la sesión es otro pilar de nuestro quehacer.

A veces pienso que el trabajo del análisis —en el sentido del método— es una especie de acopio de asociación libre en transferencia. Una red de asociaciones que van complejizando las anteriores, que les van dando otra textura, porque cuando se enlazan nuevas asociaciones, las anteriores ya no son las mismas que fueron, mientras las nuevas esperan un nuevo momento de evocación para saltar al escenario.² Una red de caminos. O ríos fluyendo y confluyendo, en diferentes direcciones, con el ¿anhelo? de un centro, pero con la vívida comprobación de que varios de esos afluentes quedan desconocidos. La imagen de los ríos es escasa porque no nos da el derecho de generar afluentes nuevos, o cambiarlos de cauce, o hacer que uno modifique su desembocadura. No es sencillo metaforizar lo que sucede en un análisis. Pontalis (2005), sobre historia y memoria, dice:

No hay historias de vida en Freud una vez transformado en Freud, no hay historias de casos; a lo sumo hay historias de la enfermedad o, más tarde, con el “Hombre de los Lobos”, el siguiente título “De [aus, literalmente, ‘a partir de’] una neurosis infantil”. Neurosis infantil, y no neurosis de la infancia, neurosis que hay que *adivinar*, hacer surgir huella a huella: un efecto del arte... Y un “extracto de”, no el todo sino fragmentos que solo el análisis —porque al principio deconstruye— va a lograr poner en contacto y hacer coincidir. Un rompecabezas, de acuerdo, pero sin “motivo para unir nuevamente ni ‘*rosebud*’” al final. Una red ferroviaria, si se quiere, pero con la condición de que se abran nuevas vías, que haya topes, errores de cambio de vías e incluso descarrilamientos; un sistema nervioso que no tuviera centro. Que cada uno convoque sus imágenes predilectas (p. 18).

2 «No me parece bueno, y aun es perjudicial para la obra creadora del alma, que el entendimiento examine con demasiado rigor las ideas que le afluyen y lo haga a las puertas mismas, por así decir. Si se la considera aislada, una idea puede parecer insignificante y osada, pero quizás en una cierta unión con otras, que acaso parezcan también desdeñables, puede entregarnos un eslabón bien concertado: de nada de eso puede juzgar el entendimiento si no la retiene el tiempo bastante para contemplarla en su unión con esas otras» (Schiller como se cita en Freud, 1900/2012, p. 124).

Digo, afirmo y luego me contradigo. El trabajo psicoanalítico es mucho más y más difícil que sueños y libres asociaciones. Hay dedicados diálogos, ciertas preguntas frente a situaciones de dura inhibición, hay también contención, alguna comicidad y un silencio respetuoso frente al dolor que no se puede más que gritar. Como lo han expresado algunos viejos maestros, los llamados momentos de análisis, son pocos. Como ya se ha expresado en referencia al oficio de analista: la relación analítica es la relación más íntima y más formal. Esa peculiar cercanía hace que las tentaciones estén a la orden de cada sesión; tentación de aconsejar, orientar, recomendar.³ La asimetría y el análisis del analista protegen de los efluvios pulsionales, obra en varias escenas de la que todos somos actores. Por eso no dudamos de que la abstinencia ocupa un lugar central en nuestra praxis.

SUEÑOS EN LA OBRA DE FREUD: LOBOS, DORA, IRMA

He soñado que es de noche y estoy en mi cama. (Mi cama tenía los pies hacia la ventana, frente a la ventana había una hilera de viejos nogales. Sé que era invierno cuando soñé, y de noche). De repente, la ventana se abre sola y veo con gran terror que sobre el nogal grande frente a la ventana están sentados unos cuantos lobos blancos. Eran seis o siete. Los lobos eran totalmente blancos y parecían más bien como unos zorros o perros ovejeros, pues tenían grandes rabos como zorros y sus orejas tiesas como de perros al acecho. Presa de una gran angustia, evidentemente de ser devorado por los lobos, rompo a gritar y despierto (Freud, 1918/2003, p. 29).

El historial tiene un nombre oficial —*De la historia de una neurosis infantil*— y un subtítulo entre paréntesis que termina volviéndose el más conocido en el mundo del psicoanálisis: «Hombre de los Lobos». A su vez, el propio paciente pasa a ser conocido por este sobrenombre, como si el padre-Freud lo hubiera vuelto a bautizar a través del análisis de este sueño.

3 Encuentro también la palabra *tentación* en Horenstein (2015): «Hay que cuidarse en el psicoanálisis —también en la vida— de las buenas intenciones, que siempre pugnan por hacerse un lugar, tentación siempre presente en un oficio en el que todo el tiempo nos las vemos con sujetos dolientes, temerosos, divididos» (p. 214).

Posiblemente el sueño más famoso en la obra de Freud después del sueño de la inyección de Irma (Freud, 1900/2012), está a la vez íntimamente relacionado con los dos sueños de la joven Dora (Freud, 1905/1978a). Algo de esta particular trilogía quisiera transitar brevemente.

El sueño del paciente ruso, gestado alrededor de los cuatro años, recordado al comienzo del análisis y trabajado a lo largo de este —«fue una tarea que llevó varios años» (Freud, 1918/2003, p. 32)—, es analizado exhaustivamente en el texto. Freud nos transmite una cierta pasión por este sueño y sus asociaciones, logrando llegar al denominado deseo inconsciente o deseo formador del sueño. «Es que el soñar es también un recordar» (Freud, 1918/2003, p. 50). El joven ruso, recuerda, de los cuatro años, *aprés-coup*, golpe y sentido, experiencias tempranas, tal vez un año o un año y medio, hipótesis freudiana fuerte acerca de la temporalidad en psicoanálisis, pero también de los recuerdos encubridores, de esa memoria que nunca será del todo, nunca nuestra, siempre jirones, restos, en diálogo con las construcciones.

«Siempre había destacado que dos aspectos del sueño le provocaron la máxima impresión: en primer lugar, el total reposo e inmovilidad de los lobos, y segundo, la tensa atención con que todos lo miraban» (Freud, 1918/2003, p. 33). Podríamos agregar, para insistir en la escena, los lobos silenciosos, característica que Freud reitera en el análisis. Lo asocia con su contrario, es decir, el «violentísimo movimiento», que hace alusión al mundo pulsional del niño (p. 34). En esta misma línea, también lo podemos asociar con un aspecto particular de la vida cotidiana de Sergei en relación con su entorno familiar. Me refiero a la actitud de berrinches que tenía el pequeño para llamar la atención de su padre y así recibir de él los castigos. Estos castigos no eran más que una manera erotizada de entrelazarse con su padre. Por lo tanto, esos lobos quietos y silenciosos representan también el deseo de un relacionamiento ruidoso y de intenso movimiento con su padre, es decir, nos lleva a lo que Freud encuentra como el más intenso de los deseos formadores del sueño: «La satisfacción sexual que en esa época anhelaba del padre» (p. 33).

Desde sus lobos en el nogal, Sergei y su psicoanalista nos abren esa paradigmática ventana para que nosotros aprendamos acerca del relato minucioso, del *tempo* propio de la sesión, así como de la sutileza de

las asociaciones. En este sentido, quizás, comparte con los sueños de Dora (Freud, 1905/1978a) la transmisión del método analítico en el propio trabajo de los sueños en la sesión. El detenimiento en los aspectos aparentemente más nimios, la apuesta a la asociación libre, los eslabones que van enlazándose uno tras otro: un fino trabajo de orfebrería.

En *Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora)* (Freud, 1905/1978a), el primer título pensado era *Sueños e histeria*, para mostrar en la clínica su obra monumental que tan poco éxito de librería había tenido. Ahora se trataba de una paciente y sus sueños. ¿Será que el doloroso fracaso lo llevó a cambiar el título? Sin duda, los dos sueños de la paciente son el material alrededor del que gira todo el historial. La riqueza de ambos solo puede ser comparada con la de las múltiples identificaciones dramáticamente presentadas en los síntomas de la adolescente. La sexualidad infantil abre el telón con aquella casa en llamas, fuego, mundo pulsional. Mientras que en el segundo sueño, la línea transferencial se vuelve protagonista de modo conmovedor en esa soledad, deambulando por lugares extraños, llamando a su analista más de 100 veces y, a la vez, perdiéndolo. El analista-padre ha muerto; Dora le plantea que se va del análisis.

Con el historial de Dora, Lobos comparte también el espíritu combativo de una disciplina que necesitaba ganar espacio en el medio científico. El profesor Freud intenta desde ambos historiales demostrar al mundo —en especial, a los colegas que más lo cuestionaban— su concepción de la sexualidad infantil: realizar construcciones acerca de los avatares del erotismo oral, anal y fálico. Los síntomas, al igual que los sueños, son tratados con dedicación, rastreando en cada uno los diversos e innumerables aspectos inherentes a la vida sexual infantil, las fijaciones y las regresiones. Asimismo, la concepción de la bisexualidad y el Edipo en su doble vertiente encuentran en estos dos historiales, y especialmente en sus sueños, una apoyatura clínica relevante.

Por su parte, el sueño de la inyección de Irma (Freud, 1900/2012) porta lo inaugural; es el psicoanálisis mismo, símbolo, estandarte. Presenta copiosas asociaciones en las que desfilan personas y personajes que nos permiten comprender mejor que nunca los mecanismos de desplazamiento y condensación, así como la elaboración secundaria y la figurabilidad. Toman relevancia la multiplicidad de restos diurnos que el soñante nos

ofrece, hecho que da prestigio a este concepto que, a veces, entre los analistas, aparece opacado. La minuciosa exposición de Freud nos hace valorar, a la hora de analizar un sueño, la importancia de detenernos e insistir en el resto diurno.

Considerar estos tres sueños en la obra freudiana nos invita a pensar en el lugar que tienen los sueños y su trabajo en la sesión psicoanalítica. Son textos que interpelan nuestra actitud en cuanto a la aparición de un sueño, el valor que damos a las asociaciones, a los restos diurnos y a los mecanismos propios de estos: desplazamiento, condensación, figurabilidad y elaboración secundaria, que con tanta fuerza y claridad aparecen en los artículos citados.

Dedico ahora un minuto, en especial, al desplazamiento, ese gran descubrimiento del psicoanálisis: libertad de ir de un lado a otro, migrar, para generar la interrogación y aun cierta sospecha sherlockholmeana, es allí pero no es allí, es conmigo pero no es conmigo. Quizás en el sueño de la inyección de Irma (Freud, 1900/2012), como lo han observado tantos autores, se encuentra incompleta la vía asociativa de la sexualidad, ya que el soñante se detuvo y lo aclaró, por lo que no se llega al deseo inconsciente motor-formador-del sueño. Rodrigué (1996) arriesga: «En el ombligo de este sueño no solo está el sexo sino la muerte» y, más adelante, «Irma es Freud por venir» (p. 35).

EL SUEÑO EN CLAVE DE SEXUALIDAD INFANTIL

«¡Ah! Lo que soñé anoche, me da un poco de vergüenza contarlo...». Cuántas veces hemos escuchado —y dicho— algo parecido en sesión. El sueño tiene la capacidad de escandalizar. El escándalo se instauró con la aparición de *Tres ensayos de teoría sexual* (Freud, 1905/1978b) y luego se hizo guion en Dora y Lobos, la historia oficial de la sexualidad infantil. Desde el inicio nos dice que la vida infantil es una de las fuentes de donde el sueño recibe material (Freud, 1900/2012, p. 42). Aunque difícil de alcanzar en el análisis de un sueño, el deseo motor es un deseo inconsciente; deseo inconsciente, reprimido e inherente a la sexualidad infantil. Cuando Freud escribe *La interpretación de los sueños*, obviamente aún no había llegado a *Tres ensayos de teoría sexual*.

También están los sueños de muerte, o con la muerte, que siempre nos interrogan sobre la realización alucinatoria del deseo. ¿De quién es la muerte soñada? Se puede soñar la muerte y también dar muerte; dar muerte pertenecería a la trama edípica y allí seguimos en el área de la sexualidad infantil. En cambio, soñar la muerte, soñar con los muertos queridos, hacerlos volver... Sin embargo, la muerte propia no se puede representar.

En la novela *El hermano mayor*, Mella (2016) trae varios sueños, uno de los últimos es del padre soñando al hijo quemándose. Hace pensar en Freud (1900/2012), que al inicio del capítulo VII de *La interpretación de los sueños*, nos trae un sueño: «Padre, ¿no ves que me abraso?» (p. 504). Acá hay un cumplimiento de deseo, dice Freud, y se refiere a tener al hijo con vida a su lado. Pero esos verbos sugieren algo más —arder, abrasarse...—, aunque no es sencillo ver el deseo edípico en los sueños de muerte. Otro ejemplo en la literatura es «Un sueño realizado» de Onetti (1941/2009), sobre el que ha trabajado en nuestro medio Casas de Pereda (1995) y que también alude a la muerte. Pero quizás el tema de la muerte en el mundo onírico debería ser el centro de otro trabajo.

SOÑAR, ESE MODO DE RECORDAR

El sueño toma un detalle, y en la espesura de la noche se va deslizando entre imágenes para quedar guardado bajo los párpados a la espera de un relato. Entre el sueño soñado y el relatado hay una pérdida. *Mis en mots*: sueño puesto en palabras; *mis à mort*: «sueño asesinado» (Pontalis, 1978, p. 25). El análisis no busca rellenar esa pérdida; el análisis es ocasión de descubrimiento. Explora, investiga, abre a la interrogación. En ese andar, va creando relaciones, ligaduras, aproximaciones.

El sueño es una sacudida a la des-memoria. ¿Qué es recordar en el tratamiento psicoanalítico? Lo que recordamos, ¿de qué materia está hecho? No son trozos de nuestra vida ni espacios temporales, tampoco son hechos traídos para completar puzzles. La memoria es una cosa demasiado compleja. Freud (1918/2003) dijo la famosa frase en Lobos: «Es que el soñar es también un recordar» (p. 50), pero en este historial trabajó más los avatares de la sexualidad infantil que los hechos que pudieran ser recordados, y aún

más, ese irreverente ir y venir acerca de si el pequeño niño vio o no vio la escena primaria... cuánta opacidad experimentamos los analistas en esta área. Llenar las lagunas mnémicas es una tentación que se palpa en nuestra disciplina; sobre todo cuando se presenta material clínico, es característico que en la discusión algunos de nosotros hagamos una pregunta por cierto dato, como si allí estuviera el *eureka*. Siempre nos deslizamos a buscar aquella escena, aquella madre depresiva, una despedida demasiado temprana, un suceso familiar traumático... y nos seguiremos deslizando para encontrar nada, nada que hable plenamente. Todos hablamos demasiado. Es difícil renunciar a encontrar las causas, pero algún día nos podremos despedir de esa búsqueda y tomar el desafío.⁴

Aun así, llenar las lagunas mnémicas es una metáfora que sigue siendo nuestra, al menos de a ratos. Otra metáfora que nos atraviesa es la de la reconstrucción de la historia, aunque prefiero la palabra *construcción*, tal como lo hemos aprendido de los historiadores. Si me dan a elegir, prefiero aun la metáfora de la narración, quiero decir, el intento de contarme mi propia historia, una y otra y otra vez. A medida que transcurren los años de análisis, me voy contando lo que parece ser casi la misma, pero no la misma, y siempre es una nueva escritura, algo de hallazgo, un signo de puntuación diferente o una palabra nueva a veces; poca cosa, pero siempre un movimiento hacia una nueva frase que antes no me había podido contar.

En algunas ocasiones, el contenido manifiesto ya brinda una oportunidad de análisis, ocasiones en que todo está en la superficie, en la letra, en la imagen. Sin duda, el sueño de la monografía botánica es un ejemplo. Colabora a desterrar la idea —que quizás tenga restos escolásticos— de que la verdad está en las profundidades —frase tan maltratada por la psicología—; a veces todo está más cerca de lo que nos parece. La metáfora

4 «El lenguaje, siempre y para cada uno, está de duelo. Es nuestro gran, nuestro permanente enlutado. Pero estar de duelo puede entenderse de dos maneras. Como la conservación, a cualquier precio, del vínculo de amor y de odio con el objeto perdido o como transformación de la pérdida en ausencia. En el primer caso, el lenguaje ya no es más que ruptura inaceptable con la cosa misma, no siento por él más que desconfianza hostil y solo consiento en usarlo neutralizándolo, reduciéndolo a su papel funcional de información y comunicación. En el segundo caso, confío en su movimiento: llevando el luto me lleva a lo que no es él, hacia lo que lo excede. El amor y la poesía brindan esa oportunidad... a veces también el análisis» (Pontalis, 2005, p. 23).

freudiana de la arqueología, si está banalizada, nos confunde: la memoria está construida sobre ruinas.

De ese sueño algunas líneas quedan allí, sin movimiento. *El ombligo del sueño, lo no conocido, lo nunca alcanzable*. Freud (1923/1986) dice: «Todo nuestro saber está siempre relacionado con la conciencia. Al inconsciente solo lo podemos conocer haciéndolo consciente». Antes: «Todo sueño tiene por lo menos un lugar en el cual es insondable, un ombligo por el que se conecta con lo no conocido» (Freud, 1900/2012, p. 132).

¿SE SUEÑA PARA EL ANÁLISIS O SE SUEÑA POR EL ANÁLISIS?

En el entendido de que el sueño se produce noche a noche, lo que se modifica entonces no es la capacidad de soñar, sino el espesor de la censura, y en cierta sintonía se podría decir que se modifica el trabajo de la elaboración secundaria. Entonces, a veces, se sueña porque el análisis ha colaborado para que esa censura afloje y la elaboración secundaria ¿sea un poco menos eficaz? Se alcanza mayor permeabilidad entre el proceso primario y el proceso secundario.⁵ Pero además está la experiencia subjetiva del sueño, a la que Pontalis (1978) le dedicó muchas páginas:

[Freud] consagra el sueño al *sentido* y en cierta medida descuida el sueño en tanto *experiencia*: experiencia subjetiva del soñador que sueña, experiencia intersubjetiva en la cura, donde se le lleva el sueño al analista, a la vez ofrecido y retenido, diciendo y callando (p. 19).

Hay un modo de estar con el sueño en sesión. Hace años un amigo me contaba que llevaba tantos sueños al análisis que prácticamente no hablaba de su vida cotidiana. Pero también están los analizandos que raramente traen un sueño a sesión. Bollas (1987/1997) propone:

5 Tal vez se habla menos de la elaboración secundaria porque no es un mecanismo que opera en el proceso primario —está en su nombre— y eso le quita brillo; desplazamiento, condensación y elaboración secundaria es un trío en apariencia desparejo.

Un poema es una manera singular de dar forma a un tema, y el tratamiento poético adquiere tanta importancia como el tema que presenta: también un sueño es una técnica especial para dar forma a un sentido, porque el sueño no solo nos habla, sino que también nos trata (p. 89).

Vuelvo al último subtítulo, a la falsa pregunta planteada y a la transferencia.⁶ Hay sueños que parecen estar hablando de la transferencia con apenas una palabra. Una mujer de unos 70 años comienza un tratamiento analítico por primera vez. Estamos en la última sesión de diciembre antes de mis vacaciones de verano. Dice:

Esta vez, no sé, me siento rara, no sé con quién pasar las fiestas [angustiada]. Mi hija menor me invitó a pasar con ella y toda la familia de su compañero, gente muy amable que yo conozco hace tiempo, pero sabe qué... yo quisiera pasar con gente querida, cercana, usted me entiende... [Silencio] Anoche tuve un sueño, soñé con Anheló Hernández... [Silencio] Qué raro, porque yo no conozco a Anheló Hernández.

Nuevamente, todo parece estar en la letra, desde el relato en sesión, «gente querida, cercana, usted me entiende...», Anheló Hernández. Este sueño, en la última sesión antes de la separación pactada en el encuadre por las vacaciones estivales, me sorprendió y me conmovió. No surgieron asociaciones, esperé un rato, entonces le dije que ahí estaba mi apellido: «Anheló... Hernández». Se sonrió, se tapó la cara y me dijo: «¿Puede la mente ser tan retorcida?». Nos despedimos hasta el mes siguiente.

El inconsciente no renuncia jamás, hasta el último minuto, y en eso la transferencia y el sueño comparten la locura de exigencia, de cumplimiento: realización y completamiento. En el sueño es imagen, en la transferencia se encarna; entonces, el poder transferencial se subraya. De ahí la importancia, como siempre, del análisis del analista. ♦

6 «La parte positiva de lo que llamamos transferencia [...] Y de hecho en muchos sueños que devuelven lo olvidado y reprimido no puede descubrirse ningún otro deseo pulsionante para la formación del sueño» (Freud, 1923/1986, p. 119).

REFERENCIAS

- Bollas, C. (1997). *La sombra del objeto*. Psicoanálisis de lo sabido no pensado. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1987).
- Casas de Pereda, M. (1995). De la lectura de un cuento de Juan Carlos Onetti «Un sueño realizado». *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 82, 159-166. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1388>
- Cortázar, J. (2004). La noche boca arriba. En *Cuentos completos/1*. Alfaguara. (Trabajo original publicado en 1956).
- Freud, S. (1978a). Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora). En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 7, pp. 7-108). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Freud, S. (1978b). *Tres ensayos de teoría sexual*. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 7, pp. 109-224). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Freud, S. (1986). Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 19, pp. 107-122). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- Freud, S. (2003). *De la historia de una neurosis infantil*. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 17, pp. 1-112). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1918).
- Freud, S. (2012). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vols. 4-5). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900).
- Horenstein, M. (2015). *Psicoanálisis en lengua menor*. Viento de Fondo.
- Mella, D. (2016). *El hermano mayor*. HUM.
- Onetti, J. C. (2009). Un sueño realizado. En *Cuentos completos* (pp. 71-86). Alfaguara. (Trabajo original publicado en 1941).
- Peixoto, J. L. (2009). *Historias de nuestra casa*. HUM.
- Pontalis, J. B. (1978). *Entre el sueño y el dolor*. Sudamericana.
- Pontalis, J. B. (2005). *Este tiempo que no pasa*. Topía.
- Rodrigué, E. (1996). *Sigmund Freud: El siglo del psicoanálisis*. Sudamericana.

El exceso del deseo: Una exploración interdisciplinaria de su potencia crítica y su apertura a lo común



JUAN ENRIQUE FERNÁNDEZ ROMAR¹

DOI: 10.36496/N142.A6

JUAN ENRIQUE FERNÁNDEZ ROMAR / ORCID: 0000-0001-5930-6512

RECIBIDO: MARZO DE 2026

ACEPTADO: ABRIL DE 2026

RESUMEN

Este ensayo explora la naturaleza del deseo desde su perspectiva más perturbadora, la del exceso. Se propone una nueva aproximación para pensarlo como una fuerza que desborda las lógicas del control, articulando miradas desde la filosofía, el psicoanálisis y la teoría política. En la época actual, en la que el deseo se gestiona como capital emocional, se reivindica su carácter desbordante como una forma de resistencia viva frente a los mecanismos que buscan gobernar la vida y sus afectos. Lo político del deseo se juega, así, en ese compartir lo que no puede poseerse del todo, en ese resto que escapa a toda representación. Desde esta perspectiva, el deseo se presenta como una energía creadora que atraviesa las normas fisurando los órdenes establecidos, abriendo grietas allí donde lo vivo, lo múltiple y lo imprevisible pueden volver a aparecer.

DESCRIPTOR CANDIDATO: EXCESO.

DESCRIPTORES: FALTA / DESEO.

1 Licenciado en Psicología y magíster en Psicología Social, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay. jfernandezromar@psico.edu.uy

ABSTRACT

This essay explores the nature of desire from its most unsettling perspective: that of excess. It proposes a renewed approach to understanding desire as a force that overflows the logics of control, intertwining insights from philosophy, psychoanalysis, and political theory. In our current age—where desire is managed as a form of emotional capital—its overflowing character is reclaimed as a living form of resistance against the mechanisms that seek to govern life and its affections.

The political dimension of desire unfolds precisely in the act of sharing what can never be fully possessed, in that remainder that escapes all representation. From this viewpoint, desire emerges as a creative energy that pierces through norms and fractures established orders, opening cracks through which the living, the multiple, and the unpredictable may once again come to light.

CANDIDATE KEYWORD: EXCESS.

KEYWORDS: LACK / DESIRE.

INTRODUCCIÓN

El deseo humano configura uno de los fenómenos más elusivos y constitutivos de nuestra experiencia vital en el mundo. Lejos de ser una variable psicológica o un impulso biológico decodificable, se expresa como un complejo entramado en el que se cruzan las dimensiones más íntimas de la experiencia subjetiva con las estructuras sociales y los dispositivos de poder que definen cada época histórica. Como señala Butler (1997), el deseo no puede ser comprendido al margen de las matrices de poder que lo constituyen, pues, siguiendo a Foucault, entendemos que el poder también forma al sujeto, que proporciona la condición misma de su existencia y la

trayectoria de su deseo. Entonces, el poder no es simplemente aquello a lo que nos oponemos, sino también, en un sentido profundo, aquello de lo que dependemos para existir y aquello que albergamos y preservamos en los seres que somos (p. 2). Su estudio exige necesariamente una mirada interdisciplinaria capaz de transitar los puentes posibles entre la psicología, la antropología y la filosofía, evadiendo cualquier reduccionismo que intente capturarlo en explicaciones unívocas.

Desde esta perspectiva transversal es que emerge con fuerza una característica básica del deseo que ha sido tanto fuente de fascinación como de temor: su inherente condición de exceso. Esta noción de exceso ha sido explorada desde múltiples ángulos. Para Deleuze y Guattari (1972/1985), el deseo presenta un carácter productivo y fluido que siempre excede las codificaciones sociales: «El deseo no carece de nada, no carece de su objeto. Es más bien el sujeto el que carece en el deseo; o el deseo carece de sujeto fijo» (p. 32). Este exceso no debería por esa razón ser entendido en términos patológicos como un simple desvío de la norma o un eventual residuo accidental en el funcionamiento del aparato psíquico.

Justamente, es la potencia inmanente del exceso lo que convierte al deseo en un principio de transformación universal. Allí donde el deseo se despliega, su propia fuerza interpela las identidades y las formas naturalizadas de vida, desajustando los equilibrios de lo posible y lo permitido, y con su inexorable movimiento crea fisuras en el presente para habilitar lugares donde la imaginación se vuelve acto. En el epicentro de la tensión entre fuga y creación, el deseo abre un horizonte de posibilidades de lo que todavía no existe, pero late. Aquello que insiste en ser, aunque todavía no haya encontrado la forma.

No obstante, afirmar el desborde del deseo no equivale a glorificar la transgresión por sí misma. No se trata de confundir potencia con provocación gratuita. Ir contra la norma, por sí solo, no garantiza ninguna forma de libertad. Como bien advierte Foucault (1978), decir *sí* al sexo no significa necesariamente decir *no* al poder (p. 157). Hay que tener cuidado con las formas en que la rebeldía se vuelve predecible, rentable o funcional al mismo sistema que dice cuestionar. Idealizar lo impulsivo o entregarse ciegamente al goce sin considerar su dimensión política puede ser —paradójicamente— otra forma de captura.

La apuesta, entonces, es otra. No se trata de liberar al deseo como si fuera un animal enjaulado, sino de reconocer en su desborde una fuente inagotable de interrogación. Ese plus que siempre queda fuera de los marcos explicativos —ese resto que no encaja— es, precisamente, lo que vuelve al deseo irreductible. Lo que no se puede simbolizar del todo, lo que no se puede domesticar sin pérdida, es también lo que mantiene abierta la posibilidad de transformación. En ese exceso se filtra lo real: lo que resiste ser dicho, pero insiste.

PERSPECTIVAS FILOSÓFICAS:

BATAILLE Y LA ECONOMÍA DEL DERROCHE

La idea de que en el deseo habita un exceso fundamental implica trascender radicalmente las concepciones que lo reducen a una simple necesidad biológica o a una carencia destinada a ser satisfecha. Implica, sobre todo, asumir que el deseo —especialmente en su manifestación erótica— se resiste tenazmente a ser encerrado en grillas conceptuales que apelan exclusivamente a la utilidad, a los instintos reproductivos o a una racionalidad instrumental que subordina al otro. Como señalaba Bataille (1949/1987): «El hombre no es solamente conservación y cálculo: es también derroche y exceso» (p. 45). El exceso se revela así como condición ontológica del deseo y, simultáneamente, como amenaza política latente que puede explotar en múltiples direcciones.

Desde una perspectiva filosófica, esta noción de exceso fue tematizada con extraordinaria profundidad por Bataille (1949/1987; 1957/1997), para quien el erotismo se vinculaba no con la mera conservación de la vida, sino con su gasto improductivo, un derroche sin finalidad práctica alguna. En su ensayo fundamental, Bataille (1957/1997) sostiene que el deseo sexual no puede reducirse a una función orgánica; en su núcleo más íntimo late una «pulsión de disolución», una tensión hacia la transgresión de los límites que estructuran al sujeto, al cuerpo y a la sociedad. El goce erótico, desde esta perspectiva, nos expone a una experiencia de desborde radical: desborde del yo, del lenguaje, de la ley. Como expresaba Bataille (1957/1997), «el erotismo es la aprobación de la vida hasta en la muerte» (p. 78), destacando así su carácter ambivalente que une creación y destrucción.

Esta concepción del deseo como exceso se inscribe en lo que él denominaba «economía general», opuesta a la economía restringida del cálculo utilitarista. Mientras que la segunda se ocupa de la producción y la conservación, la primera atiende al gasto y la pérdida. Como explica Derrida (1971), «Bataille piensa el exceso como aquello que desborda toda posibilidad de conceptualización totalizante» (p. 245). El deseo, en su dimensión erótica, participa en esta economía del derroche, en la que lo que está en juego no es la acumulación, sino la pérdida gozosa de los límites del yo. Sin embargo, esta noción de exceso ha sido sistemáticamente gestionada y recodificada a lo largo de la historia. Tanto la moral religiosa como las biopolíticas modernas han intentado neutralizar la potencia disruptiva del exceso, ya sea condenándolo como pecado mortal, incluyéndolo en las taxonomías patológicas de la psiquiatría o, en la actualidad, reconduciéndolo a la lógica del consumo masivo.

Como analiza Foucault (1978), «la sociedad victoriana no reprimió el sexo, sino que lo administró mediante una proliferación discursiva» (p. 89). El objetivo subyacente es siempre el mismo: domesticar la potencia disruptiva del deseo, reabsorber su exceso en lógicas de control y rentabilidad. Frente a estos intentos de domesticación, el pensamiento de Bataille (1930/1985) nos ofrece herramientas conceptuales para pensar la resistencia del deseo (p. 102). Su noción de «heterología» —ciencia de lo completamente otro— nos permite comprender cómo el exceso deseante escapa constantemente a las clasificaciones establecidas. Como señala Surya (2002) en su biografía intelectual de Bataille, «lo heterogéneo designa todo aquello que el pensamiento homogéneo no puede asimilar» (p. 156). El deseo, en su exceso, pertenece a este orden de lo heterogéneo: es lo que perturba todo sistema demasiado ordenado.

La influencia del pensamiento *batailleano* se extiende a numerosos autores contemporáneos. Nancy (2003), por ejemplo, retoma esta idea del exceso cuando afirma que «el cuerpo no es una sustancia cerrada sino un lugar de pasaje» (p. 34). Del mismo modo, Agamben (1998) explora las zonas de indistinción donde la vida escapa a las formas de captura soberana. Todos estos desarrollos teóricos coinciden en reconocer que hay en el deseo un resto irreductible que resiste toda apropiación completa.

La actualidad del pensamiento de Bataille (1949/1987) resulta particularmente evidente en el contexto de las sociedades de consumo. Como señala Baudrillard (1970/2009), «el consumo es hoy una ética, una institución, un sistema de valores total» (p. 112), que intenta absorber incluso las formas más transgresoras del deseo. Frente a esta absorción sistemática, la economía del derroche propuesta por Bataille (1949/1987) se mantiene como recordatorio de que hay dimensiones de la experiencia humana que no pueden ser completamente mercantilizadas. El exceso del deseo, pensado desde la perspectiva batailleana, se revela así, no como un defecto a corregir, sino como una posibilidad permanente de trascender los límites impuestos (pp. 25-31). Como concluye Bataille (1957/1997) de manera elocuente: «La transgresión no niega la prohibición, pero la sobrepasa y la completa» (p. 92). En este movimiento de superación que no es simple negación reside la potencia crítica del exceso deseante, su capacidad para mantener abierta la pregunta por lo humano, más allá de sus determinaciones funcionales.

EL DESEO EN EL CENTRO DE LA FALTA: UNA LECTURA DESDE EL PSICOANÁLISIS

En medio de los múltiples intentos históricos por domesticar el deseo, el psicoanálisis aparece como una voz incómoda pero persistente. No ofrece recetas para armonizar los impulsos ni promesas de resolución, sino una advertencia: el deseo no se deja atrapar. Siempre hay algo que se escapa, un resto que no se deja ordenar del todo. Lo que Lacan (1973/1987) llamó *lo real* —ese núcleo que ninguna palabra puede terminar de simbolizar— está justamente ahí: en el corazón del deseo, donde ninguna regla ni estructura consigue sellar la grieta. La propuesta lacaniana, lejos de ser un desvío esotérico dentro del psicoanálisis, es una vía directa para comprender lo que hace al deseo tan inestable como potente. Lacan insiste en que no deseamos objetos concretos porque nos falten, sino que deseamos porque, en lo más profundo, somos falta: «El deseo es una relación de ser a falta». No se trata de querer lo que no tenemos, sino de no saber del todo qué somos. Y esa incertidumbre, en lugar de paralizar, pone en movimiento.

Desde esta mirada, el deseo no apunta nunca a una satisfacción plena porque su objeto no es fijo. Cada vez que creemos alcanzarlo, algo se nos resbala entre los dedos. Esa es la función del famoso objeto *a* lacaniano: no es lo que se quiere, sino aquello que hace que el deseo siga en marcha. Como recuerda Fink (1995), el objeto *a* no es lo que falta, sino la causa del deseo, una especie de imán que atrae sin mostrarse por completo. Cuando Lacan (1973/1987) dice que «el deseo es deseo del Otro», no se refiere solo a relaciones amorosas. Está diciendo que, dentro de un lenguaje que no es del todo nuestro, lo que queremos está siempre atravesado por los discursos, los símbolos y las expectativas que vienen de afuera. Žižek (2000) lo retoma de forma brillante: el deseo del Otro no es tanto un contenido, sino una forma. Es el deseo mismo como pregunta, como desplazamiento, como escena que nunca se cierra del todo.

Este giro ya se insinuaba en Freud (1900/1979), para quien el sueño realiza de manera deformada un deseo inconsciente y el desear tiende a reinvestir una huella de satisfacción primera; y cobra toda su fuerza cuando Lacan (1973/1987) lo vincula con el lenguaje. El deseo queda atrapado en una cadena de significantes que lo empujan siempre más allá, que le impiden instalarse cómodamente en ningún objeto. Como señala Miller (1999), lo que un significante representa para otro no termina de definir al sujeto, sino que lo desborda. Por eso el deseo no se apaga. Vuelve. Insiste. Incluso cuando creemos haberlo resuelto, reaparece en otra forma, bajo otro nombre. En esa insistencia hay algo profundamente político. Porque si el deseo no puede cerrarse, tampoco puede administrarse por completo. Aquí es donde el psicoanálisis entra en diálogo con otras perspectivas sobre el exceso, como la de Bataille (1957/1997), pero desde otro ángulo: no se trata de una explosión puntual ni de una transgresión estética, sino de una estructura que se rehúsa a coincidir consigo misma.

Copjec (1994) lo dice con claridad: el exceso del deseo no es un accidente, sino parte de su funcionamiento. No es lo que falla, sino lo que sostiene al sujeto como tal. Esta lógica, llevada a su dimensión ética, implica que vivir no es buscar una satisfacción plena, sino no ceder ante el deseo. Lacan (1988) es tajante al respecto: «La única culpa es ceder en el deseo» (p. 334). No se trata de hacer lo que se quiere sin pensar. Se trata, más bien, de no silenciar lo que nos mueve.

En tiempos en que el capitalismo invita —insiste, incluso— a «realizar todos tus deseos», el psicoanálisis responde con una pregunta incómoda: ¿qué pasa cuando lo que se desea no puede realizarse? ¿Qué sucede cuando el deseo no encaja en el catálogo del consumo? Salecl (2010) lo expone con fuerza: vivimos en una paradoja en la que se nos empuja a desear libremente, pero se nos priva de condiciones reales para sostener un deseo propio. Desde esta perspectiva, el psicoanálisis no aparece como una forma de explicar el deseo, sino como una práctica que lo acompaña en su incompletud. Como propone Laurent (2015), frente a una gestión cada vez más minuciosa de la vida, el psicoanálisis insiste en mantener abierta la pregunta por el deseo. No por romanticismo, sino porque allí —en ese movimiento que nunca se detiene del todo— está el germen de algo que no se deja reducir ni al diagnóstico ni a la estadística.

Lacan (1983) lo sintetiza con una frase tan seca como luminosa: «El deseo es el deseo de nada nombrable» (pp. 333-334). En esa afirmación hay una apuesta ética: mantener vivo lo que no tiene nombre, lo que no se deja atrapar por las formas de lo establecido. Ese resto que siempre queda, eso que no cuadra, es también lo que hace posible la transformación, la invención, la diferencia.

LA HERENCIA CRISTIANA DEL DESEO: UNA GENEALOGÍA DE LA REPRESIÓN

Para comprender cómo se regula hoy el deseo, no basta con mirar lo contemporáneo. Es necesario abrir el campo y detenerse en sus raíces más profundas. La historia occidental del deseo sexual está marcada por una transformación decisiva: la irrupción del cristianismo. Allí donde el mundo grecorromano oscilaba entre el goce ritual y la búsqueda de un equilibrio racional, el cristianismo propuso un vuelco: convirtió el deseo en peligro y la carne en campo de batalla espiritual.

Foucault (1986) lo condensa con precisión: el cristianismo no añadió prohibiciones simplemente, sino que construyó un dispositivo nuevo, centrado en la vigilancia de la carne, la confesión de los deseos y la producción de sujetos que deben rendir cuentas de su intimidad. La lujuria dejó de ser un exceso social tolerado o ritualizado para convertirse en

la evidencia misma de una humanidad caída. Esta operación teológica encuentra en San Agustín (ca. 400/2025) una de sus formulaciones más potentes. En *Confesiones*, narra su lucha con un deseo que lo domina y que representa, para él, la herida profunda que el pecado original ha dejado en la carne humana. La libido, que no responde a la voluntad, se convierte en signo visible de la caída. No se trata solo de una inclinación desordenada, sino de una marca ontológica: el cuerpo que desea sin permiso del alma. «Este deseo me dominaba», escribe, «porque la voluntad perversa había precedido en mí».

Este modo de pensar el deseo no quedó en el plano teórico. Modeló prácticas, afectos y formas de vivir. El cuerpo —ese terreno ambiguo entre la gracia y la condena— debía ser entrenado, corregido, reducido. Ayunos, celibato, penitencias: una serie de ejercicios destinados a restablecer un supuesto orden anterior a la caída. Brown (1988) llama a estas prácticas «tecnologías de la renuncia»: operaciones constantes sobre el cuerpo y el alma destinadas a purificar lo que nunca termina de purificarse.

Durante la Edad Media, esta estructura se consolidó. Tomás de Aquino (ca. 1265-1274/2001, II-II, q. 153) organizó los pecados contra la castidad en una jerarquía minuciosa. La lujuria, aunque frecuente, ocupaba un lugar bajo en la escala del mal por atentar contra la razón, el bien supremo del ser humano, según su perspectiva. Señaló que la lujuria se opone «a la bondad de la razón, que es el bien propio del hombre». Aquí ya se insinúa una lógica que la modernidad retomará: la medicalización del deseo, su reducción a una desviación que debe ser entendida, corregida o tratada. Pero la represión cristiana no fue ciega. Tuvo género. La figura de Eva, como origen de la caída, consolidó una sospecha estructural sobre la sexualidad femenina. El deseo de la mujer pasó a ser visto como caos, amenaza, desorden. Pagels (1990) muestra cómo la lectura agustiniana del pecado original —centrada en la lujuria— tuvo consecuencias profundas en la teología sexual y en la construcción del género. La mujer no solo deseaba, hacía desear, y por eso debía ser contenida.

Este imaginario cobró una de sus formas más crudas en la caza de brujas en los siglos XVI y XVII. En esa escena de violencia sistemática, Federici (2010) encuentra una clave: la represión del deseo femenino no fue un exceso del dogma, sino parte de un nuevo orden patriarcal.

Un orden que necesitaba cuerpos obedientes, trabajo reproductivo vigilado y sexualidad bajo el control del Estado y de la iglesia. La bruja —deseante, autónoma, corporal— debía desaparecer.

Aun así, esta maquinaria no desapareció con la secularización. Como advierte Asad (1993), las disciplinas cristianas del yo no se desactivaron con la modernidad: simplemente cambiaron de formato. La confesión, por ejemplo, no dejó de existir. Se volvió introspección psicológica, testimonio público, autoexamen terapéutico. La obligación de decirlo todo sobre uno mismo —sobre lo que se desea, lo que se oculta, lo que avergüenza— persiste. Cambiaron los lenguajes, no la lógica. La herencia cristiana del deseo no se limita, entonces, a la prohibición. Es más profunda: construyó una forma de subjetividad basada en la vigilancia de sí, en la culpa por desear, en la necesidad de ordenar el amor hacia fines trascendentes. Como dice Foucault (1986), esa hermenéutica del deseo —ese impulso a explicarlo todo, a purificarlo todo— es uno de los legados más decisivos del cristianismo al mundo moderno.

Comprender esta genealogía no es un ejercicio de erudición. Es una forma de desnaturalizar lo que hoy parece «sentido común»: la idea de que hay formas correctas y formas equivocadas de desear, de que hay deseos legítimos y otros que deben corregirse, callarse o sanarse. Es una forma de recordar que la represión no empieza ni termina en los discursos médicos o terapéuticos actuales, sino que tiene una larga historia, cargada de miedos, mandatos y cuerpos que ardieron —a veces, literalmente— por desear mal.

LA DOMESTICACIÓN NEOLIBERAL DEL DESEO Y SU RESISTENCIA

En las sociedades contemporáneas, moldeadas por formas cada vez más sofisticadas de gobierno de la vida, se ha instalado un ideal de existencia por el que «estar bien» significa, ante todo, ser eficientes: emocionalmente estables, corporalmente optimizados y capaces de gestionar cada afecto como si se tratara de una inversión. En este marco, el deseo no desaparece, pero se le exige obediencia. Debe manifestarse sin perturbar, sin interrumpir la productividad ni generar incomodidades. Se espera que no duela mucho, que no incomode a nadie, que se exprese solo en los lenguajes aprobados, preferentemente con emojis y métricas de bienestar.

Como ha señalado Han (2012), vivimos bajo un régimen de positividad que ya no necesita censurar, simplemente ahoga. Bajo su influjo, el deseo no se reprime, sino que se gestiona, se edita, se embellece. El capitalismo emocional —concepto que Illouz (2007) desarrolla con agudeza— celebra el deseo siempre que este sea higiénico, predecible y rentable. Se promociona una sexualidad saludable, pero solo si es autocontenida, «libre», pero sin imprevistos, consensuada y también mercantilizable. La libertad de desear se convierte en la de elegir dentro de un catálogo.

Rose (2007), en su análisis de los nuevos modos de intervención sobre la vida, advierte que el cuerpo y la subjetividad ya no son simplemente vigilados: son laboratorios donde se ensaya permanentemente la optimización de lo viviente. El deseo, bajo esta lógica, es un recurso más. El sujeto se vuelve administrador de su libido, gestor de su capital afectivo, responsable último de su fracaso emocional o su éxito romántico. Sin embargo, esta aparente emancipación corre el riesgo de transformar el deseo en un deber: el de desear de manera correcta. Lo que alguna vez fue considerado una transgresión hoy puede presentarse como un curso de *mindfulness* erótico. Y si bien estos discursos han abierto puertas importantes —en términos de derechos, visibilidad y reconocimiento—, también han dado paso a una forma sutil de captura.

Como advierte Berardi (2009), la explotación se ha desplazado al terreno de lo sensible: ya no se trata solo del cuerpo que trabaja, sino del alma que produce sentido, del sistema nervioso que genera atención, del deseo que se vuelve plusvalor. Frente a este escenario, preservar el exceso del deseo no es un gesto de nostalgia ni una simple reacción, es una manera de cuidar aquello que no puede domesticarse del todo. Ese residuo que escapa, que incomoda, que no sirve para nada útil, pero que es fuente de invención y de apertura. Ese exceso se manifiesta en muchas formas: como interrupción estética —que desarma lo que parecía obvio—, como turbulencia política —que subvierte jerarquías afectivas— y como latido existencial —que nos recuerda que no todo puede decirse ni planificarse—. Como señala Rancière (2002), en el desorden de lo sensible se esconde una posibilidad de redistribución del mundo. La resistencia al control del deseo adopta diversas formas: desde gestos mínimos hasta formas radicales de organización afectiva. Las prácticas *queer*, tal como ha

demostrado la filósofa neomaterialista y posestructuralista Butler (2004), no solo redefinen identidades, sino que deshacen los límites mismos de lo que cuenta como vida vivible.

Lazzarato (2014) propone una idea provocadora: resistir es sustraerse, negarse a cumplir la deuda ontológica que el neoliberalismo impone a cada uno. No deber felicidad, no deber eficiencia, no deber coherencia. Lo interesante de esta resistencia es que no se queda en el *no*, no se reduce a oponerse. Su potencia está en la creación: en imaginar vínculos nuevos, placeres no codificados, temporalidades que no giran en torno al rendimiento. Bloch (1977) hablaba de ese impulso hacia lo que aún no es, esa reserva de futuro que habita en el presente. El exceso del deseo, en ese sentido, no es solo desborde, es también promesa. Nos permite vislumbrar mundos que no están hechos todavía, pero que podrían ser.

En tiempos en que incluso el deseo parece tener que pedir permiso para existir, sostener su parte indomesticable es, quizás, uno de los gestos más radicales que nos quedan. No se trata de celebrar el caos, sino de cuidar la grieta. Allí donde el deseo desborda, el orden se tambalea, y se abre un intersticio por donde puede colarse algo diferente. Algo que no rinde cuentas, pero hace sentido.

CONCLUSIONES

El deseo, su exceso y la insistencia de lo posible

A lo largo de este recorrido, en el que se han entrelazado perspectivas filosóficas, psicoanalíticas e históricas, se ha hecho visible una idea que late en cada pliegue del deseo: su carácter excesivo no es un desvío ni una falla, es su modo de estar en el mundo. El deseo no encaja del todo, no obedece, siempre deja un resto que incomoda, que no puede ser reducido ni a cálculo ni a protocolo. Es precisamente allí —en esa sobra que no se deja nombrar ni dominar— donde reside su potencia más intensa.

Desde los discursos religiosos que lo condenaron como signo de una carne corrupta hasta los lenguajes terapéuticos y emocionales que hoy lo administran como un recurso que hay que saber usar, el deseo ha sido objeto de vigilancia persistente. Pero también ha sido, a lo largo del tiempo, una grieta, un movimiento, una forma de salirse del guion. Lo que este

trabajo ha querido mostrar no es una cronología de prohibiciones, sino la manera en que el deseo insiste, incluso cuando todo parece dispuesto para neutralizarlo. En el mundo actual —saturado de discursos sobre bienestar, autenticidad y gestión emocional— el deseo ha sido reformulado como un bien que debe rendir. Se lo estimula, sí, pero bajo condiciones: que no incomode, que no fracase, que no exceda lo previsto. Sin embargo, esa lógica de control se ve desbordada una y otra vez. Porque el deseo, cuando no se somete del todo, se convierte en una forma silenciosa de resistencia. Persistente, creativa, a veces visible, otras veces no tanto, pero siempre presente.

En esa línea, la imposibilidad de una satisfacción plena —que el psicoanálisis ha sabido poner en palabras con tanta precisión— no es una condena, es una invitación. Nos recuerda que no todo deseo puede o debe cumplirse, que hay algo en su estructura que empuja hacia lo inacabado, hacia lo que aún no se ha dicho ni vivido, que, como bien vio Bataille (1949/1987), el deseo también es gasto, derroche, pérdida. Y que en esa pérdida hay posibilidad.

Al mirar hacia atrás, hacia las raíces cristianas de nuestra relación con el deseo, también entendemos mejor por qué sigue siendo necesario hablar de él. No porque no se lo nombre —se lo nombra todo el tiempo—, sino porque buena parte de lo que se dice sobre el deseo aún lleva consigo marcas de ese viejo régimen de culpa, control y sacrificio. Aun hoy, muchas de nuestras formas de hablar del cuerpo, del amor, de lo íntimo, siguen organizadas por mandatos que vienen de lejos.

Pero también existen otras formas. Lugares donde el deseo se escapa, comunidades que ensayan otras maneras de vivirlo, prácticas artísticas que lo sacan de los moldes, vínculos que no buscan ordenarse según lo útil, sino que nacen de lo que todavía no tiene nombre. Allí, en esos espacios a veces frágiles, a veces intensamente vitales, se juega algo más que una mera alternativa. Se ensaya una forma distinta de estar con los demás, de habitar el cuerpo, de vivir el tiempo. Lo que queda abierto al final de este texto no es un cierre, sino una continuidad. Hay preguntas que merecen seguir haciéndose: ¿qué sucede con el deseo cuando se encuentra con las nuevas tecnologías? ¿De qué forma se reorganiza el exceso en contextos culturales no occidentales? ¿Qué formas adopta hoy esa resistencia que no se deja absorber del todo?

Este trabajo no pretende ofrecer respuestas definitivas. Más bien busca dejar en evidencia que el deseo no es solo una fuerza íntima, sino también una fuerza política. No solo algo que se siente, sino algo que —cuando desborda— tiene la capacidad de transformar, de sacudir, de abrir. No se trata de festejar cualquier transgresión ni de negar la complejidad de lo afectivo, sino de algo más fino: de cuidar el exceso, de proteger esa parte del deseo que no pide permiso, que aparece de pronto, que no encaja y que, justamente por eso, nos recuerda que otros mundos aún son posibles. ♦

REFERENCIAS

- Agamben, G. (1998). *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Pre-Textos.
- Asad, T. (1993). *Genealogies of Religion. Discipline and Reasons of Power in Christianity and Islam*. Johns Hopkins University Press.
- Bataille, G. (1985). The use-value of D. A. F. de Sade (An open letter to my current comrades). En A. Stoekl (Ed.), *Visions of excess: Selected writings, 1927-1939* (pp. 91-102). University of Minnesota Press. (Trabajo original escrito ca. 1930).
- Bataille, G. (1987). *La parte maldita*. Icaria. (Trabajo original publicado en 1949).
- Bataille, G. (1997). *El erotismo*. Tusquets. (Trabajo original publicado en 1957).
- Baudrillard, J. (2009). *La sociedad de consumo*. Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1970).
- Berardi, F. (2009). *El alma sobre el capitalismo*. Melusina.
- Bloch, E. (1977). *El principio esperanza*. Aguilar.
- Brown, P. (1988). *The Body and Society. Men, Women, and Sexual Renunciation in Early Christianity*. Columbia University Press.
- Butler, J. (1997). *The Psychic Life of Power. Theories in Subjection*. Stanford University Press.
- Butler, J. (2004). *Undoing Gender*. Routledge.
- Copjec, J. (1994). *Read my Desire: Lacan Against the Historicists*. The MIT Press.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (1985). *El anti Edipo*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1972).
- Derrida, J. (1971). *De la gramatología*. Siglo XXI.
- Federici, S. (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Traficantes de Sueños.
- Fink, B. (1995). *The Lacanian Subject: Between Language and Jouissance*. Princeton University Press.
- Foucault, M. (1978). *Historia de la sexualidad, 1: La voluntad de saber*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1986). *Historia de la sexualidad, 3: La inquietud de sí*. Siglo XXI.
- Freud, S. (1979). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 4, pp. 1-343). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900).
- Han, B.-C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder.
- Illouz, E. (2007). *Intimidades congeladas*. Katz.
- Lacan, J. (1983). *El seminario. Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Paidós.
- Lacan, J. (1987). *El seminario. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, 1964*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1973).
- Lacan, J. (1988). *El seminario. Libro 7: La ética del psicoanálisis, 1959-1960*. Paidós.
- Laurent, É. (2015). *El reverso de la biopolítica*. Gredos.

- Lazzarato, M. (2014). *El gobierno de la deuda*. Amorrortu.
- Miller, J.-A. (1999). *Los signos del goce*. Paidós.
- Nancy, J.-L. (2003). *Corpus*. Arena Libros.
- Pagels, E. (1990). *Adán, Eva y la serpiente: Sexo y política en la antigua cristiandad*. Crítica.
- Rancière, J. (2002). *La división de lo sensible*. Centro de Arte de Salamanca; Consonni.
- Rose, N. (2007). *The Politics of Life Itself*. Princeton University Press.
- Salecl, R. (2010). *La tiranía de la elección*. Sequitur.
- San Agustín. (2025). *Obras completas II: Las confesiones* (Á. C. Vega, Trad.; 3.ª ed.). BAC. (Obra original publicada ca. 400).
- Surya, M. (2002). *Georges Bataille, la muerte obra*. Arena Libros.
- Tomás de Aquino. (2001). *Suma de teología*. BAC. (Trabajo original publicado ca. 1265-1274).
- Žižek, S. (2000). *Mirando al sesgo. Una introducción a Jacques Lacan a través de la cultura popular*. Paidós.

La escucha del silencio



CORINA NIN¹

DOI: 10.36496/N142.A7

CORINA NIN / ORCID: 0009-0007-0150-4234

RECIBIDO: ABRIL DE 2026

ACEPTADO: JUNIO DE 2026

RESUMEN

El texto propone abordar el desamparo desde una perspectiva psicoanalítica y sociocultural, retomando el concepto freudiano de *hilflosigkeit* como condición fundante del sujeto. Sostiene que cada época expresa el desamparo de modo singular, articulando lo subjetivo y lo social en una lógica de extimidad. A partir del análisis de discursos mediáticos y escenas contemporáneas, se plantea que la repetición de ciertos significantes —como la inseguridad— remite a un terror no simbolizado que reactiva lo siniestro y lo intolerable, favoreciendo mecanismos de exclusión y proyección. El trabajo introduce el problema del silencio, tanto como efecto del terror que paraliza y enmudece como posible operador ético y estructurante. Se distinguen dos formas: un silencio simbólico, ligado a la alternancia presencia/ausencia, que funda la estructuración psíquica, y un silencio primordial, asociado a la nada constitutiva del sujeto. En este marco, la voz, el grito y sus formas rudimentarias son pensados como llamados al Otro que, al ser escuchados, posibilitan la emergencia del lenguaje y del lazo social. Por medio de ejemplos clínicos, sociales y culturales, el texto reflexiona sobre el lugar del analista frente al sufrimiento contemporáneo, subra-

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay.
corinanin@gmail.com

yando la necesidad de no callar ante el horror. Se concluye que dar palabra al silencio implica reconocer el desamparo, habilitar su elaboración y promover una ética que articule lo singular con lo político, evitando la deshumanización del semejante y abriendo posibilidades de simbolización y responsabilidad ética.

DESCRIPTORES: DESAMPARO / VOZ / GRITO / TERROR / LAZO SOCIAL.

ABSTRACT

The paper approaches helplessness from a psychoanalytic and sociocultural perspective, drawing on Freud's concept of *Hilflosigkeit* as a foundational condition of subjectivity. It argues that each historical period expresses helplessness in a singular way, articulating the subjective and the social through a logic of «extimacy». Based on the analysis of media discourses and contemporary social scenes, it proposes that the repetition of certain signifiers—such as insecurity—points to an unsymbolized terror that reactivates the uncanny and the intolerable, fostering mechanisms of exclusion and projection. The paper introduces the problem of silence, both as an effect of terror that paralyzes and renders speech impossible and as a potential ethical and structuring operator. Two forms of silence are distinguished: symbolic silence, linked to the alternation of presence and absence that underlies psychic structuring, and primordial silence, associated with the constitutive nothingness of the subject. Within this framework, the voice, the cry, and their rudimentary forms are conceived as calls to the Other that, when heard, make possible the emergence of language and the social bond. Through clinical, social, and cultural examples, the paper reflects on the analyst's position in relation to contemporary suffering, emphasizing the need not to remain silent in the face of horror. It concludes that giving voice to silence entails

recognizing helplessness, enabling its elaboration, and promoting an ethics that articulates the singular and the political, thereby avoiding the dehumanization of others and opening possibilities for symbolization and ethical responsibility.

KEYWORDS: ABANDONMENT / VOICE / SCREAM / TERROR / SOCIAL BOND.

Pensando en algún material para la revista me encontré con este texto escrito para el Congreso de la APU, «Desamparo: Perspectivas psicoanalíticas y socioculturales», de 2018. Para mi sorpresa, el tema tiene tanta o más vigencia que cuando lo escribí, así que pensé en dejarlo como fue desarrollado y dejo a manos del lector los posibles enlaces y conexiones con el momento actual.

EL DESAMPARO: VERTIENTES QUE CONFLUYEN

El congreso propone pensar en el desamparo en su perspectiva psicoanalítica y sociocultural. El concepto precursor y fundante de *hilflosigkeit* de Freud (1950/1996) nos abre caminos para pensarlo. Cada época sobrelleva y pone de manifiesto la expresión de su desamparo con particularidades propias de su tiempo y contexto. Cada ser humano ha vivido en mayor o menor medida su propio desamparo, en particular por su carácter fundante. Pero cada *polis* toma ciertos rasgos de este para poner de manifiesto aquellos temores externos que hacen singular eco en cada sujeto.

En la escritura siguiente trataremos de darle unidad al planteo del congreso. Es decir, cuánto de lo que percibimos como sociedad toca aspectos subjetivos que incluyen y permiten conceptualizar el entrecruzamiento de lo social y lo singular, cinta de Moebius que enlaza y da cuerpo al concepto de *extimidad*; exterioridad íntima de Lacan (1988).

Tomándoles el pulso a las noticias más relevantes del momento, pensaremos en cómo podemos dar lugar a aquello que *aterra* y no se meta-boliza, situando al *silencio* como posible entrega ética del ejercicio propio del lazo social.

LA REPETICIÓN DE LA INFORMACIÓN

Conectados a cierto tipo de información que circula una y otra vez, repetitivamente en las noticias y comentarios de la gente, se podría decir que los uruguayos estamos *desamparados*, que nos encontramos *aterrados* por la *inseguridad*. Como plantea Lacan (2007), aterrado significa «abatido, caer por tierra». Su etimología incluye el terror (p. 35). El terror está vinculado con aquello que la estructura psíquica no puede tramitar, el pavor de lo desbordante que no se puede simbolizar, aspecto que también teoriza Bion (1962) como «terror sin nombre», desde concepciones diferentes pero con elementos comunes.

Retomando la punta de la madeja de la noticia mencionada, nos preguntamos: ¿de qué terror y de qué inseguridad estaremos hablando tan insistentemente? Su insistencia, su reiteración, nos permite pensarlo como aquello que no podemos gestionar, elaborar, dar lugar, en cuanto roza, hace eco, con el desamparo y lo siniestro. A su vez, nos lleva a considerar lo que Freud (1915/1978) planteaba: el niño incorpora lo que le da placer y expulsa, arroja fuera del yo, lo que genera displacer, sintiéndolo como algo hostil o ajeno (p. 131). Es un mecanismo primitivo presente en la exclusión y la intolerancia. En particular, nos detendremos a pensar en su posible consecuencia: el silencio. Nos preguntaremos cómo dar lugar a la palabra, a su circulación, para no dejar «caer por tierra», considerando un posible engarce ético-estructural. Freud (1915/1996) echa luz sobre este aspecto cuando dice: «Hemos manifestado la inequívoca tendencia a hacer a un lado a la muerte, a eliminarla de la vida. Hemos intentado *matarla con el silencio*» (p. 290).

Leo en el diario una noticia sobre mi barrio. El alcalde escribe que aumentaron los indigentes y que, entre el bien personal y el de la comunidad, resguardará el último. La comunidad se queja de que ocupan lugares públicos y no se puede caminar con tranquilidad. Recordando las representaciones lúdicas de un paciente niño, lo llamaría el «efecto zombi». Los

zombis, las sombras ominosas que salen a la luz, no quedan resguardados en sus refugios-tumbas para que podamos sentirnos seguros. Trabajan de cuidacoches y se muestran. Los vemos, nos aterran. Miro otra noticia de Siria en YouTube. Un niño herido en un bombardeo se encuentra solo, perdido de su familia. En el hospital en donde se encuentra, pregunta con extrema angustia a la enfermera que está a su lado por sus hermanos, que ya no los vio más. «¿Voy a morir, señorita?». Ella, con un tono muy cercano y suave, le transmite que allí estará protegido, que está en un hospital y que lo van a cuidar. A los pocos segundos de haberse filmado ese diálogo, vemos estallar una bomba dentro del hospital. En una nube de polvo se ve a las madres y enfermeras desesperadas tratando de sacar a los bebés de las incubadoras. Al niño no se lo ve más. ¿Amparo imposible? Vuelvo a pensar en el silencio.

Me propuse buscar material desde el psicoanálisis sobre el silencio y me encontré con un interesante artículo de Segal (1985) de casi 40 años, en el que hace un llamado a pensar y no silenciar los efectos de la bomba atómica o de cómo los gobiernos se preparan para la guerra (p. 1327). Plantea que en estas situaciones límite no se trata de los deseos de muerte o el miedo a la muerte propio de lo edípico, sino de la potencialidad de aniquilar al ser humano en un mundo de omnipotencia primitiva donde el terror está asociado a ello.

Sigue el pensamiento de Lifton que sostiene que la aniquilación atómica destruye la posibilidad de la supervivencia simbólica:

En la muerte natural, o incluso en la guerra convencional, los hombres mueren con el convencimiento de sobrevivir simbólicamente en sus hijos, nietos [...] La perspectiva de la muerte en una guerra atómica deja un vacío inimaginable y produce un terror de distinto tipo [...] Confrontados con el terror real de la aniquilación, [recurrimos] a la negación: “no ocurrirá...”. También se hace una regresión [...] que *excluye la empatía, la compasión y la preocupación*. No solo se hace al enemigo infrahumano, sino que se convierte a la gente en números [de víctimas]. Se incrementa *la fragmentación de la responsabilidad* (Segal, 1985, pp. 1327-1328).

Más adelante, Segal (1985) expresa que vivimos en una peculiar combinación de desamparo, terror y omnipotencia y que, confrontados con

el terror de los poderes de la destructividad, nos evadimos de nuestra responsabilidad por medio del mecanismo de la proyección. Se pregunta entonces qué podemos hacer como analistas: «Nosotros psicoanalistas, que creemos en el poder de la palabra y en los efectos terapéuticos de verbalizar la verdad, no debemos permanecer callados» (p. 1335). Dice también: «Si no caemos en el silencio, evitaremos “el auténtico crimen”» (p. 1335).

La imagen del niño sirio vuelve: cómo poder dar la posibilidad de la palabra al pequeño, al desamparo radical y a través de él a los silenciados, sin voz. Pero en este momento solo es posible por medio de su *evocación* (darle voz) y de la posibilidad de hacerlo presente en este congreso. Entonces, ¿cómo *ponerle palabras al silencio*? Desde nuestra disciplina, ¿cómo articularlo metapsicológicamente?

Dejaremos entonces el silencio que aterra, enmudece y paraliza, para considerarlo eje estructural y estructurante, corrimiento que tiene la intención de ubicarlo en otra escena elaborativa. Pensaremos entonces en *dos tipos de silencio*. Aquel que se articula como eje de la simbolización: entre silencio y voz, el interjuego rítmico de lo simbólico, que se constituirá en un llamado al Otro en la medida en que exista el semejante auxiliador que lo escuche como demanda. Y el silencio primordial, que vertebra al sujeto, que refiere al *silencio de la nada* de Heidegger, núcleo central que nos constituye, punto medular de la cura.

EL SILENCIO COMO EL REVERSO DE LA VOZ

Dolar (2007) plantea que el silencio funciona como el negativo de la voz, como su sombra, su reverso y luego como algo que puede evocar la voz en su forma pura. Plantea diferentes tipos de silencio, pero tomaremos uno de ellos:

Un silencio simbólico, silencio que define lo simbólico como tal. Lo simbólico en su mínima expresión es reductible a una alternancia de presencia y ausencia [...] es el ritmo mismo de lo simbólico, su condición interna, y como tal contribuye a los significados como a los fonemas (p. 179).

La oposición entre algo y nada, entre la presencia de un rasgo y su ausencia, en la medida en que todos los rasgos son diferenciales, sugiere considerar a la ausencia como parte de la estructura. El silencio como elemento constituyente de la voz.

En otro trabajo planteamos que cuando el paciente queda sin palabras en el análisis, ruidos apenas audibles, que pueden ser corporales, interjecciones, suspiros, muecas, gestos, serían expresión de la angustia en búsqueda de una estructura, de encontrar un engranaje perdido y de un llamado al Otro:

La voz, incluso “el hilo de voz” sin palabra, mucho antes que la palabra, los ruidos o interjecciones, pueden ser transformados en demanda al ser escuchada por el analista. Las “voces fisiológicas” serán “rudimento” de un llamado, incluso de significación, en la medida que no significan nada, aún. La voz presenta el habla reducida a *rasgo mínimo*, que por serlo ya marca estructura, moldura que hará posible el surgimiento del significante (Filgueira & Nin, 2016).

Los *hollers* (en inglés, grito, chillido), «grito del campo», eran sonidos de una nota que emitían los esclavos en los campos de algodón de Estados Unidos ante su soledad y absoluto desamparo. Solo podían emitir un fonema que golpeaba el silencio. Los entendidos dicen que su transcripción al pentagrama es casi imposible. A veces era solo una nota que se hacía vibrar colocando el dedo índice en la garganta. Más adelante, tuvo fuerte influencia en el origen del blues.

Oh, Oh... I won't be here long
Oh, Oh... dark gonna catch me here...
Dark gonna catch me here.

Oh, Oh... no estaré aquí por mucho tiempo
 Oh, oh... la oscuridad va a atraparme aquí...
 La oscuridad va a atraparme aquí (Grito de campo, 2024).

Este texto fue escrito en 1939 por el artista de blues Thomas Marshall, quien recoge de los *hollers* sus sonidos y los traslada a su música. El ar-

tista pone también palabras a su chillido invocante para intentar acallar aquel dolor que redime en su escucha y en su transformación en cuanto respuesta sublimada.

El grito es el primer señuelo con que el *infans* atrae la mirada del Otro. El grito atañe a lo primario del sujeto en su relación al Otro. En situaciones límite, la angustia podrá ser expresada en un grito extremo de dolor. Cuando no siempre halla respuesta, irrumpe con él en un último intento desesperado de conmover con su llamado. En su punto límite, el grito es un desgarró de dolor proferido a un Otro. Es el grito *holler*.

Conmovere en latín describe el acto de sacudir violentamente algo, agitar la tierra o poner en marcha un gran movimiento. El grito es un «sonido inarticulado». Podemos decir entonces que a través del grito se pone de manifiesto lo inarticulado del sujeto, lo que no alcanza a articular en discurso. El grito, cuando es escuchado, es esa manifestación esencial que le permite al sujeto inferir sobre el dolor de los otros, de sus semejantes. Freud (1950/1996) lo afirmaba en *Proyecto de psicología*. Cuando ubica al grito en el origen de la constitución del complejo del prójimo, dice:

El prójimo [...] es simultáneamente el primer objeto-satisfacción y el primer objeto hostil, así como el único poder auxiliador. Sobre el prójimo, entonces, aprende el ser humano a discernir [...] si grita, despertarán el recuerdo del gritar propio y, con ello, de vivencias propias de dolor (pp. 376-377).

Movimiento que lo ensambla al otro auxiliador, dirá Freud (1950/1996), así como lo reconducirá a las vivencias de su propio cuerpo. En el grito, el lactante es idéntico a la necesidad. Lacan (1999) dirá que la madre interpreta al grito «sobre el plano del deseo [...] el Otro va a dar la dimensión de deseo al grito de la necesidad [...] el deseo del niño será el resultado de una interpretación subjetiva en función del deseo maternal, de su propio fantasma». Es la respuesta del Otro que dota al *infans* de los artificios de la palabra. El mismo instrumento que emitía balbuceos, alaridos y gritos servirá, a su vez, a los fines del ejercicio de la palabra.

Cuando la madre se dirige al *infans* y juega al eco (en un ritmo de sonido, silencio y reiteración), solicitándole que pronuncie los primeros

vocablos, se genera un interjuego que da inicio a la vocalización. Esta demanda promueve en el niño la habilitación de la voz para hacerse escuchar en la emergente articulación de la palabra. Es un tiempo instituyente, tiempo de lo invocante, en que la incorporación de la voz hará posible la articulación del deseo, anudado ya indisolublemente a los significantes.

El bebé en sus *laleos* o balbuceos se oye decir. Esto, según Dolar (2007), puede verse como una fórmula elemental del narcisismo que se necesita para producir la forma mínima de un yo. Plantea entonces que oírse precede al reconocimiento de sí en el espejo, lo que Kaja Silverman llamará «espejo acústico». Es el núcleo de la conciencia con anterioridad a cualquier reflejo o reflexión (p. 54).²

Agregaría que no hay voz sin el Otro. El «espejo acústico», concepto que retomo por su particular valor clínico, será posible en un encuentro de voces. Los rudimentarios sonidos serán transformados si existe Otro que se sienta convocado. *Vocare* proviene del sustantivo latino *vox*, convocado a dar voz, don del Otro que provee al niño de la potencialidad de la palabra. En un inicio podrán ser fonemas, rasgos diferenciales, notas, vocalizaciones, tonalidades, pausas, ritmos, tempos, compases, silencios. Por tanto, el silencio estará presente en los avatares propios de la simbolización, en la alternancia de presencia/ausencia, en la particularidad de la diferencia. Será entonces un silencio constituyente.

En el caso de los *hollers*, podríamos pensar este espacio como un *entre*, entre el sonido y el silencio, entre las cadenas y el corte, el fonema y el grito, entre la búsqueda del lazo y el desamparo. El des-garro (sin agarre) en cuanto llamado que en ellos no siempre obtuvo respuesta.

EL SILENCIO PRIMORDIAL

Para Kovadloff (1993), existe en el hombre una necesidad primaria de rehuir la desnudez ontológica. Este autor lo señala como un deseo: «El dejar de estar expuesto, ocasionalmente, a esa intemperie ontológica, tampoco

2 Winnicott (1972) hace referencia al espejamiento visual y acústico como elemento esencial para el narcisismo primario y la formación del Yo.

puede dejar de impugnarla, de rechazarla, de rebelarse contra su predominio» (p. 81). Vamos a citar *in extenso* a Kovadloff para preservar su estilo, su lenguaje. Basándose en los escritos de Heidegger, tomará el concepto de la nada, que luego llamará silencio primordial:

La esencia de esta nada originariamente anonadante es: que lleva, al existir, por vez primera, ante el ente en cuanto tal [...] Existir significa: estar sosteniéndose dentro de la nada. [...] Sin la originaria patencia de la nada ni hay mismidad ni hay libertad (p. 17).

Es este silencio el que nutre la cura y donde asienta su posibilidad de efecto.

Es el silencio de la propia y extrema alteridad, de la *indigencia* radicalizada del yo. Es el silencio vertebrador del sujeto antes que el silencio vertebrado por él. El silencio primordial es, pues, el de una ausencia originaria: la que impide al hombre sentirse totalizado (Kovadloff, 1993, p. 41).

La perspectiva de Kovadloff (1993) apunta al «silencio extremo», que al ser vivenciado en su desnudez, «aniquila tanto la palabra encubridora como el silencio encubridor» (p. 51). Es a partir de allí que el silencio devuelve la palabra al paciente:

Al retornar a la palabra desde el silencio medular, el paciente no se manifiesta como quien anhela entender sino como quien consiste en lo que ha entendido. Instante supremo de la cura [...] al permitir que se reconozca en su básica condición de carente, en lugar de hacerlo mediante la negación de esa carencia (p. 20).

Un dolor de superficie es diferente del dolor íntimo que carece de contenidos biográficos, porque, en cierto sentido, el dolor íntimo es siempre impersonal. Se trata de aquellos momentos donde se accede al dolor de fondo, el del sujeto anonadado que encuentra el dolor primario de ser. En este punto habría una renuncia decisiva: la de una representación abarcadora o exhaustiva. El acto analítico consistiría en «el derrumbe de una

representación plena» construida por el silencio que calla o por la palabra que encubre: «En el estruendo de ese derrumbe consiste el silencio de la cura» (p. 22).

El lenguaje poético de Kovadloff (1993) se condensa luego en un enunciado inequívoco: «Curarse siempre querrá decir hacerse responsable. ¿De qué? Del preguntar como lo huérfano de respuesta. De la existencia asumida como el perpetuo interrogar por el sentido ausente» (p. 55).

RETOMANDO LA PREGUNTA INICIAL

Tomaremos como ejemplo extremo el cuadro de *Edvard Munch, El grito*. Encontramos un efecto paradójico en esta obra. La figura evoca un grito silencioso, nadie lo puede oír, pero es un gesto dado a ver. La boca que marca lo ominoso del mayor desencuentro, del mayor desamparo: es la del gesto dado a ver en una expresión de terror sin posibilidad de respuesta. ¿Qué podríamos hacer frente al cuadro más que repetir la escena? Es un grito no sonoro, es expresión o llamado, pero imposible de obtener respuesta, es un movimiento congelado en un presente que solo permite evocar lo ominoso de un grito sin voz (como sucede a veces en las pesadillas). El cuadro nos enfrenta a la mayor desolación, al silencio que no permite respuesta más que congelar la imagen en el otro que no puede espejarse, en la medida en que es un llamado silenciado.

Lispector (1988) dirá: «Ese silencio [...] es terrible, sin fantasmas [...] está vacío y sin promesas». Por eso la propuesta de este trabajo de darle lugar, voz y discurso al silencio —tomando situaciones del entramado social— a quienes por diferentes circunstancias han padecido el desamparo radical, expulsivo, sin que surgiera una respuesta del otro/Otro social que genere lazo, un amarre discursivo que los ubicara en otro posible marco, otra escena, tomando como soporte nuestra extimidad constitutiva. En particular, reconocer que la exclusión, el odio a lo extraño, extranjero, lo diferente, sería aquella parte interna intolerable que se proyecta en él dándole un cariz de enemigo inasimilable.

Viñar (1998) plantea que para justificar el odio y la exclusión social el discurso social lo deshumaniza, convirtiéndolo en una «amenaza», lo que facilita la violencia simbólica o física. Los *hollers* nos muestran una alter-

nativa diferente porque algunos escucharon sus sonidos y así, la creación, sublimación mediante, ese dolor del alma pudo transformarse en música, elevarlo a la dignidad de la Cosa, diría Lacan (1988, p. 138).

Quizás mi evocación del niño sirio o de los desamparados, representantes de otras tantas situaciones en donde el ser humano queda apoderado por el terror, permita en el reconocimiento de su dolor y de su exterminio, por un lado, y de la potencialidad de destructividad humana, por otro, poner palabras al silencio que enmudece, que nos aterra y paraliza y que va de la mano de la omnipotencia de aquellos que sienten posible el aniquilamiento sin límites.

Psicoanalistas como Marcelo Viñar y Daniel Gil **nos permiten un engarce más, ya que** han profundizado en la concepción de semejante-enemigo como parte de nuestra propia constitución psíquica. Expulsión de lo extranjero versus aceptación del semejante, como dualidad intrínseca en el sujeto, considerando *un aspecto sustancial de nuestra práctica*, pues es *pasible de ser trabajada en el trabajo analítico*, sostén de nuestra ética (Gil, 2015; Viñar, 1998).

Para finalizar, y ya en 2026, agrego —a modo de recuerdo y reconocimiento a nuestro maestro— sus palabras que iluminan y aún mantienen viva la llama de su creación:

¿Cómo se pasa del amor por anexión —que promueve los necesarios vínculos especulares y fusionales— a tolerar la alteración que nos provoca el diferente y al trabajo psíquico de su elaboración, que permite su reconocimiento y legitimación? (Viñar, 2021, p. 197).

Nuestra práctica y reflexión no pueden contentarse o limitarse a la perlaboración de los conflictos internos y del erotismo, debe también acompañar a nuestros pacientes a explorar su condición de ciudadanos, con los recaudos que Freud prescribe en sus nociones de neutralidad y abstinencia, *porque los síntomas y conflictos internos deben tomar en cuenta el marco sociopolítico donde se producen* (p. 200). ♦

REFERENCIAS

- Bion, W. R. (1962). *Aprendiendo de la experiencia*. Paidós.
- Dolar, M. (2007). *Una voz y nada más*. Bordes Manantial.
- Filgueira, M., & Nin, C. (2016). Geografía emotiva [Ponencia]. Congreso de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay: El cuerpo, Montevideo, Uruguay.
- Freud, S. (1978). Pulsiones y destinos de pulsión. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 14, pp. 105-134). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1996). De guerra y muerte: Temas de actualidad. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 14, pp. 273-302). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1996). Proyecto de psicología. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 1, pp. 323-390). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1950).
- Gil, D. (2015). *Paco Espínola. La violencia y la piedad. Una contribución al estudio de las mentalidades*. Banda Oriental.
- Grito de campo. (2024, 26 de mayo). En *Wikipedia*. https://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Grito_de_campo&oldid=160348465
- Kovadloff, S. (1993). *El silencio primordial*. Emecé.
- Lacan, J. (1988). *El seminario. Libro 7: La ética del psicoanálisis, 1959-1960*. Paidós.
- Lacan, J. (1999). *El seminario. Libro 9: La identificación* [Versión inédita de circulación interna]. Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Lacan, J. (2007). *El seminario. Libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Paidós.
- Lispector, C. (1988). *Silencio*. Grijalbo.
- Segal, H. (1985). El silencio es el auténtico crimen. *Revista de Psicoanálisis*, 42(6), 1323-1335.
- Viñar, M. (1998). *¿Semejante o enemigo? Entre la tolerancia y la exclusión*. Trilce.
- Viñar, M. (2021). YO/otro/OTRO/Semejante-enemigo. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 132, 192-200. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/15>
- Winnicott, D. W. (1972). *Realidad y juego*. Gedisa.

Supervisión y transmisión en la práctica analítica: algunas experiencias¹



CAROLINA BAIGORRIA² / ELIZABETH JORGE³

DOI: 10.36496/N142.A8

CAROLINA BAIGORRIA / ELIZABETH JORGE

ORCID: 0009-0003-4856-4550 / ORCID: 0000-0002-6770-3478

RECIBIDO: ABRIL DE 2026

ACEPTADO: MAYO DE 2026

RESUMEN

La supervisión puede ser definida de distintos modos. Sin embargo, hay acuerdo en considerarla un espacio apropiado para la revisión de la práctica analítica y de sus obstáculos. Si bien es una práctica que ha logrado la institucionalización dentro de los procesos de formación para devenir analistas, no es tan claro cuál es el modo de ejercerla, es decir, la función del supervisor. En este trabajo se recuperan experiencias de las autoras en distintos momentos y con distintos supervisores para plantear algunas reflexiones sobre la función de la supervisión y sus efectos en su formación como analistas.

DESCRIPTOR CANDIDATO: ANALISTA EN FORMACIÓN.

DESCRIPTORES: FORMACIÓN PSICOANALÍTICA, ÉTICA, TRANSFERENCIA, ABSTINENCIA, TRANSMISIÓN, ESCUCHA, SUPERVISOR.

- 1 Una primera versión del trabajo, más reducida, fue presentada al finalizar el seminario electivo «Clínica de la supervisión: La función del supervisor», a cargo de Cecilia Lauriña (APA) y Adriana Pontelli (APC), en el Instituto de Formación de la Asociación Psicoanalítica de Córdoba, en noviembre de 2025.
- 2 Analista en formación de la Asociación Psicoanalítica de Córdoba, Argentina.
caroobaigorria@gmail.com
- 3 Analista en formación de la Asociación Psicoanalítica de Córdoba, Argentina.
elizabeth.jorge.psicoanalista@gmail.com

ABSTRACT

Supervision can be defined in various ways. However, there is agreement that it is an appropriate space for reviewing analytical practice and its obstacles. While it has become institutionalized within the training processes for becoming analysts, the way in which it is carried out—that is, the role of the supervisor—is not so clear. This work recovers some experiences of the authors at different times and with different supervisors to raise some reflections on the function of supervision and its effects on their training as analysts.

CANDIDATE KEYWORD: TRAINING ANALYST.

KEYWORD: PSYCHOANALYTIC TRAINING / ETHIC / TRANSFERENCE / ABSTINENCE / TRANSMISSION / LISTENING / SUPERVISOR.

INTRODUCCIÓN

El término *supervisión* había sido introducido por Freud (1919/2003a) y se instituyó como práctica obligatoria en 1925 en todas las sociedades pertenecientes a la Asociación Psicoanalítica Internacional, junto con el análisis didáctico. La idea inicial de Freud se alejaba de una actitud directiva. Más bien lo que se buscaba era una indagación y crítica de sí en relación con el trabajo analítico (Palazzo, 2016; Roudinesco & Plon, 1998). Es hablar de la propia experiencia como analista ante otro analista, lo que ya indica que se trata de una práctica bajo transferencia. De esta forma, se la distingue de todas aquellas consultas con un experto acerca de la manera correcta de aplicar un saber preestablecido que prescribiría una técnica adecuada para dirigir la cura analítica (Barredo, 2016).

La supervisión es reconocida como la vía regia en la formación de analistas, sin distinción dentro de las escuelas en el campo del psicoanálisis.

Más allá de ser uno de los requisitos del trípode freudiano, el no contar con «pautas» o «técnicas» acordadas sobre la forma de llevarla a cabo ha generado un variado modo de ser puesta en práctica. En el presente trabajo se comparten distintas experiencias de supervisión que las autoras han tenido a lo largo de su práctica clínica. Con estas se proponen interrogarse sobre la función de la supervisión y sus efectos en su formación como analistas.

¿CÓMO ENTENDER LA SUPERVISIÓN?

Si bien existen distintos modos de definirla, puede decirse que la supervisión es un espacio de revisión de los puntos ciegos del analista, de sus resistencias inconscientes, sus ideologías y su ética. Es un lugar de cotejo y reformulación de las teorías en relación con la clínica. El espacio de supervisión es un ámbito de resonancia apto para la transmisión y aprehensión del psicoanálisis y su práctica.

Mannoni (1989) se refería al espacio de supervisión como aquel destinado a producir en el supervisado «una sensibilización interna al proceso analítico». Produce efectos clave en el proceso de devenir analista y constituye una necesidad intrínseca al ejercicio de la vida profesional. La supervisión, como espacio privado, posibilita la puesta a punto de la función analítica, entendida como condición para que se instale el proceso psicoanalítico y, a la vez, como resultado de este (Kuras Mauer et al., 2015).

Siguiendo a Wieland (2013), pueden señalarse dos objetivos fundamentales de la supervisión: proteger al profesional para que haga lo mejor posible su trabajo optimizando sus funciones, compartiendo responsabilidades y debatiendo dificultades; y disponer de un aprendizaje vivencial en el que se pueda integrar teoría y técnica, de modo que le permita sostener la actividad asistencial en un continuo aprendizaje y desarrollo de la profesión. Atendiendo al primer objetivo —proteger al profesional—, puede enunciarse entonces que la supervisión se define como una actividad en la que se sostiene una ética del cuidado. Al mismo tiempo que se cuida al profesional que consulta, se busca cuidar a los destinatarios de la práctica del supervisando. Es importante revisar cómo se establece la «relación

consultante-profesional», la alianza de trabajo, el tipo de contacto y de rapport que se instaura entre ambos, la transferencia sobre el profesional, el tipo de vínculo que se desarrolla, los fenómenos contratransferenciales y la incidencia de todos estos aspectos en el establecimiento de alianzas en beneficio del cambio que se podrá producir (Loubat, 2005).

En cuanto al segundo objetivo, la supervisión puede convertirse en un espacio nuevo de contención y de aprendizaje *in situ*, donde se puede habilitar a quien consulta a repensar y repreguntarse, arriesgar hipótesis, ensayar estrategias de intervención, etcétera. A la vez, en las interacciones entre ambos se dan aprendizajes en relación con el caso, el propio rol (sus habilidades y limitaciones), sus modos de intervenir, y realidades y problemas que le exigen tomar decisiones y acciones. Es un espacio que pone en juego las competencias profesionales al tiempo que recrea la demanda realizada. De esta manera, puede conformarse como un espacio para abrir preguntas. En tanto un espacio abierto a lo nuevo se habilitarán historias narradas por el supervisando, las resignificaciones que emerjan del pensamiento conjunto, del diálogo clínico y de cierto *insight*, que van más allá de la problemática del consultante (Jorge, 2022).

La supervisión es, entonces, ese ámbito donde el supervisando pondrá en juego algo de sí mismo, ya que se trata de la relación con su paciente y los intercambios realizados dentro de la sesión, y del lazo que el analista mantiene con el psicoanálisis. De esta manera, no se buscará adquirir un saber sobre un caso, sino sostener e impulsar la confianza en esa reinención que hace a cada análisis singular y único (Barredo, 2016).

LA FUNCIÓN DEL SUPERVISOR

Puede definirse esta función como la de acompañar al terapeuta en su labor para que este pueda resolver su contratransferencia y escuchar sin distorsión a su paciente. Por lo tanto, la labor del supervisor no incluye la interpretación de los aspectos neuróticos o caracteropáticos del supervisando, sino, si es necesario, la recomendación de que examine sus dificultades en su propio análisis.

Grinberg (1970) planteaba diferentes filosofías problemáticas que pueden adoptar los supervisores: a) supervisores cuya preocupación central

es el supervisando, por lo que enfocan primordialmente su atención en la labor para valorar cómo y cuándo ha interpretado, su comprensión del material, etcétera, lo que genera la impresión de un examen; b) supervisores que intentan ver lo que ocurre en el inconsciente del estudiante y tratan de abordar sus puntos ciegos y su contratransferencia, con lo que la supervisión corre el riesgo de tornarse en una forma de terapia; y c) supervisores que tienen la creencia de que deben concentrarse en el paciente a expensas del candidato, lo que perjudica la enseñanza y fuerza al aprendizaje por imitación.

Saucedo Pérez y Álvarez Bermúdez (2013) investigaron sobre los aspectos personales, formativos y didácticos que se buscan en un supervisor psicoanalítico. Encontraron que, entre las características personales, se formuló la importancia de que sean profesionales éticos, que respeten el encuadre psicoanalítico, que tengan capacidad de escucha, respeto por los analistas en formación, deseo de enseñar y superación profesional. En relación con los aspectos de la formación, las respuestas enfatizaron que deben tener estudios en el área clínica psicoanalítica tanto a nivel profesional como de especialidad, realizar un análisis personal y contar con supervisión de casos. En cuanto a las capacidades didácticas, se destacó que deben tener capacidad de escucha, ser abiertos a las discusiones teóricas y organizar seminarios en función de las necesidades de formación de los jóvenes analistas.

Por ello, el supervisor no buscará responder desde un conocimiento en tanto una posesión, sino que favorecerá entrever y debatir la estrategia de la transferencia en un análisis, sin prescribir su táctica interpretativa. Si bien pueden surgir, de parte del supervisando, las urgencias, las necesidades o los apremios que se traducen en demandas del estilo de qué hago o qué le digo, solo podrán ser respondidas orientándolos hacia la tarea de escuchar y sostener la posición de analista. Barredo (2016) lo expresa de la siguiente manera:

El problema planteado es cómo incorporar la operatoria de otro cuyo papel no es el de enseñar lo que sabe, sino de reconducir el saber a lo que hay que escuchar para que un analista pueda situarse, encontrar lugar, a partir de un “saber hacer allí” en un momento (*kairos*) cualquiera (p. 2).

De este modo, la función del supervisor queda alejada de la idea de un consultor que provee las herramientas más adecuadas. Tampoco sería su función la de ejercer una injerencia extraña, que se interponga entre el analista y su paciente.

Para Kuras Mauer et al. (2015), el supervisor como función tercera opera también en la mente del analista como mediador simbólico. Afirman que, a veces, su presencia virtual ya modifica el campo. Por ejemplo, señalan que en muchas ocasiones el solo hecho de pedir una supervisión o preparar un material para revisar promueve cambios en el analista, destrabando aquello que operaba hasta entonces como obstáculo en el trabajo con su paciente. Definen la función tercera no como una tríada porque sean tres sus protagonistas. Desde esta función tercera, el supervisor es un referente que permite revisar la fantasmática imaginaria en la que paciente y analista pueden estar atrapados.

EXPERIENCIAS DE SUPERVISIÓN

Lauriña (2022) afirma que «el analista que consulta a un supervisor demanda un saber a quien supone que lo tiene» (p. 73). A esto Freud (1919/2003a) lo llamaba «analistas más reconocidos» (p. 169). A partir de repensar la propia práctica clínica, surgen las preguntas: ¿cómo se elige a los supervisores?, ¿en todos los casos se pudo elegir?, ¿qué lugar ocupa en la formación como analistas?

Experiencia I

Antes de iniciar con las supervisiones didácticas, durante el primer año de la formación me tomé un tiempo para realizar lo que llamé, un poco humorísticamente, «casting de supervisores». Seleccionaba un caso de mi práctica profesional y elegía a algún analista que conocía en los seminarios para solicitarle un espacio para pensar el caso. De esta manera, fui experimentando cómo me sentía con los estilos de cada uno y observando con quiénes me sentía más en confianza.

Palazzo (2016) afirma que la posibilidad de conocer a varios «maestros» o de transitar por diferentes puntos de encuentro analítico enriquece la trayectoria continua que todo analista se dispone a recorrer. Por otra

parte, es útil señalar que en un «campo de supervisión» se posibilitan las transferencias y las identificaciones. En cuanto a lo primero, se da la transferencia del paciente con el candidato y la transferencia del candidato con el supervisor, sin que se establezca una neurosis de transferencia. Mientras que, en el caso de las dinámicas de la identificación, se dan en una amplia gama: identificaciones conscientes, inconscientes y encubridoras, así como también mimetismo y no resolución de conflictos de identificación. El riesgo existe cuando las tendencias identificatorias se coagulan, porque podrían provocar la adhesión a un modelo único (Francisco, 2016).

En el espacio de supervisión se esperaría que la presencia del supervisor pueda ser una compañía protectora que da seguridad y lo reafirma en el encuentro con su paciente. Además, que posibilite repensar la angustia e incertidumbre propia de la práctica analítica (Lauriña, 2022). Sin embargo, no siempre se da así. La misma palabra que le da nombre se emparenta con la idea de una «supervisión» y con el poder. Quien no pueda correrse de este supuesto intentará ocupar el lugar del oráculo y mostrará su conocimiento en torno al tema y al caso.

Experiencia II

En una de mis primeras experiencias de supervisión como psicóloga recién recibida elegí a una exprofesora de posgrado. A poco de escucharme relatar mi descripción de la paciente y algunos fragmentos de la primera entrevista, me interrumpió para decirme algo así:

Tu paciente es [diagnóstico], por lo que [hipótesis metapsicológicas generales acordes con el diagnóstico formulado]. He atendido pacientes así, y es muy probable que [descripción de un futuro desarrollo, con avances y obstáculos]. Si te soy sincera, lo mejor que te puede pasar es que esta paciente se te vaya, es un caso muy difícil.

Si bien durante la supervisión tomé notas de todo cuanto pude, salí con una sensación de que yo no sabía nada de mi paciente, de que había otra persona que sí sabía. Además, tenía una amarga sensación de que «lo mejor que me podía pasar» se contraponía a mi motivación para atender a esta paciente que sufría.

Podemos pensar que esta supervisora no renuncia al puesto de *erómenos* o de lo que es digno de ser amado. Se ubica en el lugar del saber absoluto del Otro, manteniendo la ilusión escolar que pretende hacer existir el saber como un todo completo (Recalcati, 2016). En este punto, recuperamos lo expresado por Freud (1919/2003b) cuando hablaba sobre la abstinencia del analista, que aquí podemos extender a la función del supervisor:

Nos negamos de manera terminante a hacer del paciente [supervisando] que se pone en nuestras manos en busca de un auxilio un patrimonio personal, a plasmar por él su destino, a imponerle nuestros ideales y, con la arrogancia del creador, a complacernos en nuestra obra luego de haberlo formado a nuestra imagen y semejanza [...] No se debe educar al enfermo [supervisando] para que se asemeje a nosotros, sino para que se libere y consume su propio ser (p. 160).

En la misma línea, Grinberg (Oróstegui, 2008) advertía que, si un supervisor centra su atención en el material del paciente y señala el cómo abordarlo, podrá favorecer el aprendizaje por imitación del candidato y no el desarrollo de su propio estilo terapéutico. Afortunadamente, el poder supervisar con otros profesionales fue habilitante para correrme del lugar de estudiante o aprendiz de un estilo de trabajo con la paciente.

Siguiendo a Barredo (2016), puede afirmarse que el supervisor debe orientar la tarea hacia la escucha y sostener la posición de analista del supervisando. Es decir, no se quedará con «enseñar lo que sabe», sino con reconducir el saber a lo que hay que escuchar, para que un analista pueda situarse, partir de «un saber hacer allí» en un momento cualquiera.

Experiencia III

En el tratamiento de una niña, cuyo motivo de consulta expresado por ella era el malestar con sus amigas y situaciones de exclusión escolar, decido supervisar porque tenía dudas sobre su posible diagnóstico y la realización de una entrevista con sus padres para una posible devolución (ambos papás eran psicólogos; la mamá estaba cursando una recuperación de un cáncer de mama).

Luego de algunos encuentros, la madre se comunicó por Whatsapp para informar la decisión de interrumpir el tratamiento, argumentando que la niña estaba con mucha actividad escolar. Esta interrupción se produjo después del espacio de supervisión, lo que permitió interrogar la función de la supervisión y su alcance más allá de los resultados clínicos. Durante la supervisión, la supervisora me había dicho que no era una paciente «grave» y que tal vez podía venir cada 15 días a las sesiones. En cuanto a los papás, «debía» decirles que lo que le pasaba a la niña se correspondía con un intento de separación/diferenciación (la niña tenía una hermana gemela).

Tal como plantea Lauriña (2022), la función del supervisor no es evaluar ni ofrecer soluciones, sino sostener un espacio donde el supervisando pueda elaborar su posición y mantener viva la pregunta sobre su práctica. En esa línea, la supervisión habilita a pensar la interrupción, no como un fracaso, sino como un movimiento propio del proceso, vinculado con los tiempos del sujeto y el lazo madre-hija. Por su parte, Freud (1937/2003) advierte que todo tratamiento tiene un límite y que siempre queda un resto no analizable. Este planteo introduce una ética: el analista no dirige la cura hacia un cierre, sino que acompaña el trabajo del inconsciente mientras haya transferencia posible. La interrupción, entonces, puede pensarse como un punto de suspensión más que como un final.

La experiencia mostró que la supervisión no modifica los desenlaces del caso, pero produce efectos formativos en el analista. Lo que se transmite allí no es un saber acabado, sino una forma de sostener la pregunta frente a lo incierto. Como señala Lauriña (2022), el poder del supervisor radica en alojar el no saber, promoviendo un pensamiento que se abre más allá del caso. Así, la supervisión se revela como una práctica de transmisión que, al igual que el análisis, permanece siempre en curso.

Cabe preguntarse si lo trabajado en la supervisión habrá quedado en el inconsciente de la analista, donde ciertas palabras del supervisor se ubicaron como saberes/oráculos que «apuraron» el desenlace (abandono del tratamiento por parte de los papás) o le «sacaron» importancia al proceso terapéutico de la paciente. Peskin (comunicación personal, 2005) resalta que los pacientes pueden perdonar los errores propios del analista, ya que esto muestra su castración y eso convoca al análisis, pero no perdonan los errores impuestos al analista por otro.

Este caso también evidencia que la supervisión no tiene por objetivo garantizar resultados clínicos, sino acompañar los movimientos del analista frente al enigma del sujeto. En este sentido, el poder de la supervisión radica en posibilitar una lectura distinta del acontecimiento, donde lo que aparece como un final puede ser pensado como un tiempo lógico del proceso.

Experiencia IV

Una experiencia significativa en mi formación fue la participación en un espacio de supervisión grupal. A diferencia de las supervisiones individuales, este dispositivo se constituyó como un lugar de construcción colectiva del material clínico, donde los casos podían ser pensados desde múltiples posiciones, saliendo de una lectura individual y solitaria del paciente.

Al presentar un caso que me generaba dudas, el intercambio con otros analistas en formación permitió que emergieran nuevas hipótesis, asociaciones y preguntas. Algunas intervenciones retomaban aspectos del material que yo misma no había jerarquizado, mientras que otras introducían lecturas que, en un primer momento, me resultaban ajenas. Sin embargo, fue justamente esa heterogeneidad la que produjo un efecto de apertura que amplió y complejizó la comprensión del caso.

El dispositivo grupal introduce un descentramiento respecto de la propia escucha, en tanto el saber no queda ubicado exclusivamente del lado del supervisor, sino que circula entre los integrantes. Esto no implica la ausencia de la función del supervisor, sino más bien su intervención en la regulación del intercambio y en el sostenimiento de un encuadre que posibilite la producción de pensamiento clínico. Asimismo, el trabajo en grupo favoreció la emergencia de resonancias singulares frente a las intervenciones de los colegas, habilitando asociaciones que no habían surgido antes. En este sentido, la supervisión grupal puede pensarse como un espacio donde la escucha se ve ampliada, en tanto cada intervención puede operar como un significant que relanza el trabajo clínico.

Por otra parte, la exposición del propio caso ante otros introduce una dimensión de vulnerabilidad, ya que se ponen en juego dudas, inseguridades y puntos ciegos de la práctica. Sin embargo, cuando el encuadre

es sostenido, esta experiencia no se vive como juicio, sino como una oportunidad de elaboración y aprendizaje. Por ello puede afirmarse que la supervisión grupal no solo contribuye al esclarecimiento de los casos clínicos, sino que permite reflexionar sobre la propia posición como analista. Escuchar diferentes modos de abordar un mismo material permite dar cuenta de que no existe una única forma de hacer clínica y ello favorece la construcción de un estilo propio. De este modo, lejos de homogeneizar las prácticas, el trabajo grupal sostiene la singularidad de cada analista dentro de un marco compartido.

Este espacio promueve una posición de apertura frente al no saber, habilitando un trabajo constante sobre la implicación subjetiva del analista. La supervisión grupal es un lugar privilegiado para pensar la ética del psicoanálisis, la responsabilidad que implica ocupar el lugar de analista y la dirección de la cura, al tiempo que sostiene el deseo de continuar formándose.

Tal como lo plantean Kuras Mauer et al. (2015), la dimensión de la paridad habilita modos de producción que potencian el pensamiento, la creatividad y la pertenencia en sus múltiples variantes. En las supervisiones grupales, la transferencia no es con el supervisor como figura central, sino con la tarea. Es en esta tarea donde el saber circula. Es decir, entre los pares se construye una modalidad de funcionamiento donde coexisten diferentes perspectivas, sin una figura de saber instituido. Esto conlleva admitir desde el inicio que no hay un garante final. Estos lazos horizontales entre colegas constituyen un ámbito de trabajo cuyos efectos redundan también en la tarea clínica.

EFECTOS DE LA SUPERVISIÓN EN NUESTRA FORMACIÓN

En nuestra formación para devenir psicoanalistas la supervisión parece surgir muy cerca del análisis didáctico. Resalta la importancia de un interlocutor externo a la pareja analítica, que deberá ocupar una función en la que favorezca un espacio de reflexión y validación, y el surgimiento de nuevos interrogantes.

La importancia de la supervisión se sustenta en la condición de alteridad que la función analítica exige, al abrir otros espacios para la reflexión

y el conocimiento de líneas teóricas diversas. Mannoni (1992) señalaba que el supervisor debería ayudar al analista a tomar conciencia de las referencias con las cuales funciona, a confrontarlas con las otras referencias, ayudándolo a encontrar un estilo propio que no sea pura imitación de la habilidad del otro.

Las experiencias presentadas permiten situar la supervisión como un espacio de transmisión donde no se trata de ofrecer respuestas cerradas, sino de abrir preguntas que promuevan el trabajo del analista en formación. En lugar de ocupar una posición evaluadora o normativa, el supervisor, tal como se trabaja en el seminario «Clínica de la supervisión», sostiene una ética del no saber, alojando las incertidumbres propias del acto analítico.

Siguiendo a Lauriña (2022), el supervisor no enseña un saber, sino que transmite una forma de habitar la pregunta. Así, la clínica de la supervisión se vuelve también una clínica del analista en formación, en la que se ponen en juego su deseo, sus ideales y sus modos de escuchar. La supervisión, entonces, no solo produce efectos en la práctica, sino que deja marcas en la constitución subjetiva del analista, abriendo caminos de pensamiento y de transmisión que permanecen siempre en curso.

Se espera que el analista en supervisión pueda, poco a poco, escucharse a sí mismo cuando habla de su paciente. Es decir, que sea una escucha psicoanalítica y que introyecte una «función escuchante de sí mismo». ¿Cómo se logra eso? Beetschen (2016) dice que debe desentenderse del relato minucioso e hipermnésico de las sesiones, un relato desplegado sobre la base de las anotaciones llevadas a la supervisión. Será necesario considerar el olvido que administra la sorpresa de la rememoración en el analista en supervisión. Introyectar una «función escuchante de sí mismo» significa que el analista logre hacer de la supervisión un dispositivo para la elaboración e interpretación de su propio decir.

Para los analistas en formación es importante contar con supervisores en cuanto interlocutores válidos, es decir, que no transgredan la función convirtiéndose en analistas de los supervisados o en educadores, o explayándose sobre experiencias propias. Solo cuando los supervisores cumplen su función pueden favorecer resignificaciones en la mente del analista, al mismo tiempo que posibilitan un *insight* que va más allá de

los problemas concernientes al paciente. De esta manera, la supervisión podría operar al modo de un *insight* analítico (Porrás de Rodríguez, 1996).

Se acuerda con Sánchez Zago (2016) cuando afirma que «no hay supervisando sin supervisor, no hay analizante sin psicoanalista, cada uno con su historia, con su práctica, con su propia experiencia del inconsciente» (p. 175). La autora la define como una relación de a dos pero que implica un tercero. Esta terceridad sería garante de que no puede hacerse de cualquier modo. Por el contrario, le otorga sentido a la tarea misma. ♦

REFERENCIAS

- Barredo, C. (2016). Deseo de supervisar: su puesta en práctica. *Calibán. Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, 14(1), 165-167. https://calibanrlp.com/wp-content/uploads/2021/05/8-Caliban_Vol14_No1_2016_-esp_completa.pdf
- Beetschen, A. (2016). ¿Qué trabajo analítico en la supervisión? *Calibán. Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, 14(1), 171-173. https://calibanrlp.com/wp-content/uploads/2021/05/8-Caliban_Vol14_No1_2016_-esp_completa.pdf
- Francisco, B. (2016). Supervisión entre memorias y vivencias. *Calibán. Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, 14(1), 168-170. https://calibanrlp.com/wp-content/uploads/2021/05/8-Caliban_Vol14_No1_2016_-esp_completa.pdf
- Freud, S. (2003). Análisis terminable e interminable. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 23, pp. 211-254). Amorrtu. (Trabajo original publicado en 1937).
- Freud, S. (2003a). ¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad? En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 17, pp. 151-164). Amorrtu. (Trabajo original publicado en 1919).
- Freud, S. (2003b). Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 17). Amorrtu. (Trabajo original publicado en 1919).
- Grinberg, L. (1970). The problems of supervision in psychoanalytic education. *International Journal of Psychoanalysis*, 51, 371-383.
- Jorge, E. (2022). La supervisión clínica. Un espacio para abrir preguntas. *Revista Notas Psicoanalíticas*, 4. Institución Transitar por el Psicoanálisis. <https://acortar.link/Q6DJBp>
- Kuras Mauer, S., Moscona, S., & Resnizky, S. (2015). Espacio de supervisión: trabajo vincular. *Psicoanálisis*, XXXVII(2-3), 347-359. <http://190.18.132.122/pergamo/opac/pgmedia/EDocs/2015-revista2-3-Mauer.pdf>
- Lauriña, C. (2022). *La supervisión psicoanalítica y los principios de su poder*. Letra Viva.
- Loubat, M. (2005). Supervisión en psicoterapia: Una posición sustentada en la experiencia clínica. *Terapia Psicológica*, 23(2), 75-84. <https://www.redalyc.org/pdf/785/78523208.pdf>
- Mannoni, M. (1989). *De la pasión del ser a la "locura" de saber. Freud, los anglosajones y Lacan*. Paidós.
- Mannoni, M. (1992). Risco e possibilidade da supervisão. En C. Stein (Ed.), *A supervisão na psicanálise*. Escuta.
- Oróstegui, P. (2008). Análisis didáctico y supervisión. *Revista de la Asociación Psicoanalítica Colombiana*, 20(2), 129-131. <https://psykebase.es/servlet/articulo?codigo=3675240>
- Palazzo, L. (2016). El principiante y el diván fluctuante: entre la alienación y el vigor. *Calibán. Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, 14(1), 162-164. https://calibanrlp.com/wp-content/uploads/2021/05/8-Caliban_Vol14_No1_2016_-esp_completa.pdf

- Porras de Rodríguez, L. (1996). Aspectos teóricos de la práctica analítica; la función del supervisor y la supervisión. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 83, 111-115. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1405>
- Recalcati, M. (2016). *La hora de clase. Por una erótica de la enseñanza*. Anagrama.
- Roudinesco, E., & Plon, M. (1998). *Diccionario de psicoanálisis*. Paidós.
- Sánchez Zago, G. (2016). La supervisión como función. *Calibán. Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, 14(1), 174-175. https://calibanrlp.com/wp-content/uploads/2021/05/8-Caliban_Vol14_No1_2016_-esp_completa.pdf
- Saucedo Pérez, C., & Álvarez Bermúdez, J. (2013). Aspectos que buscan los formadores de psicoterapeutas en un supervisor psicoanalítico. *Epsys. Revista de Psicología y Humanidades*. <http://www.eepsys.com/es/que-buscan-formadores-psicoterapeutas-en-supervisor-psicoanalitico/>
- Wieland, E. (2013). La supervisión (o pensar juntos). *Revista de Psicopatología y Salud Mental del Niño y del Adolescente*, 21, 89-94. <https://www.fundacioorienta.com/wp-content/uploads/2019/02/Wieland-Eileen-21.pdf>



POLE MOS

Reflexiones sobre el encuadre psicoanalítico



LEONARDO PESKIN¹

Agradezco la invitación a compartir algunas reflexiones acerca del encuadre psicoanalítico. El dispositivo que Freud inventó para lograr el abordaje del inconsciente requirió cierto encuadre. Esta creación fue un paso trascendente en la construcción del psicoanálisis. Quizás el encuadre queda como la cáscara del dispositivo, ya que lo que procura es avanzar en la experiencia. Entonces el conjunto de normas, límites y constantes espacio-temporales (honorarios, frecuencia, lugar, duración) que definen ciertas condiciones de la terapia no son más que el marco. Probablemente, la atención parejamente flotante, en interacción con la asociación libre, junto con la neutralidad del analista, ocuparían un lugar distinto al resto de las reglas, pero aun así no deben ser sacralizadas.

Como todos sabemos, a medida que Freud (1912/1976a, 1912/1976b, 1913/1976, 1914/1976) observaba las consecuencias de la aplicación del método, podía profundizar en la teoría del funcionamiento psíquico. A la vez, como excelente experimentador, iba agregando y quitando elementos del dispositivo, por ende, modificando el encuadre. Esto es importante destacarlo: el carácter experiencial y las cualidades que tiene cualquier dispositivo derivan de las consecuencias dinámicas que obligan a hacer cambios. Lacan (1956/1988), en su trabajo de entrada plena en el psicoanálisis, utiliza 51 veces la palabra *experiencia*. También voy a resaltar que

1 Miembro de la Asociación Psicoanalítica Argentina, Buenos Aires, Argentina.
leonardopeskin@hotmail.com

Foucault, que, según Agamben (2014), fue el que más profundizó en el concepto de *dispositivo*, definió de un modo extremadamente amplio su composición y lo orienta a pensarlo como algo abierto, además de advertirnos sobre las intenciones de poder subyacentes y su origen.

Estas características aplicadas al encuadre nos indican que todo encuadre es crear un envase para algo que fluye; si diseñamos un envase muy cerrado, interrumpimos el flujo y anulamos la experiencia. Si el envase es muy abierto, todo se desparrama y también vamos a anularla. Así, se nos abre la búsqueda de la «justa medida», que sabemos que, en cierto modo y para muchos temas, es inhallable como algo estático. Si seguimos algunas ideas, ya clásicas, de que habría un encuadre interno en el analista y otro externo que determinamos como «contrato analítico», nos estamos apoyando en una dimensión inconsciente del analista que lo va a sostener.

Es importante considerar que no hay una inscripción psíquica anticipada de un encuadre psicoanalítico, menos aún con la atipicidad del discurso psicoanalítico, que es muy diferente en relación con otros discursos, ya que por definición no hace lazo social. Entonces, cuánto dura una sesión, el régimen de honorarios, horarios, vacaciones, asociación libre, etcétera, no tienen una predisposición genética ni figuran en los estándares sociales; por ende, todo proviene de afuera. En realidad, para alcanzar cualquier diseño de trabajo analítico, de «internalización» del encuadre por parte del analizante —es decir, que se creen las invariantes para poder vislumbrar el inconsciente y sus producciones—, tenemos una cuestión preliminar que es que haya entrada en análisis. Es en este punto donde entra a jugar la guía crucial para que todo este proyecto funcione, que es la transferencia. Es la vía por la cual se va a jugar toda alternativa de acceso y de intento de cambio psíquico en un tratamiento. Esto hace que cualquier *setting* que propongamos tenga que estar subordinado al manejo de la transferencia; es crucial lograr la posición del analista y su neutralidad para alcanzar este objetivo. Es decir que el dispositivo con todos sus aditamentos y exclusiones depende del respeto de la «dinámica de la transferencia», que sabemos que no es estática; algunas veces hay que promoverla y otras atenuarla.

Probablemente, el único punto a definir como acuerdo explícito o implícito que se configure es una cita analítica, la cual es en transferencia

y para «trabajar». Curioso término utilizado en este contexto, pero lo introduzco como se plantea el trabajo del sueño o del duelo. En realidad, es más preciso plantear que es un dispositivo dialógico para que pueda facilitarse el trabajo del inconsciente del consultante. Todo lo que hagamos o donde nos encontremos, de modo presencial, virtual, epistolar o por interpósitas personas, debe ser para dar oportunidad al inconsciente del que requiere la consulta. El objetivo es que opere el «discurso del analista» con las menores interferencias; aun así, esta premisa no puede ser sagrada.

Recuerdo el caso de un paciente de origen musulmán que, al plantearse el contrato incluyendo el diván, para acostarse se sacó los zapatos y siempre lo siguió haciendo. Recién muy avanzado el análisis decidí abordar la actitud. Aunque culturalmente era obvia la razón simil-religiosa, terminó siendo la expresión más clara de su padecimiento: el modo de su posicionamiento frente a otro.

Volviendo al origen con relación a lo que se denominaron trabajos de técnica, estos tienen algunas observaciones teóricas que justifican lo que Freud (1912/1976a, 1912/1976b, 1913/1976, 1917/1976) denominó consejos. Algunas propuestas son reconocidas como ajustadas a su estilo, como el uso del diván para evitar sostener tantas horas el frente a frente. Luego se pudo observar que de esa experiencia derivan otras consecuencias, por ejemplo, la vivencia regresiva que promueve, aunque es importante quitarle todo propósito de superioridad del analista contrapuesto a la entrega que supone el acostarse frente a otro. Esto abre el tema del dominio de la dirección de la cura; es importante el papel teórico y clínico que se adjudique el analista.

Como en el ejemplo del paciente que se quitaba los zapatos, reflexionemos sobre el efecto que implica una expresión que le escuché hace muchos años a un analista que se suponía prestigioso: «Yo me siento en la silla turca del paciente». Esta infatuación, diría con humor, *hipofisaria*, congela las consecuencias, forzando una serie de problemas, como mínimo la idealización del analista. Este es un punto vulnerable del dispositivo analítico, aunque hay quienes dicen lo contrario, especialmente cuando está dirigido al análisis didáctico.

Cuando Lacan (1961/1989) habla de la dirección de la cura y de los principios de su poder, no le otorga el poder al analista; diría que el poder

se transforma en posibilidad y es importante que siempre tengamos en cuenta que el oficio de analista configura una de las profesiones imposibles. Cuando imponemos reglas demasiado ortodoxas, en cualquier dirección, incluso si van en contra del encuadre, transformamos en el mejor de los casos el análisis en una psicoterapia, ya que forzamos el acatamiento y lo que opaca el inconsciente. El encuadre incluye el perfil del analista, qué tocar o no tocar de las producciones discursivas o conductuales del que consulta.

En mis experiencias de reanálisis, en estos días en casi todos los casos, es interesante observar lo no analizado en experiencias previas. Algunas cuestiones pueden ser por los diferentes momentos históricos de la vida del paciente, también del analista y de la sociedad con sus permanentes cambios. Pero en más de una oportunidad, como ejemplo, lo no incluido fueron sendos episodios de violaciones nunca comentados por los pacientes e inadvertidos por los analistas. En parte porque no fueron escuchados, pero también porque en ciertos enfoques no se debe preguntar, sino que se toma solo lo que emerge; en otros, surge un vigente temor a la consecuencia social e institucional que eso pueda traer. En ese sentido, el formalismo, el tratamiento en tercera persona del paciente, la ausencia de humor, la ceremoniosidad del encuadre pueden inducir a sostener la supresión, la negación e incluso la desmentida de hechos importantes.

Todas estas cuestiones hacen a «temas técnicos» más que de encuadre, pero es inevitable vincular el tema del encuadre con el capítulo de la técnica en general; consideremos la consigna que podríamos proponer en cuanto a que no hay un saber sobre la técnica, sino acumulación de experiencia. Un hecho notable es la modificación «técnica» que implicó la virtualidad, el teléfono y todas las formas de comunicación virtual. Si bien ya existían hace años, la pandemia las potenció y, diría, las instauró. Recuerdo a un analista que se quejaba de que no le autorizaban el tratamiento de este tipo para el análisis didáctico en países que carecían de didactas y él manejaba el idioma de ese país. Aún hoy se sigue cuestionando y debatiendo la legitimidad de una condición que forma parte de la superestructura, pero no hace a la esencia.

En definitiva, observamos que los encuadres, ya que hay más de uno según las modas y tendencias, se fueron deconstruyendo, o diría, descascarando, por obsolescencia o porque eran ortodoxias que respondían

a cuestiones que se regían por otras éticas. En todo esto se evidencia la injerencia de otra dimensión en lo que hacemos como analistas, que es la política. No me refiero a la política propia del psicoanálisis, que, en definitiva, si la hay, es la de la vigencia del inconsciente. Me refiero a la política en el sentido más vulgar, que es el de las estrategias de manejo del poder institucional o de grupos ideológicos por razones de lo más diversas. Aludo a convicciones en sistemas de creencias cuasirreligiosas en autores o teorías, o formas más viles de conveniencia y aspiración de dominio.

Más allá de juzgar estos vicios típicos de toda organización humana, convengamos que sumamos al imposible de analizar los otros dos imposibles: gobernar y educar. En parte eso puede impedir toda práctica auténticamente psicoanalítica o hacer que, por esta sumatoria algunas veces grotesca, se libere a los analistas a hacer su práctica como puedan o les parezca. Según dice Lacan (1969/2012), el analista no se autoriza sino por sí mismo (p. 327); aunque lo hace con algunos otros, es de los otros de donde puede venir esa interferencia. Estamos cerca de desarrollar los efectos de las supervisiones, que son un tema aparte y central para la libertad del deseo del analista y del supervisor.

Lo que sí es interesante, en definitiva, es saber si, más allá del dispositivo y el encuadre, hay análisis. Esto abre el verdadero problema: la existencia de análisis no se verifica por el cumplimiento de formalismos. Verificar o validar si hay o hubo análisis es mucho más dificultoso y debatible. Quizás por eso nos quedamos discutiendo métodos y lo tangible de un encuadre, ya que lo otro hasta es difícil de definir. Lo que tenemos que evitar es que se produzca la famosa frase de los cirujanos: «La operación fue un éxito, pero lamentablemente el paciente murió». Nosotros diríamos: se analizó muchos años con el uso del diván, con una alta frecuencia, sesiones de 50 minutos y «bajo» supervisión, pero su padecimiento no se modificó o empeoró.

Aquí tendríamos que destacar algunos pasos para que haya análisis. El primero es la condición que da alguna posibilidad, que es la instalación de la transferencia. La transferencia como disposición está implicada en todo vínculo; en este caso, debiera sufrir esa transformación que Freud (1914/1976, 1917/1976) denominó «neurosis de transferencia», que interactúa con la demanda de análisis (Lacan, 1961/1989). Esto indicaría

que los síntomas que pueden atenuarse se deslizaron a esta forma particular de vínculo con un analista. En algunos casos se trata de pasar de una demanda común, que se refiere más al amor, a esto que se propone como demanda de análisis: el deseo de analizarse. En general, ambas conviven, pero conocemos los riesgos del amor (Freud, 1913/1976; Peskin, 2015).

Este paso, desde la perspectiva de Lacan (1987/1973, 1961/1989), se teoriza como entrada en análisis, y queda testimoniado por producciones del inconsciente que emergen y, desde nuestra perspectiva, se ofrecen a ser analizadas. La propia transferencia es una producción del inconsciente, pero tal como queda claro en *Inhibición, síntoma y angustia* (Freud, 1926/1976), por esa vía «resistencial» se van montando el protagonismo del Superyó y del Ello. Este grado de sinceramiento del conflicto daría alguna oportunidad de cambio que equilibre el desajuste que trajo al que consulta al análisis (Lacan, 1961/1989, 1992, 2006; Peskin, 2024).

Algunas veces es necesario lo denominado como vacilación calculada de la neutralidad, que es una herramienta junto con algunas otras de la seducción bajo el amparo de una ética: la de analizar. Algún sentido del encuadre, quizás razonable, es que ayuda a soportar las tormentas que estos montajes vehiculizan por el cauce de la transferencia. Consideremos que poder soportar las irrupciones pasionales hostiles por la activación conflictiva del análisis requiere la consistencia de la posición del analista, pero esencialmente la firmeza ética elástica de sus actitudes y actos. Esto roza la hipótesis de Bleger (1967) de que en el encuadre se ubican los aspectos más desorganizados, lo que nos plantearía que sus parámetros simbólicos acotarían, en una perspectiva lacaniana, las tendencias imaginarias y reales desanudadas.

Se trataría de conducir un velero con todos los aparejos, mástiles y velas, con las habilidades de maniobra para que la embarcación no se hunda y no retroceda. La nave es el encuadre, pero su única función es poder atravesar las adversidades para llegar al último paso, que es el puerto: el controvertido final de análisis. Ese sería el momento de desmontar todo este artificio, que es una verdadera tramoya escénica para permitir un cambio psíquico. Aprovechemos para afirmar que gran parte de los aparejos de este velero metafórico lo aporta la pulsionalidad del analizante. El analista ni siquiera es el capitán; a lo sumo, es el timonel.

Así nos vamos acercando a algunas paradojas. El encuadre como algo secundario, como cáscara, como supraestructura cambiante, formulado para ser traicionado, o al menos atacado, tanto por el paciente como por el analista (llegadas tarde, silencios, encubrimiento y mentiras, problemas en cumplir con los pagos, etcétera), una tramoya teatral con ribetes jurídicos de pacto o contrato. Sin embargo, es esencial para la travesía que es el análisis. El analista se supone que estaría entrenado para no claudicar o sostener al máximo las consignas disponiendo de una herramienta válida, que es el «deseo del analista».

Para emprender algunos comentarios finales, voy a referirme a lo que fuimos viviendo en los últimos 60 años con relación a este tema. Lo testimonio como protagonista (cuatro experiencias de análisis) y espectador de las transformaciones que hemos experimentado. Al comienzo, en los años 60, pocos se salvaron de la rigidez que trajo la escuela kleiniana, con más precisión, de algunos poskleinianos. Silencio, poco afecto, inmediato uso del diván, cuatro veces por semana, 50 estrictos minutos, interpretación sistemática del aquí y ahora y conmigo. Nada se podía cambiar del encuadre, las sesiones no se reponían y siempre se pagaban, duraban el tiempo cronometrado, las vacaciones eran en febrero e inamovibles, si se alteraban por el paciente se pagaba como si concurriera y los pagos eran del 1 al 5 de cada mes. Sabía de exigencias de pago adelantado de las sesiones y pago de las vacaciones del analista. Todo esto bajo una especie de premisa de asepsia del campo para que fuese al servicio de modificar las fantasías inconscientes de crueles ataques al analista. Recuerdo un ejemplo entre grotesco y patético de un obediente paciente que pidió ir al baño dado sus problemas prostáticos y no era autorizado, la intención parecía dominar la vejiga con interpretaciones inculpantes de ataques urinarios al analista.

No obstante, siempre hubo algunas excepciones de fidelidad clandestina a Freud. Entiendo que eso nos salvó bastante, porque, a pesar de todo esto, los análisis funcionaban pero gracias a esa excepcionalidad transgresiva latinoamericana. En los 70 hubo, junto con el retorno a Freud, una modificación que permitió retornar al inicio local de los pioneros que eran freudianos y, en alguna medida, nunca dejaron de serlo. En los 80 apareció otra ortodoxia francesa poslacaniana; de nuevo los afectos no

fueron el tema. Las sesiones eran más desordenadas, de tiempos breves, una rara aplicación de los «actos psicoanalíticos» con muchos misterios, y especialmente, de nuevo, la exacerbación de la idealización del analista y los líderes intelectuales.

Por suerte, a partir de los 90, nuevamente nos fue salvando nuestro escepticismo transgresivo local. Siempre que nos fuimos apartando de los estándares, aunque fuese de un extremo u otro, surgían críticas y castigos. Parte del problema siempre fueron algunos gurús circunstanciales que, al modo de portadores de la verdad, dominaban la escena, especialmente de las asociaciones psicoanalíticas de diferentes tendencias. Tengo la impresión de que, dado el desarrollo del pensamiento local menos dependiente del norte —sea inglés, francés o sus resurgimientos norteamericanos—, hubo una modificación de los encuadres estereotipados. Es más, se habla menos de eso y más de cómo pensar a los pacientes, y menos de si está en el diván o si es virtual, o bajo formas mixtas, en instituciones u hospitales.

Así, el resto de los encuadres tradicionales solo son temas frente a obstáculos (ausencias, falta de pago, incumplimientos ligados a *acting out*, etcétera). No obstante, sin un encuadre no hay posibilidad de trabajo analítico; sin embargo, en buena medida se tiene que ajustar al estilo y las posibilidades del paciente, así como a las habilidades y el estilo del analista. Si observamos nuestro trabajo en cuanto a las modalidades de encuadre, aun teniendo uno más habitual, veremos que se modifica en función a la relación con el paciente. El encuadre es como un traje a medida, ajustado al cuerpo del que lo va a vestir. Todas las variables dentro de un mismo formato se acomodan de otra forma y es bueno tener en cuenta por qué varían los parámetros; tal como plantea Bleger (1967), el propio encuadre es objeto de análisis. Incluso, desde cierta perspectiva, también para eso está: según se altera o incumple, es como se pone en evidencia la modalidad del sujeto.

Resta el problema del lado del analista: la contratransferencia y las alteraciones del encuadre que provienen de él. Es un capítulo muy amplio que por razones de extensión no vamos a profundizar. Muchas veces son claudicaciones del deseo del analista u otros involucramientos de la neurosis; eso puede ser muy problemático si no asume su responsabilidad. Curiosamente, los pacientes en los «buenos análisis» soportan muchas

incidencias de los yerros de los analistas, ya sean estos excesos de puntillidad o mañas neuróticas y otras inescrupulosidades. Esto nos lleva a un tema más complejo e interesante que el encuadre: es como el que se arma en una pareja cualquiera con cierta armonía que permita dedicarse a otra cosa —en este caso, la tarea analítica—, en lugar de obsesionarse por los desajustes formales vinculares. Sin embargo, el sentido ético de esta pareja es únicamente dedicarse a la tarea de lograr un cambio psíquico del que consulta, operando sobre el inconsciente y más allá, sobre la pulsión, sosteniendo el discurso del analista, consigna que nunca se tiene que abandonar (Lacan, 1992; Peskin, 2004). El encuadre adquiere sentido axiomático para afrontar las indignaciones resistenciales, transferencia hostil, tanto del analizante como del analista. ♦

REFERENCIAS

- Agamben, G. (2014). *¿Qué es un dispositivo?* Adriana Hidalgo.
- Bleger, J. (1967). Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico. *Revista de Psicoanálisis*, 24(4), 241-258.
- Freud, S. (1976). 27.ª conferencia: La transferencia. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 16, pp. 392-407). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917).
- Freud, S. (1976). Inhibición, síntoma y angustia. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 20, pp. 71-164). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926).
- Freud, S. (1976). Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II). En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 12, pp. 145-157). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- Freud, S. (1976). Sobre la iniciación del tratamiento (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I). En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 12, pp. 121-144). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913).
- Freud, S. (1976a). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 12, pp. 111-119). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912).
- Freud, S. (1976b). Sobre la dinámica de la transferencia. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 12, pp. 97-105). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912).
- Lacan, J. (1987). *El seminario. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, 1964*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1973).
- Lacan, J. (1988). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos 1* (pp. 227-310). Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1956).
- Lacan, J. (1989). La dirección de la cura y los principios de su poder. En *Escritos 2* (pp. 565-626). Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1961).
- Lacan, J. (1992). *El seminario. Libro 17: El reverso del psicoanálisis, 1969-1970*. Paidós.
- Lacan, J. (2006). *El seminario. Libro 8: La transferencia, 1960-1961*. Paidós.

Lacan, J. (2012). Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela. En *Otros escritos* (pp. 261-277). Paidós. (Trabajo original publicado en 1969).

Peskin, L. (2004). *Los orígenes del sujeto y su lugar en la clínica psicoanalítica*. Paidós.

Peskin, L. (2015). *La realidad, el sujeto y el objeto*. Paidós.

Peskin, L. (2024). *La consulta psicoanalítica: ¿Cuándo, por qué y para qué consultar?* Letra Viva.



Interrogando la noción de encuadre

STELLA YARDINO¹

INTRODUCCIÓN

Escribir a demanda conlleva dos vertientes opuestas: la de la gratificación, ya que el pedido implica un gesto de valoración hacia el autor, y la de la dificultad de superar la fantasía de que el otro espera algo excepcional. El riesgo es, entonces, intentar escribir aquello que imaginamos que ese otro quiere leer, distanciándonos de lo más propio y subjetivo. Más aún cuando la invitación apunta a revisitar un concepto antiguo y fundante como el de *encuadre*, acerca del cual tanto se ha escrito. Intentaré, sin embargo, sortear estos dilemas para dejar fluir mi postura personal, de la mano de los teóricos que me habitan.

LA NOCIÓN «CLÁSICA»²

En toda disciplina es fundamental problematizar conceptos e ideas para no manejarlas como supuestos fijos. Más todavía en una ciencia conjetural como la nuestra, más cerca del arte que de las «ciencias duras». El encuentro con la singularidad del sujeto supone la consideración de presupuestos teóricos propios del psicoanálisis, sin los cuales el trabajo no sería

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay.
stellayardino@gmail.com

2 Me permito denominar así a la formulación de Bleger (1967), que considero la más usada, para diferenciarla de otras posteriores, que incluiré en este aporte y que pertenecen a otros autores.

posible sino al precio de la improvisación con el riesgo de deslizamiento a la omisión ética.

En el encuentro con la subjetividad propia y ajena se tendrán que ir creando modalidades de trabajo que darán cuenta tanto de nuestras concepciones teóricas como de un método siempre provisorio. El gerundio —«ir creando»— implica mi convicción de que, sea cual sea la teoría que nos habita, el encuadre se irá construyendo cada vez. A propósito de este, los analistas contamos con esta noción como pilar fundante de la técnica; lo conocemos, lo utilizamos y lo transmitimos, en general, con mínimas variantes, como garante del proceso analítico.

Si bien Freud (1912/1976) no utiliza el término, lo deja implícito cuando habla del dispositivo: diván, duración de la sesión, honorarios, neutralidad del analista, asociación libre (del lado del paciente), atención libremente flotante (del lado del analista). Sin embargo, el encuadre no es la técnica, sino el conjunto de reglas, constantes y condiciones que sostienen el trabajo para que aparezca la neurosis de transferencia y el inconsciente pueda hablar.

LAS CONDICIONES QUE SOSTIENEN EL DISPOSITIVO ANALÍTICO

TIEMPO: Día, hora, frecuencia, duración. Estos elementos ordenan la regresión porque establecen un límite. Sin límite, la regresión podría volverse caos o *acting*. El tiempo del encuadre es lo que le pone bordes a esa vuelta atrás para que sea productiva y no destructiva.

ESPACIO: El consultorio, el sillón, el diván. A ellos habría que agregar ahora la sesión de Zoom. El espacio debe ser constante para que se proyecte en él lo que no tiene lugar afuera.

HONORARIOS: Sabemos que el pago no es solo eso, sino una forma más de delimitar el vínculo, asimétrico y con reglas.

REGLAS TÉCNICAS: Abstinencia y neutralidad del analista, asociación libre del paciente.

Agregaría lo que elegí llamar «la ritualización del cuerpo», dado que no hay (o no debería haber) contacto físico entre ambos. El analista prioriza la circulación de la palabra del analizando, escucha e interviene diciendo, «apalabrando», interpretando cuando el *timing* así lo permite.

Siguiendo los aportes de Bleger (1967) —a quien debemos la sistematización del concepto—, el encuadre es la parte «no procesal» del análisis que debe mantenerse constante para que lo inconsciente pueda desarrollarse sin contaminarse. En esta línea, la rigidez y la neutralidad del analista aparecen como condiciones necesarias para que el marco cumpla su función de continente.

Hasta aquí, lo *sabido* y utilizado por la mayoría de los analistas en la praxis con cierta fijeza. Cabe preguntarse, sin embargo, acerca de lo que no siempre permanece inmutable. En esta línea, la noción clásica a la que me referí más arriba ha sido interpelada por distintos autores cuyas ideas intentaré poner a trabajar.

DIÁLOGO ENTRE TEORÍAS

El cuestionamiento apunta principalmente a la rigidez excesiva y a la neutralidad extrema, que en lo personal considero normas inalcanzables y, en el primer caso, poco deseable.

Christopher Bollas y «el acto de presencia»

Bollas (1994) cuestiona la neutralidad cuando afirma que «el analista que se presenta como una superficie neutra, sin carácter, abandona al paciente a una experiencia de soledad [...] El acto de presencia del analista es parte de la interpretación» (p. 89). Para él, el analista comunica a través de su presencia, su forma de estar, su tono, incluso su silencio. Llama a esto «acto de presencia», fundamental para que el analista no se ausente psíquicamente, ya que cuando se borra, deja al paciente solo con su vacío. Para él, el encuadre rígido, sin presencia viva, no cumple su función de sostén. En la misma línea, desarrolla la idea de que el analista debe prestarse a ser usado como objeto transformacional, en una función opuesta a la de un espejo, en tanto este es un objeto inanimado.

André Green y «el analista en blanco»

Green (2010), por su parte, desarma el mito de que la rigidez es una premisa ética. Para él, lo que se juega muchas veces es el miedo del analista a estar implicado. «El analista en blanco es un analista muerto», afirma, «su neutralidad absoluta es una defensa contra la implicación subjetiva» (p. 61). La «pantalla blanca» sería una fantasía defensiva que niega la subjetividad del analista y empobrece el campo analítico. Destaca el encuadre como «un marco vivo» y no inanimado. En su conceptualización, sin presencia no hay análisis y un analista presente no puede evitar la implicancia.

Piera Aulagnier y el «contrato narcisista»

Siguiendo a Aulagnier (1977) sobre el «contrato narcisista» como pacto fundante entre el yo y el grupo social que sostiene la identidad, aunque no se ocupó directamente del encuadre técnico, alude a él: «Todo grupo exige de sus miembros la adhesión a un conjunto de enunciados que sostienen su identidad. Cuando el analista impone el encuadre como exigencia absoluta, transforma el contrato analítico en contrato narcisista». En esta línea, el encuadre puede dejar de ser una condición técnica para transformarse en una exigencia del analista de que el paciente se adapte a su narcisismo. Esto lo transformaría en violencia secundaria.

Sintetizando: para Bollas, sin presencia no hay análisis; para Green, la neutralidad absoluta se vuelve defensa; para Aulagnier, la rigidez puede ser imposición narcisista del analista.

Pensando desde Winnicott

Winnicott (1972) no habla de encuadre, sino de *holding* y ambiente facilitador. El *holding* implica sostener al paciente como la madre sostiene al bebé. Pero sostener no es inmovilizar. La crítica a la rigidez del encuadre aparece en Winnicott cuando plantea que el análisis solo es posible si existe un «espacio potencial» para el juego. Para él, un encuadre excesivamente rígido deja de ser sostén y se vuelve intrusivo: «El juego es inherentemente excitante y precario. Esto se debe a que en él la frontera entre lo subjetivo y lo que es objetivamente percibido no está bajo control» (p. 64).

Si el analista se aferra a la inmovilidad técnica como norma, el paciente no puede usar el encuadre como objeto transicional. El *holding* se

convierte entonces en contención rígida que no permite la experiencia de omnipotencia ni la prueba de que el objeto sobrevive a la destructividad. Por eso, Winnicott (1972) insiste en que hay momentos en los que el analista debe «manejar» y mostrarse vivo porque solo así el paciente puede sentir que hay otro real que sostiene el proceso sin colapsar.

Una aproximación a las ideas de Lacan

Lacan (1961/2009), por su parte, desarma la idea de que la mudez y la rigidez temporal sean condiciones éticas del análisis y las considera normas que suelen ser defensa del yo del analista. En tal sentido, nos advierte que el analista no debe identificarse con el yo ideal del paciente ni responder a la demanda de amor con la neutralidad impersonal que se cree garantía de objetividad (p. 568). Para él, el silencio solo tiene valor si opera como corte significativo. Si se aplica como regla fija, se transforma en un ritual que obtura el deseo del analista y mantiene al paciente en la demanda. Otro tanto ocurre con el tiempo fijo: su práctica de la sesión de tiempo variable es una forma de mostrar que el tiempo del inconsciente no se rige por el reloj del yo. El encuadre, entonces, no es sagrado; es un dispositivo que debe caer si sostiene la resistencia del analista.

Vimos entonces que Bleger (1967) conceptualiza el encuadre «clásico» como la parte «no-procesal del análisis, el marco estable que debe mantenerse constante para que el proceso inconsciente pueda desplegarse sin contaminarse». En esta línea, la rigidez y la neutralidad aparecen como condiciones necesarias para que el marco cumpla su función de continente. Sin embargo, tanto Winnicott como Lacan muestran el reverso de esa postura. Para Winnicott (1972), el encuadre solo sostiene si funciona como *holding* que habilita el juego y el uso del objeto. Cuando la rigidez se vuelve excesiva, deja de sostener y puede convertirse en un obstáculo para el proceso mismo. Lacan (1961/2009) advierte que la impotencia para sostener auténticamente una praxis «se reduce, como es corriente en la historia de los hombres, al ejercicio de un poder» (p. 566), lo que permite leer la aplicación mecánica del encuadre, no como garantía técnica, sino como una forma en que las pasiones del analista —su necesidad de no decepcionar, de estar por encima— se cristalizan en normas que sustituyen la ética.

En el mismo texto, Lacan (1961/2009) señala que la posición del analista no equivale al no-hacer: sus sentimientos «solo tienen un lugar posible en este juego, el del muerto; y si se le reanima, el juego se prosigue sin que se sepa quién lo conduce» (p. 566). La mudez y la fijeza temporal sostenidas como rituales técnicos corren el riesgo de convertirse precisamente en esa reanimación encubierta: el analista que se parapeta en la norma ocupa el lugar equivocado. Así, lo que en Bleger (1967) aparece como garantía estructural del proceso analítico, se revela desde la perspectiva lacaniana como una posible forma en que la impotencia del analista para sostener la praxis se ejerce como poder.

Sin embargo, no es tan simple como para metaforizarlo como las dos caras de una moneda, sino que problematizarlo implica incluir múltiples aristas. Sostengo entonces que el encuadre no es un conjunto de reglas intocables, sino una función ética que debe flexibilizarse cada vez que su rigidez deja de sostener y pasa a obturar. Esta concepción, que da cuenta de mi modo de trabajo clínico, se apoya en lo planteado por Bleger (1967) sobre el encuadre como condición de posibilidad de proceso, por Green (2010) respecto de la rigidez como defensa del analista, por Bollas (1994), en relación con el acto de presencia, y por Winnicott (1972) sobre la necesidad de que el analista pueda ser usado de modos no previstos. No ignoro que esta postura resulta, cuando menos, opinable, en particular con relación a dos puntos que abren interrogantes: flexibilizar sí, pero ¿hasta dónde sin deslizarse al «todo vale»? ¿Cuáles podrían ser las consecuencias de un encuadre demasiado laxo?

DESDE LA CLÍNICA

Para ejemplificar lo antes expuesto, me referiré a un momento del proceso analítico con un paciente púber de 12 años con quien veníamos trabajando la violencia intrapsíquica que desplegaba en sesión (Yardino, 2004). Considero que los pacientes de esta franja etaria, así como los adolescentes y los niños, requieren del analista un alto grado de permeabilidad para manejar las excepciones y interrupciones del encuadre. En ocasiones, como la que mostraré, incluso su ruptura.

Recibí un llamado del colegio: un *barrabrava* del liceo de enfrente lo amenazaba «de muerte» y él proporcionó mi contacto pidiendo que fuera a buscarlo. Todas las reglas del encuadre indicaban que no debía hacerlo, pero quedarme esperando la sesión siguiente hubiera sido dejarlo solo frente a lo que excedía por mucho la palabra. Sostener las reglas equivalía a repetir la desprotección que el paciente ya vivía a nivel familiar. Fui a buscarlo. Esa salida rompió el horario, el lugar y la modalidad de contacto. Fue, sin embargo, esa ruptura la que permitió develar el nivel de violencia transgeneracional que venía sosteniendo el síntoma.

Si me hubiera aferrado a las normas del encuadre, el marco dejaba de ser lo que Bleger (1967) llama «condición de posibilidad del proceso» y pasaba a ser parte de la repetición. Lo pienso como una salida del lugar del «analista en blanco» del que habla Green (2010): la neutralidad absoluta en ese momento no era ética sino defensa. Y también como un «acto de presencia» en el sentido de Bollas (1994): el paciente necesitaba un analista vivo e implicado, no una superficie neutra. Por su parte, Winnicott (1972) me ayuda a nombrarlo como un momento en el que el analista tuvo que ser «usado» de otro modo para que algo se destrabara. Fue una intervención que rompió el encuadre para sostener al sujeto y marcó un punto de inflexión en el proceso. La violencia, abordada hasta entonces a nivel intrapsíquico, irrumpió en el entramado de las transferencias, determinando, de parte del analista, una actuación que se constituyó en clave de acceso a una nueva comprensión de su vertiente transgeneracional.

En definitiva, el encuadre clásico sigue siendo la base que da orden al tratamiento, pero su valor ético aparece cuando el analista puede apartarse de la rigidez sin traicionar la función de sostén. ♦

REFERENCIAS

- | | |
|---|--|
| <p>Aulagnier, P. (1977). <i>La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado</i>. Amorrotu.</p> <p>Bleger, J. (1967). <i>Simbiosis y ambigüedad. Estudio psicoanalítico</i>. Paidós.</p> <p>Bollas, C. (1994). <i>Ser un personaje: Psicoanálisis y experiencia del sí mismo</i>. Paidós.</p> | <p>Freud, S. (1976). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En J. L. Etcheverry (Trad.), <i>Obras completas</i> (Vol. 12, pp. 111-119). Amorrotu. (Trabajo original publicado en 1912).</p> <p>Green, A. (2010). <i>El pensamiento clínico</i>. Amorrotu.</p> |
|---|--|

Lacan, J. (2009). La dirección de la cura y los principios de su poder. En *Escritos 2* (pp. 565-626). Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1961).

Winnicott, D. W. (1972). *Realidad y juego*. Gedisa.

Yardino, S. (2004). «Jugar a matar». Acerca de los efectos de la violencia en el proceso de subjetivación y en la práctica clínica. *Psicoanálisis (APdeBA)*, 26(2), 433-458. <https://www.psicoanalisisapdeba.org/vol-xxvii/jugar-a-matar-acerca-de-los-efectos-de-la-violencia-en-el-proceso-de-subjetivacion-y-en-la-practica-clinica/>

La abstinencia como constante del encuadre psicoanalítico



DAMIÁN SCHROEDER¹

El encuadre es entonces una institución.

— José Bleger

Me honra haber sido convocado a participar en esta presentación de nuestra querida *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (RUP) en su 70.º aniversario.

En una reunión científica en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, celebrada a fines de 2010, inauguramos la Biblioteca Virtual-Psi, culminando así un proceso de años junto con universidades públicas y privadas y casi todas las organizaciones Psi de Uruguay. Para esa presentación, que luego fuera publicada en la RUP, elegimos el término *encuadre*, de los más citados en las referencias, con 170 en aquel entonces y a lo largo de distintos períodos (Schroeder et al., 2011).

Diez años después, en 2020, la misma búsqueda arrojó 250 referencias. Esto fue en el contexto de haber sido convocado a colaborar con un artículo en la revista *Equinoccio* con el tema encuadre, en la ocasión del 40.º aniversario de la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica. En aquel artículo, comenzaba con el mismo epígrafe tomado del texto de Bleger (1967) «Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico»: «El encuadre es entonces una institución», para proponer como título «La institución en el encuadre» (Schroeder, 2021).

Para quienes abrevamos en la importancia de la determinación social en la psiquis, acerca de la que Viñar (2002) nos ha dejado tantas enseñanzas, es complejo dar cuenta de los modos en que estos procesos se

1 Miembro titular de la APU. damianschroeder@gmail.com

producen. Más aún, ¿cómo dar cuenta de lo sociohistórico en los procesos de subjetivación del analista?

La intuición blegeriana del encuadre como institución se enlaza con esta otra afirmación a párrafo seguido. Dice Bleger (1967):

Lo que me resultó evidente es que cada institución es una parte de la personalidad del individuo. Y de tal importancia, que siempre la identidad —total o parcialmente— es grupal o institucional, en el sentido de que siempre, por lo menos una parte de la identidad, se configura con la pertenencia a un grupo, una institución, una ideología, un partido, etc. (p. 238).

Bleger (1966) articula en un mismo sujeto una dimensión singular, grupal, institucional y comunitaria, aporte que él toma de Pichon-Rivière (1971). Se puede ver la inquietud de Bleger (1967) acerca de cómo, partiendo de una matriz social, alguien adviene como sujeto (Faimberg, 2012). Considero que esto último está en relación con la temática propuesta por nuestra RUP (APU, 2020): Otro-yo-otro. Lo simbólico y lo imaginario produciendo un sujeto psíquico contemporáneo atravesado socioculturalmente en lo singular, lo grupal y lo institucional.

Desde la perspectiva de una praxis concebida sociohistóricamente, me propongo repensar el posicionamiento analítico a partir de la regla de abstinencia como constante del encuadre y como condición del método psicoanalítico. El desafío es, entonces y ahora, alojar, ser hospitalarios al/ con el sufrimiento psíquico del sujeto contemporáneo. Nuestra escucha analítica, en una atención que, de manera ineludible, es desparejamente flotante, es una escucha en tensión, entre prescripciones y proscripciones, instituidos e instituyentes; prescripciones entre las que se destaca la regla de abstinencia inevitablemente atravesada sociohistóricamente.

Ahora bien, una reinterrogación con respecto al encuadre psicoanalítico en nuestra praxis contemporánea necesita de una mirada histórica que nos permita la puesta en perspectiva de la abstinencia como constante del encuadre y condición del método psicoanalítico. En esa mirada histórica, lo primero que observamos es que no siempre hubo encuadre tal como fue conceptualizado ulteriormente. La palabra *encuadre* no aparece en la obra de Freud.

Las conceptualizaciones acerca del encuadre han tenido históricamente que ver con su problematización (Schroeder, 2010). Los llamados «escritos técnicos» que Freud escribiera entre 1910 y 1915 (1910/1979; 1915/1980) dan cuenta de esto. En 1910, en el contexto de la fundación de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA), Freud (1910/1979) hace referencia a la contratransferencia para señalar los puntos ciegos del analista. Indica así lo imprescindible del análisis personal como condición para analizar. Es en esos escritos que Freud también se referirá a la necesaria abstinencia del analista, fundamentalmente para controlar las transgresiones (actuaciones incestuosas) al encuadre en aquel período.

La figura del cirujano en la asepsia de su *block* quirúrgico tomó la delantera en la manera de concebir el posicionamiento analítico. Que esto se haya producido en el contexto del proceso fundacional de la IPA nos recuerda que Bleger (1969) formuló el concepto de *praxis psicoanalítica* para dar cuenta de la indisoluble unión en el psicoanálisis entre la teoría, la práctica y «la organización institucional del psicoanálisis y de los psicoanalistas» (p. 287).

Desde los inicios del psicoanálisis, ya en aquel congreso fundante de la IPA de 1910, puede reconocerse de manera implícita una estrecha relación entre el posicionamiento del analista, la experiencia de análisis personal, el encuadre y los procesos de institucionalización. Hace ya tiempo que se incluye una dimensión institucional a modo de «cuarta pata» del trípode. Esta dimensión atraviesa tanto la formación como la práctica clínica posterior, e incide de manera permanente en nuestras modalidades de escucha, en nuestras filiaciones transferenciales y teóricas y en nuestro posicionamiento analítico.

Esto explica, a mi juicio, tal como advirtió Racker (1955), que en dicho posicionamiento se movilizan, además de lo que proviene del analizante, otras relaciones de objeto que tienen que ver con nuestras filiaciones transferenciales, con los dispositivos institucionales, ya sea en la formación (seminarios, supervisiones, etcétera) como en la praxis ulterior. Incluye los atravesamientos provenientes de las sociedades analíticas como de toda la sociedad. Racker llamó a estos fenómenos «contratransferencia indirecta», que me parece que puede ser pensada como una dimensión institucional de la contratransferencia y que propuse llamar «implicación» (Schroeder, 2006).

Un ejemplo paradigmático es lo que puede observarse en la implicación del analista en formación en las supervisiones curriculares en relación con la frecuencia esperada de las sesiones. Existe una tensión inevitable entre las necesidades y las posibilidades de un analizante y de un analista, cada vez y de manera singular, y las exigencias de un instituto de formación. Es en esa tensión que aparece la expresión *pacientes curriculares*.

Las problematizaciones de los encuadres se produjeron a punto de partida de la ampliación de las fronteras de la práctica clínica en el abordaje de niños y de pacientes no-neuróticos. Más recientemente, con la crisis de 2002, se teorizó en torno a lo que se dio en llamar el «desmantelamiento del encuadre tradicional» (Alizade, 2002, p. 13), de lo que da cuenta nuestra RUP (APU, 2002) de aquel año: «Encuadres y procesos psicoanalíticos». La cuestión del encuadre y su problematización se puede rastrear en la revista. Fundada en 1956, tuvo un punto de inflexión, a nuestro juicio, con el primer número del cuarto volumen, en 1961.

En el 70.º aniversario de nuestra revista, es pertinente recordar que en ese contexto kleiniano de aquel fermental psicoanálisis del Río de la Plata se publicaron artículos que dan cuenta de las controversias mayores del psicoanálisis mundial en esa época. En esa edición se publican «Los orígenes de la transferencia», de Klein (1961); dos artículos de Heimann (1961a, 1961b), «Acerca de la contratransferencia» y «Contratransferencia» (a los que Klein se había opuesto cuando su primera publicación); una revisión de la obra de Racker, realizada por Baranger (1961); y un artículo de Money-Kyrle (1961) que retoma a Lacan (2003) en su crítica a la contratransferencia. Es en ese mismo número que se publica «La situación analítica como campo dinámico», de Baranger y Baranger (1961), texto devenido clásico de nuestro acervo psicoanalítico, de plena vigencia, que incluye desarrollos y reformulaciones ulteriores, de las que también da cuenta nuestra RUP.

En el conjunto de esos artículos (exceptuando el de Klein), se encuentra una crítica a las metáforas invocadas por Freud (1912/1980) de la «luna del espejo», a una concepción de un analista que solo muestra lo que le es mostrado y a la metáfora de un ideal de analista al modo de «un cirujano en el *block* quirúrgico». Por el contrario, la respuesta emocional

del analista se constituye en herramienta para develar lo inconsciente del paciente. Heimann (1961a, 1961b), quien postula el uso de la contratransferencia como instrumento, alude a cómo Freud (1895/1980) refiere a una resistencia de la paciente que se oponía a que emergieran los recuerdos olvidados. Para superar esa resistencia, Freud consigna que debió recurrir a su propio trabajo psíquico. Concluye que esa resistencia se correspondería con la fuerza que tuvo que ver con la generación sintomática de entonces como con la represión de los recuerdos infantiles (p. 275).

Ese trabajo psíquico freudiano, que evoca la precesión contratransferencial señalada por Neyraut (1976), significó un paso enorme de la técnica a la metapsicología del inconsciente y la represión, y ese paso fue posible por el reconocimiento de Freud de su implicación en aquel campo inaugural (Schroeder, 2000). Es un encuadre que ya no puede pensarse sino incluyendo la implicación del analista en el campo transferencial. Coincido con Viñar (2020) cuando sostiene que las concepciones desarrolladas por Pichon-Rivière (1971), Bleger (1967), Racker (1955) y Baranger y Baranger (1961) apuntaban a un horizonte distinto al de la proclamada asepsia en el trabajo psicoanalítico (p. 73).

Baranger y Baranger (1961), al elaborar sus experiencias con grupos, postulan una fantasía de pareja que surge singularmente en el campo analítico. Es un inconsciente que se crea en sesión, que surge en el campo, que trasciende a cada uno de los sujetos en juego, marcando un punto de inflexión en las hipótesis sobre el inconsciente (Sopena, 2012, p. 444). El sujeto del inconsciente es conceptualizado en un movimiento que va de lo grupal a lo singular. Es en esos mismos años en los que Bleger (1967) ya venía pensando lo institucional que escribe el ya citado «Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico», texto devenido clásico y, por lo mismo, a reinterrogar. Bleger señala el problema de un encuadre «idealmente normal», de un encuadre que se «cumple» aparentemente sin problemas. Señala que el baluarte más resistente se deposita en el encuadre y esto es a significar en el trabajo analítico. Fue un aporte suyo el advertirnos con respecto al riesgo de las ritualizaciones en los encuadres, junto con la necesidad de mantenerlo estable (Faimberg, 2012). Aborda el encuadre cuando parece que no hay problemas para indicar el riesgo de no advertir la significación transferencial en juego en la dialéctica entre el encuadre del analista y el del analizante.

Freud (1912/1980) distingue ya en aquellos «escritos técnicos» entre los pilares del método: la libre asociación del analizante y la atención flotante del analista, distinto de los «consejos» en relación con la frecuencia, la duración de las sesiones, los honorarios, etcétera. Todos ellos elementos de una técnica pasibles de modificación sin por ello traicionar al método. Esta distinción entre método y técnica (Fernández, 2010, p. 161) nos ayuda, a mi juicio, a distinguir también entre encuadre y contrato.

En la formulación de Bleger (1967) se trata de un encuadre articulado con referencias kleinianas y bionianas y que es concebido como el depositario de aspectos indiferenciados o psicóticos. Esto que puede observarse en la clínica del campo no-neurótico requiere de precisiones para el campo neurótico. Por otra parte, Bleger define al encuadre como el «no proceso», como constante y condición de proceso. Este singular aporte ha sido «naturalizado». No obstante, la definición de *encuadre* como «no proceso» es a reinterrogar. Sin ir más lejos, mientras que para Bleger el no proceso es condición de proceso, para Baranger y Baranger (1961) el no proceso refiere al estancamiento del campo analítico.

El encuadre como no proceso estableció un ideal de fijeza, de inmutabilidad a repensar sociohistóricamente. Este ideal de estabilidad, de un encuadre como invariante, es un obstáculo que no ha permitido ver que, en rigor, se trata de una realidad que cambia. ¿Sigue operando en nuestro imaginario un ideal de asepsia de *block* quirúrgico a salvo de la contaminación de los virus exteriores?

Aprendimos con la pandemia a cuestionar la presencialidad en su condición de constante. Navegamos, en el mejor de los casos, entre la tecnofobia y la tecnofilia. La presencialidad como condición de análisis ha mutado luego de la pandemia y continúa siendo fuente de controversias mayores en el mundo psicoanalítico. El espacio en cuestión y ¿el tiempo? Basta solo pensar en los efectos de la práctica lacaniana de la escansión en sesiones de duración variable, fuente del proceso que lo llevó a la «excomunió» de la IPA. O también podemos pensar en Winnicott (1958/1979), el primer autor en hablar de *setting*, y su práctica de sesiones prolongadas en el abordaje de pacientes con dificultades en la constitución de su yo, en un trabajo en el que el marco (*setting*) predomina sobre la interpretación (p. 394).

Ya señalé que es necesario profundizar en la diferencia entre contrato y encuadre, con frecuencia confundidos. El contrato remite a los aspectos formales y materiales de la situación analítica —horarios, honorarios, frecuencia, reglas explícitas—. Ciertamente es condición que se instituya una previsibilidad a efectos de que el espacio-tiempo analítico se preste a la resignificación transferencial. El encuadre, en cambio, surge y ha sido «amasado» en la experiencia analítica del propio analista. Es el trípode y la «cuarta pata» de una transmisión que produce procesos de subjetivación en el analista. En esta transmisión importan las latencias (Castillo Soto & Schroeder, 2024), los aspectos inconscientes que se juegan en el «prisma transferencial» de perfil endogámico que caracteriza a las asociaciones psicoanalíticas y sus institutos, en los que además de la transferencia paciente-analista, se juegan múltiples transferencias con docentes, supervisores, en la compleja estructura institucional, como bien ha señalado Casas de Pereda (2002, p. 8).

En este proceso de historización puede verse cómo, con las ampliaciones de las fronteras de la clínica psicoanalítica, Green (Urribarri, 2008) instituyó la noción de encuadre interno del analista en su posicionamiento en el campo no-neurótico. En el llamado «desmantelamiento del encuadre tradicional», Alizade (2002) propuso también recurrir al encuadre interno.

Al irrumpir la pandemia, en marzo de 2020, arrasando con la posibilidad de la presencialidad, se invocó al encuadre interno como recurso, como si fuera una entidad, una cosa de la que disponemos, independientemente de los contextos en los que ejercemos nuestra praxis. Se trata más bien de la influencia de las crisis económicas, culturales y sociales en nuestra práctica clínica, de las condiciones en las que la ejercemos, atravesada por marcas institucionales, históricas y sociales. En este sentido, aquello que Bleger (1967) concebía como no proceso también se transforma y se ve atravesado por movimientos históricos y sociales.

No hay dudas de que existe un trabajo psíquico imprescindible del analista y que eso ha sido llamado «encuadre interno». En lo de *interno* resuena una vez más la ilusión de una práctica analítica realizada en el aislamiento del *block* quirúrgico. Ciertamente, el abordaje de la cuestión de lo interno/externo no lo voy a desarrollar aquí. Aunque fue Green (Urribarri, 2008) quien instituyó la noción de encuadre interno, fue Donnet (1999),

en 1973, el primer autor psicoanalítico en hacer mención del encuadre interno en su texto «El diván bien atemperado». Afirmo más adelante en ese mismo texto que el verdadero encuadre sería transicional...

Entonces, ¿de qué disponemos? De nuestro análisis personal, del efecto en nosotros de la privación en el otro, de su abstinencia en su posicionamiento analítico. Entendemos la regla de abstinencia no solo como el concepto *princeps* de una pretendida teoría de la técnica, manteniendo la necesaria privación y frustración (Schkolnik, 1999, p. 79), no solo como pilar de nuestro método, sino como constante, siempre en tensión, del encuadre psicoanalítico y, por lo tanto, como condición del método. Si el posicionamiento abstinentes es posible, es porque remite a la experiencia personal del análisis del analista.

El abstenerse de desear por el otro es una condición constante del encuadre y del método, de tal manera que sea posible que haya un analizante que asocie libremente y un analista que atienda «desparejamente» flotante y que pueda prestarse al juego de la deconstrucción subjetiva. Es una abstinencia que está condicionada sociohistóricamente y que, por lo tanto, es objeto de atravesamientos en modo de prescripciones y proscripciones. Parafraseando a Freud (1921/1979) y a Pichon-Rivière (1971): en la atención desparejamente flotante de nuestra escucha psicoanalítica, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo todos los encuadres son, al mismo tiempo y desde un principio, sociales.

El silencio abstinentes es favorecedor de la transferencia en la artesanía del juego analítico, lo que vale también para nuestras experiencias de intervenciones institucionales trabajando con/en grupos, equipos y organizaciones.

REFERENCIAS

Alizade, A. M. (2002). El rigor y el encuadre interno.
Revista Uruguaya de Psicoanálisis, 96, 13-16.
<https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1601>

Asociación Psicoanalítica del Uruguay. (2002).
Encuadres y procesos psicoanalíticos.
Revista Uruguaya de Psicoanálisis, 96. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/issue/view/111>

- Asociación Psicoanalítica del Uruguay. (2020). Otro-Yo-otro. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 130-131. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/issue/view/3>
- Baranger, W. (1961). Notas sobre el aporte de Heinrich Racker al conocimiento de la contratransferencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 164-176. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/838>
- Baranger, M., & Baranger, W. (1961). La situación analítica como campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 3-54. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/792>
- Bleger, J. (1966). *Psicohigiene y psicología institucional*. Paidós.
- Bleger, J. (1967). *Simbiosis y ambigüedad. Estudio psicoanalítico*. Paidós.
- Bleger, J. (1969). Teoría y práctica en psicoanálisis: La práctica psicoanalítica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 11(3/4), 287-303.
- Casas de Pereda, M. (2002). *Reflexiones sobre la frecuencia de sesiones en la práctica analítica* [Ponencia]. Precongreso del XXIV Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis de la Federación Psicoanalítica de América Latina, Montevideo, Uruguay.
- Castillo Soto, D., & Schroeder, D. (2024). Lo latente en la dimensión institucional de la transmisión. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 138, 13-25. <https://doi.org/10.36496/n138.a1>
- Donnet, J. L. (1999). El diván bien atemperado. *Revista de Psicoanálisis de la APM (Madrid)*, 31.
- Faimberg, H. (2012). José Bleger y su encuadre dialéctico: vigencia actual. *Calibán*, 10(1), 194-203.
- Fernández, A. (2010). El método y la consulta terapéutica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 110, 161-173. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1190>
- Freud, S. (1979). Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 11, pp. 129-142). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1910).
- Freud, S. (1979). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 18, pp. 63-136). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).
- Freud, S. (1980). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 12, pp. 111-119). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912).
- Freud, S. (1980). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 12, pp. 159-174). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1980). Sobre psicoterapia de la histeria. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 2, pp. 253-309). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1895).
- Heimann, P. (1961a). Acerca de la contratransferencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 129-136. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/835>
- Heimann, P. (1961b). Contratransferencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 137-149. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/836>
- Klein, M. (1961). Los orígenes de la transferencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 116-128. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/834>
- Lacan, J. (2003). *El seminario. Libro 8: La transferencia, 1960-1961*. Paidós.
- Money-Kyrle, R. E. (1961). Contratransferencia normal y algunas de sus desviaciones. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 150-163. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/837>
- Neyraut, M. (1976). *La transferencia*. Corregidor.
- Pichon-Rivière, E. (1971). *Del psicoanálisis a la psicología social*. Nueva Visión.

- Racker, H. (1955). Aportación al problema de la contratransferencia. *Revista de Psicoanálisis*, 12(4), 481-499. https://www.apa.org/ar/_apa/download/REVAPA19551204p0481Racker.pdf
- Scholnik, F. (1999). ¿Neutralidad o abstinencia? *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 89, 68-81. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1313>
- Schroeder, D. (2000). El sujeto y el objeto de la contratransferencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 92, 137-158. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1433>
- Schroeder, D. (2006). Subjetividad y psicoanálisis. La implicación del psicoanalista. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 103, 40-58. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1599>
- Schroeder, D. (2010). Repensando el encuadre interno. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 110, 144-160. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1189>
- Schroeder, D. (2021). La institución en el encuadre. *Equinoccio. Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, 2(1), 33-52. <https://doi.org/10.53693/ERPPA/2.1.2>
- Schroeder, D., Bertúa, F., Francia, P., Gómez, M., López, A. L., Ponce de León, E., Errandonea, E., Rodríguez, C., Moreno, P., & Bordaberry, M. (2011). El concepto de encuadre en la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (1956-2010) y en la biblioteca de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 111, 203-227. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/926>
- Sopena, C. (2012). El campo dinámico del psicoanálisis. *Revista de Psicoanálisis*, 69(2-3), 431-446. https://www.apa.org/ar/_apa/download/REVAPA20126923p0431Sopena.pdf
- Urribarri, F. (2008). André Green; La representación y lo irrepresentable en la práctica contemporánea. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 106, 110-119. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1699>
- Viñar, M. (2002). Sobre encuadre y proceso psicoanalítico en la actualidad. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 96, 24-30. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1625>
- Viñar, M. (2020). Pensando con Freud en el siglo XXI. Yo y el otro en la formación analítica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 130-131, 68-75. <https://doi.org/10.36496/n130.131a3>
- Winnicott, D. W. (1979). *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1958).



CONVERSACIÓN EN LA REVISTA

70 años después: entre la tinta y la pantalla



JAVIER GARCÍA CASTIÑEIRAS¹

La *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* cumple 70 años. Vista en perspectiva, la RUP revela profundas transformaciones de formato, lenguaje y orientación temática. Sin embargo, detrás de esos cambios se reconoce una continuidad singular: más que un órgano destinado a preservar ortodoxias, ha sido un espacio donde el psicoanálisis uruguayo pensó críticamente sus propias transformaciones.

La revista nació junto con la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Sus primeros números fueron una herramienta de construcción institucional y de transmisión. Publicaba trabajos extensos, relatos clínicos detallados, traducciones clave y textos de carácter ensayístico. La teoría surgía muchas veces del interior de los casos y la escritura conservaba el ritmo de una conversación entre colegas que construían, al mismo tiempo, una institución, una práctica y una tradición.

Con el tiempo, la RUP se fue transformando. A la clínica se sumaron debates sobre técnica, epistemología, filosofía, semiótica, cultura y literatura, además de una reflexión cada vez más explícita sobre su propia historia. Nunca quedó atrapada en una sola escuela. Su rasgo más distintivo ha sido la apertura a distintas corrientes —freudianos, kleinianos, bionianos, lacanianos, investigadores del desarrollo temprano—, convirtiéndose en un espacio de pluralidad sin perder una identidad reconocible.

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay.
jgarciaCast@gmail.com

Cada equipo editorial dejó su marca: unos privilegiaron la consolidación clínica, otros la apertura teórica, otros el diálogo epistemológico e interdisciplinario. En las últimas décadas ganó relevancia la profesionalización editorial, la indexación y la inserción en circuitos académicos internacionales. La historia de la revista puede leerse, en buena medida, como la historia de las preguntas que cada época consideró necesarias.

LA EXPERIENCIA MATERIAL

Es difícil escribir sobre la RUP después de haber participado en su conducción. Parte de su historia es colectiva e institucional. Pero hay también una dimensión más subjetiva y material: la experiencia del objeto físico. Quienes crecimos en la cultura del papel recordamos la llegada de cada número como un acontecimiento sensorial. El peso, la textura, el olor de la tinta fresca producían un placer previo a la lectura. Se hojeaba, se marcaba, se volvía sobre los textos. La revista ocupaba un lugar concreto en la biblioteca y en la memoria.

Las pantallas han modificado radicalmente esa relación. La lectura digital es incomparablemente eficaz para buscar, localizar y recuperar información. La lectura en papel, en cambio, conserva una cualidad de apropiación y permanencia difícil de reproducir. No se trata de elegir uno u otro, sino de reconocer que ambos formatos ofrecen experiencias distintas.

Hoy resulta impensable una revista sin una versión digital bien editada, accesible e indexada. La circulación del conocimiento ocurre principalmente por esos canales. Por eso imagino el futuro como una coexistencia inteligente: una edición digital robusta, visible internacionalmente, acompañada de una edición impresa más selecta, destinada a bibliotecas, intercambios institucionales y quienes valoran el objeto material.

TRANSFORMACIONES MÁS PROFUNDAS

Sin embargo, la cuestión más relevante no es tecnológica, sino cultural y epistemológica. Al comparar los primeros números con los actuales se advierte un desplazamiento: de una revista de escuela, orientada a la transmisión institucional y al ensayo clínico, a una publicación cada vez más

regida por criterios académicos de validación, evaluación e indexación. Este proceso no es exclusivo del psicoanálisis uruguayo, forma parte de transformaciones más amplias vinculadas con la expansión universitaria y los sistemas de acreditación internacional.

Los efectos positivos son evidentes: mayor visibilidad, facilidad de acceso para investigadores, estudiantes y docentes de todo el mundo, y una circulación que antes era impensable. Pero estos cambios también transforman las condiciones de producción y recepción del pensamiento. Los formatos académicos contemporáneos tienden a privilegiar textos más estandarizados, explícitos y evaluables, lo que puede reducir el espacio para la escritura ensayística y el pensamiento en movimiento que caracterizó muchas de las mejores páginas de la RUP. La legitimación ya no proviene solo de una comunidad de interlocutores cercanos, sino también de dispositivos más anónimos y estandarizados. Y las temporalidades de lectura se han modificado: nunca fue tan fácil encontrar un artículo ni tan difícil garantizar que sea leído con la profundidad que merece.

EL DESAFÍO ACTUAL

Nada de esto implica una sustitución completa. La transmisión, la formación clínica y la reflexión siguen siendo centrales. La cuestión es cómo sostener creativamente la tensión entre las exigencias académicas contemporáneas y aquellas formas de escritura, lectura y transmisión que han sido esenciales para la creatividad psicoanalítica. ¿Cuánto del carácter ensayístico ha quedado restringido por la necesidad de adecuarse a formatos internacionales homogéneos? ¿Cuánto espacio queda para una escritura que no solo comunica resultados, sino que produce pensamiento? ¿Cuánto se gana y cuánto se pierde cuando la validación académica adquiere mayor peso junto con las funciones históricas de transmisión institucional?

No planteo estas preguntas desde la nostalgia, sino como interrogantes necesarias para una revista que cumple 70 años. La historia de la RUP muestra que nunca fue solo un vehículo de publicación; fue un espacio donde el psicoanálisis uruguayo se pensó a sí mismo. El desafío consiste en preservar esa capacidad: mantener la pluralidad sin caer en la frag-

mentación, cumplir con requisitos formales sin sacrificar la creatividad, aprovechar la circulación digital sin renunciar a las formas de lectura profunda que hicieron posible nuestra tradición y sostener una escritura capaz de producir pensamiento propio en un mundo regulado por estándares, métricas y algoritmos.

Setenta años después, la pregunta sigue siendo la misma: cómo adaptarse al futuro sin perder aquello que hizo valiosa la experiencia que nos trajo hasta aquí. ♦

Editar y publicar hoy la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*



BEATRIZ DE LEÓN DE BERNARDI¹

La Comisión de Publicaciones ha desarrollado políticas editoriales orientadas a estimular la escritura y la publicación en la APU, promoviendo el diálogo con autores del medio, de la región y del ámbito internacional. La revista ofrece una perspectiva privilegiada sobre la evolución de la pluralidad de ideas psicoanalíticas de miembros de la APU y de la región, siendo parte de la memoria colectiva y base de desarrollos actuales y futuros.

Me desempeñé como directora de la RUP entre 2002 y 2004, luego de haber sido secretaria de redacción junto a Mireya Frioni (2000-2001). Mi experiencia posterior como editora asociada para Latinoamérica de *The International Journal of Psychoanalysis* (2017-2023), enfocada en la promoción del diálogo internacional, me llevó a valorar el papel de las revistas locales guardianas de historia y tradiciones psicoanalíticas específicas, y a apreciar la complejidad y los desafíos que la tarea editorial implica.

Actualmente, la Comisión de Publicaciones sostiene la edición de dos números anuales de la revista. Su labor comprende la definición de temáticas, la organización de las distintas secciones, la aplicación de normas editoriales, los procesos de revisión por pares, la selección y edición de trabajos, así como una estrecha colaboración con la Comisión de Biblioteca.

1 Miembro titular de la Asociación de Psicoanálisis del Uruguay, Montevideo, Uruguay.
deleon.bea@gmail.com

Quisiera destacar algunos aspectos y problemáticas en la tarea editorial del presente.

1. Continuidad y renovación de la integración de la Comisión de Publicaciones. La experiencia muestra que la tarea editorial requiere un tiempo de aprendizaje y acumulación de experiencia que difícilmente pueda desarrollarse en períodos muy breves. De hecho, a lo largo del tiempo, la integración de la comisión ha favorecido la continuidad de integrantes «expertos en la función», más allá de un único período de gestión (de dos años), manteniendo la legitimidad de los mecanismos electorales de la asociación. Hoy la tendencia a la integración de la comisión por analistas con experiencia y colegas jóvenes interesados se ha consolidado. Articular continuidad, renovación e innovación resulta necesario para cumplir imperativos formales de las publicaciones y dar lugar al diálogo intergeneracional y plural sobre las temáticas propuestas.

2. Diferenciación de funciones y contribución de revisores externos. La gestión de Mireya Frioni inició el proceso de revisión por pares, consolidado por las administraciones sucesivas. Este cambio permitió diferenciar con mayor claridad la función de la Comisión de Publicaciones como equipo editor y la de los revisores externos que formulan sus recomendaciones después de leer los trabajos, no identificados con el nombre del autor.

La consolidación de la revisión por pares busca contribuir a fortalecer la calidad de los artículos. Al mismo tiempo, exige una tarea compleja por parte de la comisión: leer los manuscritos, proponerlos a revisores, considerar las recomendaciones, dialogar con los autores y comunicar las decisiones editoriales en plazos razonables. Este proceso requiere preservar el respeto por la pluralidad de ideas y por la perspectiva de los autores, promoviendo la calidad conceptual y argumentativa más allá de las preferencias teóricas de quienes participan en las revisiones y en el proceso de aceptación de los trabajos.

Las revistas internacionales cuentan habitualmente con equipos editoriales estables y amplias redes de revisores, y tiempo para publicar los trabajos, que después de ser aceptados son considerados en relación con

la oportunidad y la fecha de publicación, que en general se difiere. Las revistas locales, en cambio, para mantener su vigencia deben responder simultáneamente a la difusión de las actividades científicas de sus comunidades y a los intercambios regionales e internacionales. El desafío consiste en mantener su vitalidad y capacidad de innovación sin descuidar los estándares de calidad, lo que exige mayor compromiso y trabajo.

3. Revistas temáticas y/o pluritemáticas. En la RUP han predominado números temáticos. En los últimos años se han realizado números pluritemáticos, lo que amplía las oportunidades para la publicación de trabajos provenientes de distintos intereses y líneas de investigación. Ambas modalidades presentan ventajas y pueden coexistir. Los números temáticos favorecen la profundización colectiva en un tema específico, mientras que los pluritemáticos permiten una representación más amplia de la producción local, regional e internacional.

La adopción de una u otra modalidad responde a decisiones editoriales vinculadas con los objetivos de cada período. Asimismo, el incremento de trabajos recibidos plantea cuestiones prácticas relacionadas con los tiempos de los revisores, la selección de artículos y la planificación de las publicaciones. Creo que la presentación de trabajos a la revista puede ampliarse y estimularse más allá de las convocatorias bianuales. También considero necesario pensar la posibilidad de que la comisión editorial pueda diferir el momento más oportuno para la publicación de los trabajos aceptados.

4. Papel y/o digitalización y acceso abierto. En mi opinión, tanto la publicación en papel como la digital continúan siendo necesarias. Ambas modalidades suponen costos que deben evaluarse institucionalmente. Las preferencias de los lectores pueden ser por uno u otro sistema. Pero más que pensar ambas formas como alternativas excluyentes, resulta útil considerar de qué manera pueden potenciarse mutuamente. La publicación digital ofrece posibilidades que van más allá del acceso a los números particulares. Permite la consulta sistemática de autores, temas y períodos históricos, facilitando una visión de conjunto, además de permitirnos identificar la revista que queremos leer en papel. La búsqueda *online*

amigable de autores y temas abre nuevas posibilidades para la docencia, la investigación y la escritura académica.

Asimismo, los archivos digitales permiten estudiar la trayectoria de la revista desde distintas perspectivas: la evolución de los temas a lo largo del tiempo, los cambios en las influencias teóricas, las características de los intercambios regionales e internacionales y los recorridos de la pluralidad de ideas que han caracterizado a la APU. Este tipo de análisis puede realizarse tanto por medio de estudios bibliométricos como mediante aproximaciones históricas y conceptuales.

La revista constituye, en este sentido, una fuente privilegiada para comprender la evolución del pensamiento psicoanalítico local y sus diálogos con corrientes regionales e internacionales. Puede transformarse también en una herramienta valiosa para la formación de analistas, la docencia y el trabajo de nuevos autores interesados en conocer antecedentes y desarrollos previos de sus ideas personales.

Por otra parte, las políticas de acceso abierto multiplican las posibilidades de circulación, intercambio y visibilidad de las producciones publicadas. La ampliación de los públicos lectores fortalece el diálogo con colegas de otros contextos culturales y lingüísticos, contribuyendo a una mayor difusión de la producción psicoanalítica uruguaya.

El desafío futuro consiste en aprovechar las potencialidades de la digitalización sin perder aquellas características que han hecho de la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* un espacio singular de reflexión, memoria institucional y construcción colectiva del pensamiento psicoanalítico. ♦

Reflexiones sobre la trayectoria y desafíos de la RUP.

70 años: experiencia y valor editorial



ABEL FERNÁNDEZ¹

En el marco de los 70 años de la RUP, fuimos invitados a participar en esta publicación aniversario. Nos solicitaron una breve reflexión escrita que recuperara la experiencia personal en el ejercicio de la función de edición, junto con el valor que estimamos haber aportado al proyecto editorial.

A lo largo de estas siete décadas, la revista ha recogido múltiples vertientes de la producción y transmisión del psicoanálisis. Ha experimentado numerosas transformaciones, a la vez que ha mantenido el espíritu de sus fundadores. La diversidad de los formatos de escritura —artículos, ensayos, discusiones, entrevistas, etcétera— ha enriquecido el diálogo y ampliado los modos de dar a conocer el saber psicoanalítico, tanto de autores nacionales como extranjeros. Esta evolución ha implicado no solo una adaptación a los cambios tecnológicos y culturales, sino también una reflexión constante sobre los modos de pensar, construir y comunicar el conocimiento psicoanalítico.

A modo de ejemplo, durante nuestra gestión al frente de la Comisión de Publicaciones, introdujimos una nueva sección que denominamos «Polemos». En ella procuramos promover opiniones diversas sobre un mismo tema, que fuimos variando en cada número. La idea fue, y sigue siendo, dar a conocer la diversidad de puntos de vista que coexisten en

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay.
abelfer@vera.com.uy

la APU y que consolidan a la revista como una publicación plural, tanto para nuestra institución como en el contexto mundial del psicoanálisis.

En paralelo, la formalización y la rigurosidad de los procesos de selección han afianzado pautas de calidad orientadas a garantizar la excelencia editorial, fortaleciendo la credibilidad y el prestigio de la RUP en el ámbito de nuestra disciplina. Este compromiso con la calidad ha sido fundamental para sostener la confianza de autores y lectores, y para posicionarla como un referente del psicoanálisis, tanto en nuestro medio como en otras partes del mundo.

La multiplicidad de interlocutores, que incluye no solo a psicoanalistas, sino también a profesionales de disciplinas afines como la psicología, la filosofía, la sociología, el arte, la antropología, ha ampliado el horizonte de la revista, promoviendo un espacio plural y dinámico en el que confluyen distintas perspectivas y enfoques. Esta apertura ha enriquecido el debate y ha permitido abordar el psicoanálisis desde múltiples dimensiones, favoreciendo la interdisciplinariedad y la innovación conceptual.

Estas transformaciones no solo han fortalecido la calidad del intercambio, sino que también han permitido que la RUP mantenga y amplíe su lugar como referencia en el campo psicoanalítico, consolidándose como un espacio de diálogo crítico y producción de saberes más allá de fronteras.

En este contexto, el formato digital y gratuito de la revista se ha vuelto indispensable para asegurar su accesibilidad y alcance globales al facilitar la interacción y el intercambio en tiempo real. Las plataformas digitales permiten, además, la incorporación de recursos multimedia, la actualización constante y la participación de la comunidad psicoanalítica desde cualquier parte del mundo, lo que amplía el impacto y la relevancia de la revista. A su vez, la edición en papel conserva un valor simbólico, histórico y material que sigue siendo significativo para muchos de nosotros. Actúa como un soporte tangible de identidad y tradición. La coexistencia estratégica de ambos soportes representa una síntesis entre tradición y contemporaneidad, que potencia la vigencia de la revista, y responde a las diversas necesidades y preferencias de sus lectores.

En el ejercicio de nuestra gestión, en 2006, conseguimos una contribución no reembolsable de la Asociación Psicoanalítica Internacional, por

medio del programa del Committee on Analytic Practice and Scientific Activities, que nos permitió escanear y editar un CD con la totalidad de las RUP desde sus inicios. Esta fue la base sobre la que se construyó luego la Biblioteca Virtual con la que en 2007 aportamos más de 1.000 artículos, disponibles bajo la licencia Creative Commons Attribution-ShareAlike (libre y gratuita). En el marco de los 50 años de la APU y de la edición número 100 de la RUP, se entregó el CD de forma gratuita junto con la revista a sus destinatarios y a todas las instituciones psicoanalíticas. Asimismo, el programa nos posibilitó la adquisición de una cantidad importante de libros para la biblioteca. Gracias a estas acciones, se facilitó el acceso a información histórica y se enriquecieron el acervo bibliográfico, la investigación y el intercambio entre las instituciones psicoanalíticas de nuestro país y de la región.

Hoy, la función de la RUP trasciende la mera difusión y se configura como un espacio activo de lectura crítica que respalda comunidades de pensamiento y ofrece un marco institucional que busca reconocer tanto la innovación como la continuidad de una tradición de pensamiento propia de un psicoanálisis latinoamericano, en su rigor y en su memoria histórica. De cara al futuro, la vigencia y especificidad de la RUP dependen de su capacidad para mantener una interlocución libre, activa y crítica en el campo psicoanalítico y con otras disciplinas. Entre los desafíos centrales se encuentran preservar el desarrollo conceptual y la profundidad analítica en tiempos de aceleración cultural y fragmentación discursiva, promover la diversidad de voces y perspectivas sin perder coherencia editorial, así como fortalecer su presencia en entornos digitales, sin renunciar a la calidad y al rigor que caracterizan su trayectoria. Se abren así posibilidades valiosas para ampliar redes de colaboración interdisciplinaria, y potenciar la circulación y consolidación de la revista como un espacio de encuentro, elaboración y transmisión que enriquece al psicoanálisis en su conjunto.

Esta conmemoración busca robustecer y poner en valor las huellas, preguntas y elaboraciones que se han ido gestando en la práctica editorial y que hoy forman parte del legado vivo y en constante construcción de la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. ♦



Desde la memoria...

NANCY DELPRÉSTITTO¹

Quiero agradecer la invitación para resumir brevemente mi experiencia como exdirectora de la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, con motivo de la celebración de sus 70 años. Mi camino por la RUP empezó mucho antes de asumir la dirección. Siempre pensé que era un espacio muy fructífero para entrar en contacto con publicaciones de autores que, en aquellas épocas, eran desconocidos por mí, así como para aprender a desarrollar un pensamiento crítico propio e intercambiar distintos puntos de vista con colegas. En definitiva, un lugar más de formación como analista.

En esta retrospectiva, la memoria analítica se actualiza en un modo de atemporalidad; no sé bien qué fue antes o después, por lo tanto, escribiré unas líneas de aquellos tiempos.

Casi 20 años después, las cosas son algo diferentes; lo que se mantiene es el compromiso y la posibilidad de transmisión del psicoanálisis, tanto ahora como allá y entonces. Recuerdo con mucho cariño a nuestra bibliotecaria, Marta Gómez, siempre colaboradora y dispuesta a todo lo necesario para el armado de cada edición. También quiero expresar mi reconocimiento a Eduardo Chao, quien se encargaba de la impresión y me ayudaba a conseguir datos que muchas veces faltaban. En ese entonces, la comunicación no era tan fácil como lo es actualmente. En aquellas ediciones participaron psicoanalistas que, si bien ya no están con nosotros, siguen presentes en mí, por no hablar de las huellas que dejaron en el psicoanálisis.

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay.
nancydelprestitto@gmail.com

En relación con lo que pienso hoy sobre el debate entre digitalización o papel, a mi modo de ver no son excluyentes, sino que se complementan. La digitalización tal vez permita un acceso más rápido, pero la impresión en papel me agrada más; forma parte de mi biblioteca y disfruto ver los ejemplares y recurrir a ellos de otra manera. Los progresos técnicos han complejizado la edición de la revista, pero esta sigue siendo una producción genuina del pensar psicoanalítico.

Agradezco profundamente a los compañeros que me acompañaron en aquellos momentos y los lazos que allí se forjaron. ♦

70 años de nuestra RUP: décadas de transmisión sin interrupciones



LAURA VERÍSSIMO DE POSADAS¹

Parece tan vieja y, sin embargo, es más joven que yo. Una de esas viejas que en algunas familias está siempre disponible para los suyos y en cuyo mundo se quiere tener un lugar. Muchos conocimos la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* antes del ingreso al instituto. Allí leímos a quienes no conocíamos más que por sus textos, luego los escuchamos en los congresos y establecimos con ellos transferencias que fueron diseñando nuestro periplo formativo. Porque fue por lo leído o por lo escuchado que elegimos analistas, supervisores... pero no docentes, ya que el plan de seminarios, en aquellos años 90, era cerrado, no dejaba posibilidades de opción.

Haciendo un salto en el tiempo, 20 años después (2010-2012) acepté hacerme cargo de la dirección de la RUP sin haber integrado nunca la Comisión de Publicaciones. Había visto, con asombro, a colegas cargando resmas de papeles para corregir durante las noches. Sobrevolaba la idea de que solo analistas podían realizar la tarea de corrección de textos de analistas.

A diferencia de otros momentos en los que el miedo nos hace equivocarnos, en aquel el susto me llevó a un acierto: el de rodearme de un grupo grande de colegas, algunos viejos amigos y otros apenas conocidos, así como de analistas en formación con los que no había compartido nin-

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay.
lverissimodeposadas@gmail.com

gún espacio antes.² La diversidad intergeneracional y lo imprevisto de lo desconocido fue, entonces, la apuesta de partida, un acicate que, creo, nos hizo más lúcidos y más creativos.

Todos los aspectos de la revista fueron puestos en consideración de la comisión y con interlocutores externos. Con ellos aprendimos sobre la importancia de establecer y cuidar las señas de identidad de la RUP. El rediseño de la revista, que se mantiene hasta hoy, además de su valor estético busca asegurar su visibilidad en el mapa de las publicaciones psicoanalíticas de la región y del mundo. Buscábamos transmitir también, a través de los aspectos formales, el modo como la concebíamos: como espacio de reunión de la producción de nuestra institución y, a la vez, abierta a integrantes de otras instituciones psicoanalíticas de nuestro país y del extranjero. Como un sismógrafo, registra movimientos apenas se esbozan y los debates que se despliegan en el mundo del psicoanálisis, y más allá de este, los movimientos en otras disciplinas científicas y artísticas con las que el psicoanálisis dialoga.

Apostamos también a que cada número fuera discutido por el siguiente dando continuidad, sobre todo en la sección «Polemos», pero no solo en ella, a los debates planteados. Promovíamos, así, rupturas y continuidades, haciendo de las «Conversaciones» y el «Humor» espacios permanentes.

En el tumulto de información y el vértigo de actividades, entonces como ahora, destaco la importancia de que cada número tenga un espacio propio de presentación, un espacio de «darlo a luz» y ponerlo a trabajar. Ello es oportunidad de transmisión de nuestra especificidad, que cada volumen recoge en su sección «Temática», así como de la producción de distintos grupos de la institución en su interlocución con el medio sociocultural: Jornadas de Literatura y Psicoanálisis, Jornadas del Centro de Intercambio y de los Laboratorios, entre otras. También es ocasión de hacer conocer la revista a nuevos lectores, posibilidad que se amplía si salimos hacia sus espacios y nos dejamos acompañar por alguna expresión artística, musical, de poesía o de humor.

2 Integraron la comisión: Alberto Moreno, Diego Speyer, Mónica Vasquez, Alvaro Zas, Walkiria Navarro, Zuli O'Neill, Gabriela Calvo y Alicia Freire.

En aquella primera década del siglo XXI, marcada por la revolución tecnológica, el avance de los *ebooks* auguraba la desaparición de los libros en papel.³ *Nadie acabará con los libros* (Eco & Carrière, 2010) representó la reacción de muchos de nosotros, hijos de Gutenberg, una reacción que reiteramos en cada ocasión que se propone que la RUP se edite exclusivamente en línea. El valor de objeto que convoca la mirada y el tacto, disponible a nuestras intervenciones en subrayados y comentarios al margen, con los que discutimos y con los que nos reencontramos cuando volvemos a retirar la revista de nuestra biblioteca, me parece insustituible por cualquier otro formato. Aunque haya que admitir que con los actuales casi todo eso es posible cuando los rescatamos de su sueño en la nube.

Hoy, más que nunca, lo vital para la subjetivación, desde la infancia a la adultez, es que no desaparezca la experiencia de la lectura, ese «milagro fecundo de una comunicación en el seno de la soledad» (Proust, 1905), esa experiencia sin tiempo —ya que todos se actualizan en el momento de la lectura— en la que, solicitados por lo más íntimo, que es lo más éxtimo, nos enajenamos en abismos que solo podremos explorar gracias a la intervención de un Otro, el texto... o el analista.

En este contexto de desorden mundial, habitados por el malestar de sentirnos al borde de un derrumbe civilizatorio —por el maltrato del planeta, de los derechos humanos y de las soberanías de los Estados—, la RUP seguirá siendo baluarte de «trabajo de cultura», en tanto, como señalara Freud (1930/1979), ese es el principal antagonista de las fuerzas destructivas y del individualismo exacerbado de nuestra época. Tarea colectiva para las futuras generaciones de analistas comprometidos con la ética de la escucha del sujeto deseante y de la escucha y la reflexión sobre el mundo que les toque vivir. ♦

3 Según una encuesta a pedido de la Cámara del Libro (2026), seis de cada diez lectores prefiere el libro físico.

REFERENCIAS

- Cámara Uruguaya del Libro. (2026). *Diagnóstico del mercado del libro en Uruguay: prácticas comerciales, dinámica competitiva y hábitos de consumo*. <https://cul.com.uy/estudio-diagnostico-del-mercado-del-libro-en-uruguay/>
- Eco, U., & Carrière, J.-C. (2010). *Nadie acabará con los libros*. Lumen.
- Freud, S. (1979). El malestar en la cultura. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 21, pp. 57-140). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1930).
- Proust, M. (1905). *Sur la lecture*. La Renaissance Latine.



RESEÑAS

Teoría y práctica en psicoanálisis. Una relación fundante, de Clara Uriarte



SONIA IHLENFELD¹

EDITORIAL TRADINCO.

MONTEVIDEO, OCTUBRE DE 2025.

Es un libro que reúne trabajos escritos por la autora en el transcurrir de los años. Su lectura brinda un fecundo despliegue en el que desde complejidades clínicas interroga teorías en reflexiones abiertas a lo enigmático de la función analítica. Los temas que cobran fuerza se refieren a la femineidad, las seducciones primarias y sus efectos, el narcisismo, la separación, el duelo y la melancolía. También introduce perspectivas en torno a la transferencia y la elaboración.

Lo femenino es una línea que atraviesa varios de los trabajos, en los que se refiere a particularidades de la ligazón madre-hija y sus consecuencias en el funcionamiento psíquico. Aporta situaciones

clínicas en las que se despliegan seducciones primarias intensas y extendidas en el tiempo, implantando funcionamientos traumáticos que obstaculizan el trabajo de separación. A la vez, se intensifican aspectos masoquistas. En estas circunstancias, surgen dificultades en la búsqueda de investimentos sustitutivos con los cuales movilizar la representatividad para simbolizar ausencias.

Introduce problemáticas de separación, narcisismo y melancolía. Es así que en uno de sus trabajos reflexiona en torno a la instauración de depresiones narcisistas en la neurosis. Se refiere a fallas en identificaciones primarias obturando investimentos libidinales y la consecuente diferenciación con el otro. En cuanto a la técnica, el analista se enfrenta al reto de movilizar lo traumático repetitivo.

En otros trabajos, Clara se detiene en peculiaridades transferenciales que han surgido en su experiencia. Se refiere al «amor de transferencia», dinámica en la que insisten anhelos infantiles tanto libi-

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay. sonia.ihlenfeld@gmail.com

dinales como hostiles. Resistencia y apertura al cambio se entrelazan movilizando el proceso analítico. Son sentimientos ambivalentes donde el odio se integra al amor dando lugar a una transferencia negativa pero ligada a lo libidinal. Esto evidencia el conflicto que puede ser expresado verbalmente dando espacio a la representatividad significativa. Lo diferencia de la «negativización de transferencia» que se hace oír en actos en los que se expresan identificaciones arcaicas, no simbolizables en su atadura a restos traumáticos sometidos a la repetición.

En estas circunstancias se repite odio ligado al no derecho a la propia subjetividad. Sin embargo, permanece ignorado y es el analista quien lo capta en gestos y actos no verbalizados. Destaca Clara, así, el desafío de sus indagaciones en procurar caminos que hagan posibles vías de reestructuración de aquello que quedó en estado de percepción traumática sometido a la compulsión repetitiva. Es en este sentido que en uno de los trabajos del libro reflexiona en torno a las «Construcciones en transferencia» como motor historizante de lo traumático no simbolizado. ♦



A LA MEMORIA



Ricardo Bernardi (1945-2025)

MARINA ALTMANN DE LITVAN¹

Me han pedido que escriba unas palabras acerca de Ricardo Bernardi. Me siento muy honrada de tener esta oportunidad, tanto por la valoración que siento por su trayectoria como por el cariño enorme que siento por él y su familia, con quienes hemos compartido muchísimos años de vida y amistad. En este tiempo hemos visto crecer nuestras respectivas familias y hemos compartido grandes alegrías y tristezas personales e innumerables instancias académicas y de trabajo psicoanalítico.

Ricardo Bernardi fue un médico, psiquiatra y psicoanalista uruguayo cuya obra dejó una huella imborrable en el psicoanálisis en Uruguay, en Latinoamérica y en la comunidad psicoanalítica internacional. En 1969 se graduó como doctor en medicina ganando la Medalla de Oro de la facultad, lo que significa que fue el mejor alumno de su generación. Ese fue solo el comienzo.

A lo largo de su carrera acumuló una trayectoria extraordinaria: especialista en Psiquiatría (1972), psicoanalista titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, magíster en Psicoanálisis (APU), doctor en Psicología (Universidad de Buenos Aires), analista de formación del Instituto de Psicoanálisis de la APU, profesor titular (grado 5) y director del Departamento de Psicología Médica de la Facultad de Medicina de la Universidad de la República —que refundó después de la dictadura junto con otros destacados analistas—, profesor titular (grado 5) de la Facultad

1 Miembro titular con funciones didácticas de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay. marina.altmann@gmail.com

de Psicología de la misma universidad y director de investigaciones de Nupplac en la Universidad Católica de Pelotas, Brasil. Fue también vicepresidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA) durante el mandato de Otto Kernberg, organizador científico del Congreso Internacional de Nueva Orleans y profesor invitado en el University College de Londres y en la Universidad de Ulm, en Alemania.

Sus contribuciones fueron reconocidas con distinciones internacionales: el premio de la Fepal (1992), el segundo premio de la Academia Nacional de Medicina (1997), el Sigourney Award (1999), el Best Paper Award del *International Journal of Psychoanalysis* (2003) y el Premio al Servicio Extraordinariamente Meritorio de la IPA. En 2016 fue invitado como International Scholar of the Year por el Columbia University Center for Psychoanalytic Training and Research, donde dio una conferencia en la Academia de Medicina de Nueva York. En 2012 fue nombrado profesor emérito de la Facultad de Medicina e ingresó a la Academia Nacional de Medicina.

La tarea de resumir lo que Ricardo hizo por la disciplina no era sencilla ni entonces ni ahora porque fue un espíritu muy inquieto, siempre innovador, que evolucionaba a un ritmo especialmente veloz. Su curiosidad era extraordinariamente amplia. Le interesaba la naturaleza y lo que a menudo denominaba «las cosas esenciales de la vida». Esa curiosidad se extendió de forma natural a su trabajo profesional. Fue un trabajador incansable, siempre involucrado en iniciativas y proyectos con diferentes personas y grupos.

Quienes lo conocieron personalmente recuerdan su carácter multifacético. Era profundamente familiar, pero también estaba impulsado por una búsqueda constante del placer, un placer entendido no en un sentido superficial, sino como una conexión con aquello que daba sentido a la vida: la naturaleza, los viajes, la artesanía, la conversación y la exploración intelectual. Esa capacidad para integrar diferentes registros de la experiencia era quizás su rasgo más distintivo.

Ricardo tuvo una creatividad admirable y una gran honestidad. Fue de las personas más generosas con el conocimiento que he conocido, permanentemente contribuyendo tanto con individuos como con grupos de trabajo. Su carácter crítico y argumentativo, su agudeza y su conocimiento

teórico y práctico, así como su capacidad para unir ambos aspectos, lo hicieron un referente muy valioso. Una destacada analista brasileña me dijo en una oportunidad: «¡Producía ideas frescas! A veces era imprevisible con qué iba a salir. No era un analista que utilizaba las modas, ¡era un *antifashion!*». Y sí, fue una realidad que Ricardo, no solo no siguió modas, sino que no fue capaz de repetirse ni a sí mismo, siempre elaborando más allá incluso de su propia producción.

Su trabajo tuvo un nivel bien visible, por su producción escrita —más de 250 artículos publicados internacionalmente— y por sus acciones, estimulando diferentes grupos de trabajo a lo largo de su vida en distintos contextos. Pero también tuvo una labor más invisible: ayudando a pensar las diferentes instituciones y agentes de cambio en torno a problemas que no habían sido detectados anteriormente. Nuestra institución logró un plus importante gracias a muchas de esas intervenciones invisibles. Siempre trabajó en nuevos desafíos, a menudo varios años adelantado a sus colegas. Esa característica suya de ir siempre algunos pasos adelante hacía que a veces fuera difícil seguirlo en su línea de pensamiento y en su producción. Esto llevó a que algunos psicoanalistas lo desconocieran o malinterpretaran. Por otro lado, recibió la admiración de psicoanalistas destacados del ámbito internacional, en quienes a menudo encontró interlocutores más cercanos que algunos colegas más próximos espacialmente. A pesar de todo esto, era muy humilde cuando se refería a sus propias capacidades o conocimiento.

Ricardo, parafraseando trabajos de Santiago Kovadloff, fue un «hombre de su tiempo», involucrado en las circunstancias de su época. El conocimiento lo atravesaba y lo modificaba. Nuevas luces, nuevas preguntas renacían a partir de lo que aprendía. Tuvo espíritu individual pero también de grupo, de equipo, de colaboración. Estableció puentes entre la vida privada y la pública, entre el pasado y el presente, de donde tomaba recursos para imaginar el futuro. No solamente se preguntaba quiénes éramos, sino también cuáles eran los desafíos que los analistas teníamos en el mundo. Gracias a su formación e intereses, dialogó con la epistemología, la biología, la neurociencia, la literatura y la medicina, utilizando diferentes metodologías que complementaron y a veces confrontaron al psicoanálisis.

Entre sus contribuciones más perdurables se encuentra su riguroso compromiso con el pluralismo teórico. Profundamente arraigado en el pensamiento freudiano, mantuvo un diálogo constante con las tradiciones kleiniana y lacaniana; sin embargo, su pluralismo nunca fue un mero eclecticismo. Exigió precisión conceptual e insistió en la articulación cuidadosa de los supuestos teóricos que sustentaban la práctica clínica. Fue pionero en Sudamérica y en el mundo en temas como el pluralismo, la base clínica común, el Modelo de los Tres Niveles para Observar las Transformaciones del Paciente y la formulación psicodinámica de caso, por nombrar algunos.

Si un analista me preguntara quién fue Ricardo Bernardi, no dudaría en recomendarle leer su artículo «The need for true controversies in psychoanalysis: The debates on Melanie Klein and Jacques Lacan in the Río de la Plata», publicado en 2002 en el *International Journal of Psychoanalysis*, que fue inspiración para autores muy reconocidos por la comunidad internacional. Escribió también un trabajo sobre las diferentes maneras conceptuales de interpretar el «Hombre de los Lobos», que fue una verdadera joya.

Uno de sus aportes que considero muy significativos fue su trabajo con el Comité de Observación Clínica de la IPA. En una reunión preparatoria del trabajo del comité se hizo un intercambio de ideas acerca de trabajar con foco en la observación de las transformaciones del paciente psicoanalítico. Poco tiempo después, Ricardo había redondeado y redactado una base sólida de lo que hoy llamamos el Modelo de los Tres Niveles, un modelo de análisis de materiales clínicos que viene siendo usado por más de 3.000 analistas y candidatos en todo el mundo, en distintas instituciones y congresos regionales e internacionales. Ese trabajo fue también el punto de partida que lo llevó a colaborar con otros terapeutas sobre la formulación clínica y psicodinámica del caso, influyendo incluso en las prácticas actuales del sistema nacional de salud.

Ricardo discutió a la par con gente como David Tuckett o Glen Gabbard, con quienes jamás fue condescendiente, sino más bien confrontativo, lo que le ganó el respeto de los psicoanalistas más renombrados del mundo, como Otto Kernberg y Thomä Kächele, con quienes compartió paneles e instancias de discusión en muchos congresos internacionales. Fue un tutor muy solicitado por maestrandos y doctorandos por tener a la

vez conocimiento y rigurosidad metodológica, gran visión del estado del arte de los temas psicoanalíticos y una envidiable capacidad para detectar la oportunidad y las fallas de cualquier trabajo.

Desempeñó un papel fundamental en Uruguay durante la pandemia de covid-19 como miembro del Grupo Asesor Científico Honorario, reflejando su compromiso con la vinculación del conocimiento psicoanalítico con responsabilidades sociales más amplias. Su concepción psicoanalítica podría resumirse en una idea que siempre estuvo presente: el bienestar del paciente. Desde ese foco, no escatimó esfuerzos de ningún tipo. Siempre creyó que el psicoanálisis estaba al servicio de los pacientes y no al revés.

Su estilo se caracterizó por la franqueza, la precisión y la sensibilidad ética. Fomentaba el cuestionamiento, toleraba la incertidumbre y se resistía a las conclusiones dogmáticas. Como él mismo dijo en una entrevista: «Las escuelas psicoanalíticas parecen tener respuesta para todo. El reto reside en saber qué es lo que no sabemos, qué sería importante descubrir y cómo podríamos hacerlo».

La vida de un psicoanalista no solo se valora por sus publicaciones, roles institucionales o innovaciones teóricas, sino también por la manera en que el pensamiento, la práctica clínica y la existencia personal se entrelazaron a lo largo del tiempo. En este sentido, la vida y la obra de Ricardo Bernardi ofrecieron un ejemplo singular de coherencia entre cómo se vivió, cómo se pensó y cómo se llegó al final. Quienes lo acompañaron en sus últimos días recuerdan una atmósfera marcada, no por la solemnidad, sino por la continuidad: fotografías de momentos compartidos con su esposa Beatriz, imágenes de viajes, sonrisas con hijos y nietos, huellas de una vida plenamente vivida.

Quiero mencionar que, además de esta trayectoria académica de peso, fue siempre un gran compañero de su esposa, mi querida amiga Beatriz, con quien construyeron juntos una familia hermosa, con sus hijos Rafael, Lucía y Cecilia, y sus divinos nietos. Como anécdota que encuentro simbólica: sus hijos crecieron en una casa en cuyo living hubo durante décadas un tapiz enorme con la cara de Freud que los Bernardi ofrecieron en préstamo a nuestra asociación.

En las semanas posteriores al fallecimiento de Ricardo Bernardi tuve la oportunidad de participar en diversos homenajes realizados en instituciones

muy diferentes: la Facultad de Psicología, la Facultad de Medicina, la APU, la Sociedad de Psicología Médica y otros ámbitos académicos y profesionales. Cada uno de ellos destacó aspectos particulares de su trayectoria, acordes con los múltiples espacios en los que desarrolló su actividad. Sin embargo, resultó llamativo comprobar cómo, más allá de las diferencias, reaparecían una y otra vez los mismos rasgos: el rigor intelectual, la curiosidad permanente, la generosidad en la transmisión del conocimiento, la capacidad de diálogo, la apertura a la investigación y un profundo compromiso con las instituciones y con las personas que las integran.

Hay trayectorias que pueden ser narradas desde un único lugar. La de Ricardo no. Cada institución ilumina una faceta distinta de su vida y de su obra; sin embargo, todas convergen en una misma imagen. Quizás esa sea una de las medidas más precisas de la amplitud de su legado: haber dejado huellas significativas en comunidades muy diversas, que hoy lo reconocen como parte de su propia historia. Para quienes compartimos con él largos tramos del camino —grupos de estudio, proyectos de investigación, congresos, debates institucionales y también espacios de amistad—, estos homenajes han permitido apreciar desde perspectivas múltiples la coherencia y la riqueza de una trayectoria excepcional. Cada evocación agrega una pieza al mosaico; todas juntas revelan una vida dedicada a pensar, enseñar, investigar y construir comunidad.

Pero hubo algo más que me conmovió especialmente. Muchas de las personas que tomaron la palabra no comenzaron hablando de sus cargos, de sus publicaciones, de sus contribuciones a la IPA o de sus desarrollos teóricos. Comenzaron hablando del vínculo que habían tenido con él. Escuché decir: «era como un hermano», «era un amigo», «siempre estaba», «me ayudó a pensar», «me acompañó». Son expresiones sencillas, pero profundamente significativas. Quizás allí aparezca una imagen capaz de condensar algo esencial de Ricardo. Más que la del constructor de puentes o la del cartógrafo —metáforas que también le hacen justicia—, pienso en la figura del compañero de viaje. Aquel cuya presencia acompaña durante largos tramos de la travesía y ayuda a orientarse cuando el camino se vuelve incierto. En muchos relatos, cuando ese compañero desaparece, el viajero descubre retrospectivamente cuánto de su propio recorrido había estado sostenido por esa compañía.

Tal vez por eso los homenajes convergen de un modo tan notable. No solo se recuerda lo que Ricardo pensó, escribió o construyó institucionalmente. Se recuerda también la manera en que estuvo presente en la vida de tantas personas. No solo el autor, el investigador o el dirigente institucional, sino el compañero de ruta de varias generaciones de colegas, alumnos y amigos. A veces una frase sencilla como «era como un hermano» logra expresar algo que ninguna enumeración de cargos, premios o publicaciones alcanza a transmitir. Habla de la calidad del lazo que dejó en quienes lo conocieron. Y quizás también de una de las formas más profundas y perdurables de un legado.

Su muerte representa una pérdida significativa para el psicoanálisis uruguayo, latinoamericano e internacional. Sin embargo, su legado permanece vivo en sus escritos, en las instituciones que ayudó a crear, en los clínicos que formó y en la orientación ética que siempre defendió. ♦

REFERENCIAS

- Bernardi, R. (2002). The need for true controversies in psychoanalysis: The debates on Melanie Klein and Jacques Lacan in the Río de la Plata. *International Journal of Psychoanalysis*, 83(4), 851-873. <https://doi.org/10.1516/P2WF-57VJ-25MY-3RM4>

Ricardo Bernardi (1945-2025)

*El zorro que buscaba erizos: pluralismo, rigor
y la búsqueda de verdades posibles*



LUIS VILLALBA¹

Quiero comenzar, no por los cargos ni los libros, sino por algo que quienes lo conocimos sabemos con certeza: Ricardo Bernardi era, ante todo, una persona que pensaba con placer, que escuchaba de verdad, que se reía con generosidad y que nunca confundió la institución con la vida. Era hijo único, lo que tal vez contribuyó a esa intensidad particular con que construyó vínculos. Vivió junto a Beatriz —compañera, interlocutora intelectual, su amor de toda la vida— una existencia donde el trabajo y la familia no eran dominios separados, sino dimensiones que se alimentaban mutuamente. Siete nietos que lo visitaban hasta el final. Quienes lo acompañaron en sus últimos días recuerdan algo que lo define bien: fotografías de viajes compartidos, imágenes de sus hijos, la presencia continua de Beatriz. La forma en que Ricardo Bernardi vivió y la forma en que murió fueron coherentes. Eso, en sí mismo, ya dice mucho.

Berlin (1953/1998), en su célebre ensayo sobre Tolstói, recuperó un fragmento del poeta griego Arquíloco: «El zorro sabe muchas cosas; el erizo sabe una grande». Él usaba esta distinción para caracterizar dos temperamentos intelectuales: el erizo, que organiza toda su experiencia en torno a una idea central, unificadora; y el zorro, que persigue muchos fines, ve el mundo desde múltiples ángulos, sin reducirlo a una visión única. Ricardo Bernardi fue, con toda claridad, un zorro. Médico, psiquiatra, psicoanalista, filósofo de la ciencia, investigador empírico, docente.

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay.
luiseduardovillalba@gmail.com

Freudiano que dialogaba con Klein, con Lacan, con Bion, con Winnicott. Rioplatense que se movía con igual soltura en Londres, Nueva York o París. Alguien que podía citar a Peirce y a Homero en el mismo párrafo sin que sonara forzado.

Pero —y aquí está la paradoja que quiero explorar hoy— era un zorro que nunca dejó de buscar al erizo. Que nunca aceptó que la pluralidad de perspectivas fuera una excusa para renunciar a la verdad. Que siempre creyó que era posible encontrar razones mejores que otras, evidencias más sólidas, argumentos más honestos. Esa tensión —entre la apertura del zorro y la exigencia del erizo— es, creo, la que da forma a toda su trayectoria.

Freud fue, en muchos sentidos, un erizo: todo su edificio gira en torno a una idea unificadora, el inconsciente y el conflicto pulsional. Klein también: las posiciones esquizoparanoide y depresiva como organizadoras centrales de toda la vida mental. Lacan: el inconsciente estructurado como un lenguaje. Cada uno de ellos construyó un sistema poderoso y coherente desde un núcleo irrenunciable. Ricardo no era así. No tenía un núcleo único; tenía muchas preguntas. Podía trabajar con Kohut en una supervisión, con Bion en un seminario, con Peirce en un artículo epistemológico y con la etología de Frans de Waal en una conferencia internacional. Pero —y esto es lo que lo distinguía del ecléctico— nunca mezcló por mezclar. Siempre preguntó: ¿qué evidencia tenemos? ¿Qué argumento sostiene esto? ¿Qué excluye esta hipótesis?

Para entender lo que Ricardo representó hay que situar la época en que le tocó formarse: Uruguay, años 70. Dictadura afuera; dentro de la APU, una paradoja notable: mientras el país perdía libertades, el instituto psicoanalítico era uno de los pocos espacios donde el pensamiento podía moverse con relativa libertad. La hegemonía kleiniana comenzaba a ceder; llegaban Lacan, Bion, Winnicott. Y Ricardo —que había estudiado medicina, psicología y filosofía de la ciencia, que fue expulsado de la universidad por negarse a avalar a las nuevas autoridades militares y que prácticamente perdió todos sus cargos académicos de un día para el otro— fue incorporándose a una institución que le exigía tomar partido en disputas teóricas apasionadas. No eligió. O mejor dicho: eligió no elegir ningún bando. Fue a contracorriente de tres maneras distintas que quiero señalar brevemente.

1. A contracorriente del dogmatismo kleiniano: Cuando el kleinismo era la lengua franca obligatoria del Río de la Plata, Ricardo empezó a plantear que las teorías eran paradigmas en el sentido de Kuhn (1971): marcos que organizan lo que se puede ver, pero también que ciegan lo que no encaja. Que un kleiniano, un lacaniano y un freudiano no estaban describiendo la misma cosa con distintas palabras: estaban, en ciertos aspectos decisivos, mirando cosas diferentes. La inconmensurabilidad entre paradigmas no era un problema de traducción: era una diferencia de fondo que había que tomar en serio.

2. A contracorriente del pluralismo blando: Cuando el pluralismo llegó y todos se volvieron pluralistas, Ricardo advirtió el peligro inverso: el pluralismo como coexistencia pacífica entre ortodoxias, como evasión de la controversia, como manera de no tener que demostrar nada. Escribió —con una frase que no pierde actualidad— que las distintas escuelas tendían a encerrarse en círculos de referencias muy restringidos que excluían las opiniones divergentes; el problema no era que las rechazaran, sino que sencillamente las ignoraban. Para Ricardo, el pluralismo sin criterios de evidencia no era un avance científico, sino una forma elegante de relativismo.

3. A contracorriente del hermetismo metapsicológico: Cuando parte del campo psicoanalítico —especialmente en la tradición francesa— comenzó a ver con desconfianza cualquier aproximación empírica, Ricardo insistió en que la clínica necesitaba ser puesta a prueba. No para reducirla a estadísticas, sino para preguntarse honestamente: ¿qué le pasa al paciente? ¿Podemos saberlo? ¿Cómo podemos saberlo mejor?

El problema filosófico que atraviesa toda su obra podría formularse así: si las teorías psicoanalíticas son inconmensurables entre sí, si cada una recorta el material clínico de manera diferente y no existe un punto de vista neutro desde el cual compararlas, ¿es posible decir que alguna es más verdadera que otra? ¿O estamos condenados a un relativismo donde todas las perspectivas son igualmente válidas —o igualmente inválidas—? Ricardo rechazó los dos extremos. Rechazó el dogmatismo que pretende tener la verdad y rechazó el relativismo que renuncia a ella. Su respuesta

fue más modesta y más exigente a la vez: verdades parciales, provisionarias y compartibles; argumentos que pueden ser evaluados; hipótesis que pueden ser comparadas frente al material clínico; consensos que no son definitivos pero que son reales.

Llegamos a la conclusión de que existe una base común clínica parcial y dinámica. A nivel fenomenológico, determinados fragmentos del material muestran una resonancia compartida que enriquece la comprensión clínica de todo el grupo. Es también posible la comunicación sobre la conceptualización de los cambios del paciente, aunque en este nivel persisten cuestiones controvertidas (Bernardi, 2016).

Esta idea —la base clínica común como punto de partida, no como punto de llegada— fue la que guio su trabajo más maduro. El Modelo de los Tres Niveles (3-LM) nació de esta convicción: que analistas con marcos teóricos muy distintos pueden encontrarse en la resonancia compartida frente al material antes de que las teorías se interpongan. Frans de Waal (2005, 2009) —el gran primatólogo neerlandés, autor de *El mono que llevamos dentro* y de *La era de la empatía*— había documentado durante décadas que la empatía y la cooperación no son invenciones humanas recientes: están inscritas en nuestra biología como especie social. Los chimpancés consuelan a sus congéneres después de una pelea; los bonobos comparten alimento con extraños. La capacidad de resonar con el estado interno del otro es anterior al lenguaje, anterior a la cultura, anterior a cualquier teoría psicoanalítica. Ricardo tomaba esto en serio. Si la resonancia empática es parte del equipamiento evolutivo de nuestra especie, entonces cuando analistas de tradiciones muy distintas convergen en su primera lectura de un fragmento clínico —antes de que las teorías intervengan—, esa convergencia no es casual ni trivial. Es el sustrato biológico compartido haciendo su trabajo. Y sobre ese sustrato es posible construir algo: un diálogo real, no solo una coexistencia de ortodoxias.

Hay una dimensión de Ricardo que los textos psicoanalíticos no siempre reflejan bien: su vocación de trabajar en las fronteras. No como un gesto de eclecticismo ni de diplomacia institucional, sino como convicción profunda de que los problemas clínicos reales no respetan los límites entre

disciplinas. Dos iniciativas concretas ilustran esto mejor que cualquier descripción general.

GUÍA CLÍNICA PARA LA PSICOTERAPIA

A comienzos de los años 2000, en un ambiente donde la psiquiatría y el psicoanálisis frecuentemente se miraban con desconfianza —la primera acusando al segundo de acientífico, el segundo acusando a la primera de reduccionista—, Ricardo lideró la elaboración de algo que en ese momento era casi impensable en el medio local: una guía clínica para la psicoterapia (Bernardi et al., 2004).

Publicada en diciembre de 2004 en la *Revista de Psiquiatría del Uruguay*, fue un trabajo de equipo que reunió a profesionales de distintas tradiciones: Denise Defey, especialista en psicoterapia focal y perinatología; Alejandro Garbarino, con fuerte inserción en la investigación empírica de resultados; Juan Carlos Tutté, desde la articulación entre psicoanálisis y neurociencias; y el que suscribe, desde los criterios diagnósticos y la metodología clínica. Ricardo coordinó el grupo.

La guía partía de una premisa que sonaba simple pero que era políticamente incómoda: ninguna escuela teórica tiene el monopolio de la verdad clínica. La indicación terapéutica debe adaptarse al paciente, no el paciente al modelo del terapeuta. El monitoreo de resultados es un deber ético, no una concesión al positivismo. Hay que acercar la brecha entre la práctica clínica y la investigación. Era a contracorriente en las dos direcciones: cuestionaba al psicoanálisis, que se resistía a toda evaluación de resultados, y cuestionaba a la psiquiatría, que reducía el diagnóstico a un positivismo biológico. Lo notable es que lo hizo sin antagonismos, construyendo consenso donde había trincheras.

CURSO SOBRE DIAGNÓSTICOS EN EL HOSPITAL DE CLÍNICAS

Siete años después, Ricardo volvió a cruzar fronteras con igual determinación. En 2011, organizó en el Hospital de Clínicas un curso de educación médica continua titulado «Nuevos sistemas diagnósticos en psiquiatría y psicoanálisis: DSM-5, OPD-2 y PDM», acreditado por la Escuela de Gra-

duados de la Facultad de Medicina, con un equipo docente que incluía a Delfina Miller, Berta Varela, Rosa Zytner y el que suscribe. El título mismo del curso era un desafío conceptual. Ricardo proponía sentarse a estudiar los tres sistemas juntos: el DSM-5 —aún en borrador en aquel entonces—, el OPD-2, de origen europeo, y el PDM estadounidense. Su tesis era que el histórico divorcio entre ambas disciplinas comenzaba a disolverse precisamente porque los nuevos manuales —incluido el DSM-5 en su sección alternativa de trastornos de personalidad— empezaban a moverse hacia modelos dimensionales que el psicoanálisis siempre había defendido.

La necesidad de operacionalizar los conceptos no es traicionarlos: es la condición para poder discutirlos con otros. Participé en ese curso. Recuerdo la densidad de las discusiones, la heterogeneidad del auditorio y la forma en que Ricardo conducía: sin defender ningún sistema, usando cada uno como lente para iluminar lo que los otros no veían. Era el zorro en su elemento natural: moviéndose entre territorios que otros defendían como propios, sin pertenecer a ninguno, enriqueciendo a todos.

Es esa pregunta la que atraviesa toda la obra de Ricardo y que él nunca dejó de hacerse en voz alta: ¿cómo sabemos que lo que hacemos funciona? No como provocación escéptica, sino como exigencia ética. Si el psicoanálisis pretende ayudar a las personas, tiene la obligación de preguntarse cómo, cuándo y para quién lo hace. Esta pregunta lo llevó a desarrollar, a lo largo de tres décadas, una posición que podríamos llamar pluralismo metodológico: la convicción de que ningún método único —ni la certeza clínica del analista, ni el ensayo controlado aleatorizado, ni la interpretación hermenéutica— es suficiente por sí solo para responder las preguntas que el psicoanálisis necesita responder y que la tarea no es elegir entre ellos sino aprender a articularlos.

INVESTIGACIÓN CLÍNICA E INVESTIGACIÓN EMPÍRICA SISTEMÁTICA

Una distinción que Ricardo tomó de Liberman (1970) y desarrolló con rigor propio es la que existe entre la investigación durante la sesión —el trabajo vivo del analista con su paciente— y el estudio de la sesión como objeto de investigación. Son niveles distintos que se necesitan mutuamente pero no se reemplazan. La investigación clínica es insustituible: es la

única que tiene acceso a la singularidad irrepetible del proceso analítico. Pero tiene un límite conocido: el analista que trabaja con su paciente no es un observador neutral y la confirmación que siente cuando una interpretación «encaja» puede ser tanto efecto de la sugestión como de la verdad. Por eso Ricardo insistió en que la investigación empírica sistemática no es una amenaza al psicoanálisis sino su mejor aliada crítica.

EL PROBLEMA DEL INDUCTIVISMO ENUMERATIVO

Una de las críticas más precisas que formuló al modo habitual de razonar en psicoanálisis tiene que ver con lo que llamó inductivismo enumerativo: la tendencia a acumular casos que confirman la teoría en lugar de buscar activamente los que podrían refutarla. Es una forma de razonamiento que produce la ilusión de evidencia sin producir conocimiento real. La alternativa que propuso —siguiendo a Edelson (1988)— es el inductivismo eliminativo: descartar sistemáticamente las hipótesis menos fundadas para conservar las más convincentes. No probar que una teoría es verdadera, sino mostrar que resiste mejor que sus alternativas frente al material disponible.

LA INVESTIGACIÓN DE PROCESO Y RESULTADOS

Ricardo no se quedó en la epistemología. Participó activamente en investigaciones empíricas concretas sobre proceso y resultados en psicoterapia. Formó parte del Latin American Effectiveness Study, que comparó la efectividad de tratamientos psicoanalíticos de alta y baja frecuencia. Coordinó estudios sobre psicoterapia dinámica focal evaluando resultados a través de múltiples perspectivas —paciente, terapeuta, evaluador externo—. Desarrolló con su equipo del Hospital de Clínicas investigaciones sobre la relación temprana madre-bebé, sobre la vulnerabilidad psicosocial en niños en situación de pobreza y sobre la prevalencia de problemas psicosociales en pacientes hospitalizados. Lo que unificaba todos estos trabajos no era un método, sino una pregunta: ¿qué le pasa realmente al paciente? Y la convicción de que esa pregunta merece ser respondida con la mayor honestidad y el mayor rigor posibles, sin importar si la respuesta confirma o incomoda la teoría preferida.

EL MODELO DE LOS TRES NIVELES COMO SÍNTESIS

El Modelo de los Tres Niveles para Observar las Transformaciones del Paciente —el 3-LM, desarrollado en sus últimos años y adoptado por el Comité de Observación Clínica de la IPA— es tal vez la síntesis más lograda de su pluralismo metodológico. Propone avanzar de abajo hacia arriba: primero la resonancia compartida ante el material, luego la conceptualización de las dimensiones del cambio en un lenguaje que permita comparaciones y, finalmente, el nivel de las hipótesis explicativas, donde las teorías implícitas personales de los analistas entran en diálogo productivo.

Cerca de 1.000 analistas de distintas regiones participaron en grupos usando este modelo. Lo que Ricardo mostró con esa experiencia acumulada es que la base clínica común existe, pero no donde se la suele buscar: no en los principios metapsicológicos compartidos, sino en la resonancia intersubjetiva ante el material, anterior a las teorías. Era, una vez más, el zorro encontrando el erizo donde nadie lo esperaba.

Quiero decir algo sobre Ricardo como docente, porque quienes pasamos por su supervisión o sus seminarios sabemos que eso también es parte de su legado. No enseñaba teorías; enseñaba a pensar. A preguntarse de dónde viene esta idea, qué supone, qué excluye. A revisar las fuentes. A no conformarse con la cita de segunda mano. A no confundir la plausibilidad con la evidencia. Tenía una capacidad poco común: podía habitar genuinamente la perspectiva del que pensaba distinto. En una discusión, no avanzaba solo su propio argumento: fomentaba activamente el pensamiento del otro. Eso lo hacía incómodo para los dogmáticos de cualquier signo y profundamente valioso para quienes querían pensar. Su humor era parte del método. Una broma en el momento justo podía desactivar una defensa que 20 minutos de argumento no habían logrado mover. Y sabía cuándo callarse.

En uno de sus últimos trabajos (Bernardi, 2005) —publicado originalmente en el *Psychoanalytic Inquiry* y luego recogido en la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* en un número especial sobre el fin de siglo— Ricardo hizo algo inusual: se autobiografió. Contó su historia como analista en un pequeño país latinoamericano durante una época turbulenta. Y terminó con una imagen de Homero. Ricardo tomaba la imagen

de Ulises para decir algo sobre sí mismo: tampoco él podía pretender haber encontrado la verdad definitiva. La verdad es como Penélope: se teje y se desteje, nunca está del todo terminada y siempre hay quienes disputan su mano. Pero a Ulises le queda algo: la forma en que construyó su lecho en el tronco de un árbol que sigue enraizado en la tierra donde creció. Y esa es la única manera de darse a conocer a Penélope.

Nosotros no tenemos mejor manera de darnos a conocer que exponer, en la medida en que nos sea posible, la forma en la que hemos construido las hipótesis en las que nos apoyamos (Bernardi, 2005).

Es una imagen humilde y a la vez digna. No la certeza del erizo, sino la honestidad del zorro que sabe lo que no sabe, que puede dar cuenta de sus razones, que no pretende el centro pero tampoco renuncia a la puntería. Ricardo Bernardi fue eso. Un analista que nunca dejó de aprender, que nunca confundió la institución con la disciplina ni la disciplina con la verdad, que creyó hasta el final que el diálogo —real, exigente, generoso— era el único camino posible.

Hace unas semanas, quienes lo acompañamos en sus últimos días vimos algo que ya he mencionado y que no quiero dejar de repetir: la coherencia entre la vida y la muerte. Las fotos, la familia, las conversaciones hasta el final. Nada solemne. Nada teatral. Solo continuidad. Creo que esa coherencia —entre cómo pensó y cómo vivió— es el legado más difícil de transmitir y el más importante. No está en los libros, aunque los libros están. Está en la forma de hacer una pregunta. En la disposición a tolerar la incertidumbre sin rendirse a ella. En el placer genuino de pensar con otros. Ricardo Bernardi nos enseñó que el psicoanálisis es una forma de comprometerse con la experiencia humana: curiosa, crítica y profundamente responsable.

Quisiera que este homenaje fuera una forma de agradecimiento por todo lo que Ricardo nos dio.

Gracias, Ricardo. ♦

REFERENCIAS

- Berlin, I. (1998). *El erizo y la zorra*. Muchnik. (Trabajo original publicado en 1953).
- Bernardi, R. (2005). ¿Qué después del pluralismo? Ulises aún en camino. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 100, 270-290. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1540>
- Bernardi, R. (2016). La base común clínica en los grupos de discusión clínica: resonancia intersubjetiva y teorías implícitas operativas. Conferencia presentada en la Association for Psychoanalytic Medicine, Columbia University, Nueva York, Estados Unidos.
- Bernardi, R., Defey, D., Garbarino, A., Tutté, J. C., & Villalba, L. (2004). Guía clínica para la psicoterapia. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*, 68(2), 99-146. http://www.spu.org.uy/revista/dic2004/02_guia.pdf
- De Waal, F. (2005). *El mono que llevamos dentro*. Tusquets.
- De Waal, F. (2009). *La era de la empatía: Lecciones de la naturaleza para una sociedad más solidaria*. Tusquets.
- Edelson, M. (1988). *Hypothesis and evidence in psychoanalysis*. University of Chicago Press.
- Kuhn, T. S. (1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica.
- Lieberman, D. (1970). *Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico*. Galerna.

NORMAS DE PUBLICACIÓN

REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

REQUISITOS DE PUBLICACIÓN

Los artículos para publicar en la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (RUP) deberán cumplir con los siguientes requisitos:

- Deberán tratar sobre un tema psicoanalítico u ofrecer interés especial para el psicoanálisis.
- Deberán ser originales e inéditos (no deben haber sido publicados en español) y ser de responsabilidad exclusiva del autor.

1. PRESENTACIÓN

Los artículos serán sometidos al sistema de revisión anónima con características de doble ciego por la Comisión Editorial y por la Comisión de Lectores Nacionales e Internacionales.

Se enviarán dos archivos a la dirección: revistauruguayapsi@gmail.com

El **primero** incluirá el artículo con los datos identificatorios del autor: nombre completo, institución a la que pertenece y dirección electrónica.

El **segundo** incluirá el artículo identificado con seudónimo; se cuidará que el nombre del autor no figure en el cuerpo del texto ni en la bibliografía.

2. FORMATO Y ESTILO

Cada artículo deberá tener una extensión máxima de 8000 palabras en letra Times New Roman, tamaño 12. En la extensión estará incluida la bibliografía, que deberá ajustarse, en lo que hace a citas y referencias bibliográficas, a la última versión de las normas internacionales de la American Psychological Association (APA). Se recomienda el uso de *Estilo APA: Guía con ejemplos y adaptacio-*

nes para Uruguay. Disponible para usuarios del portal Timbó en: <https://foco.timbo.org.uy/home>

Se incluirá un resumen en español y en inglés con un máximo de 200 palabras.

3. ENTREGA

En ocasión de la entrega del artículo, el autor deberá firmar o enviar un formulario de autorización firmado por el cual:

- a. Cede gratuitamente y de manera no exclusiva los derechos de comunicación pública, reproducción, edición, distribución y demás acciones necesarias a los efectos de la difusión del artículo a través de la RUP y/o la web, en soporte papel, electrónico o telemático, amparado en la licencia Creative Commons, en su modalidad Attribution Non-Commercial Share Alike, lo que implica que no podrá ser utilizado con finalidad comercial ni modificado.
- b. Afirma y garantiza que el artículo no ha sido enviado simultáneamente a otro medio de publicación, que los derechos no han sido cedidos de forma exclusiva con anterioridad y que su publicación en la RUP no viola ni infringe derechos de terceros.
- c. Se hace responsable frente a la Asociación Psicoanalítica del Uruguay de la autoría del artículo enviado para su publicación.

4. PUBLICACIÓN

El artículo será aceptado o no para su publicación. La Comisión Editorial tendrá la responsabilidad de definir en qué número de la *Revista* será publicado. La Comisión Editorial no estará obligada a devoluciones respecto de los artículos recibidos para su ponderación.

NO SE ADMITIRÁN LOS TRABAJOS
QUE NO CUMPLAN
LOS REQUISITOS MENCIONADOS

Por mayor información, consultar
www.apuruguay.org
o contactar a través de
rup@apuruguay.org

TABLE OF CONTENTS

EDITORIAL	11
-----------------	----

THEMATIC

Does artificial intelligence challenge psychoanalysis?	17
--	----

Álvaro Zas

The failure of meaning and the structure of language: between Beckett and Lacan.....	35
--	----

Lilian Queiroz e Igor Lima

Metaphors, images, and symbolization in the 3-LM model: a third perspective.....	55
---	----

Marina Altmann de Litvan

The skin as a boundary and a stage	73
--	----

Ana Bentancor

Dreaming, associating, interpreting	91
---	----

Silvana Hernández Romillo

Excess desire: an interdisciplinary exploration of its critical potential and openness to the common	105
---	-----

Juan Enrique Fernández Romar

Listening to the silence.....	120
-------------------------------	-----

Corina Nin

Supervision and transmission in analytic practice: some experiences	133
---	-----

Carolina Baigorria and Elizabeth Jorge

POLEMOS

Reflections on the psychoanalytic setting.....	149
--	-----

Leonardo Peskin

Questioning the notion of “framing”	159
---	-----

Stella Yardino

Abstinence as a constant of the psychoanalytic setting	167
<i>Damián Schroeder</i>	

CONVERSATIONS IN THE MAGAZINE

70 years later: between ink and screen.....	179
<i>Javier García Castiñeiras</i>	

Editing and Publishing the <i>Revista Uruguaya de Psicoanálisis</i> today	183
<i>Beatriz de León de Bernardi</i>	

Reflections on the trajectory and challenges of the RUP. 70 years: experience and editorial value.....	187
<i>Abel Fernández</i>	

From memory.....	191
<i>Nancy Delpréstitto</i>	

70 years of our RUP: decades of uninterrupted transmission.....	193
<i>Laura Verissimo</i>	

REVIEW

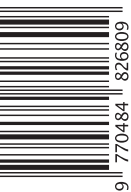
<i>Teoría y práctica en psicoanálisis: una relación fundante,</i> from Clara Uriarte	199
<i>Sonia Ihlenfeld</i>	

IN MEMORIAM

Ricardo Bernardi <i>Marina Altmann de Litvan</i>	203
<i>Luis Villalba</i>	211

PUBLICATION STANDARDS	221
-----------------------------	-----

TABLE OF CONTENTS	222
-------------------------	-----



142

RUP

MONTEVIDEO, URUGUAY,
AGOSTO DE 2026

TABLA DE CONTENIDOS

TEMÁTICA

¿Desafía la inteligencia artificial al psicoanálisis?

Álvaro Zas

Fracaso del sentido y estructura del lenguaje: entre Beckett y Lacan

Lilian Queiroz e Igor Lima

Metáforas, imágenes y simbolización en el modelo 3-LM...

Marina Altmann de Litvan

La piel como frontera y escenario

Ana Bentancor

Sñar, asociar, interpretar

Silvana Hernández Romillo

El exceso de deseo: una exploración interdisciplinaria...

Juan Enrique Fernández Romar

La escucha del silencio

Corina Nin

Supervisión y transmisión en la práctica analítica...

Carolina Baigorria y Elizabeth Jorge

POLEMOS

Reflexiones sobre el encuadre psicoanalítico

Leonardo Peskin

Interrogando la noción de encuadre

Stella Yardino

La abstinencia como constante del encuadre psicoanalítico

Damián Schroeder

CONVERSACIONES EN LA REVISTA

70 años después: entre la tinta y la pantalla

Javier García Castiñeiras

Editar y publicar hoy la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*

Beatriz de León de Bernardi

Reflexiones sobre la trayectoria y desafíos de la RUP...

Abel Fernández

Desde la memoria...

Nancy Delpréstitto

70 años de nuestra RUP: décadas de transmisión sin interrupciones

Laura Verissimo

RESEÑA

Teoría y práctica en psicoanálisis: una relación fundante,
de Clara Uriarte

Sonia Ihlenfeld

IN MEMORIAM

Ricardo Bernardi

Marina Altmann de Litvan

Luis Villalba